



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

LICENCIATURA EN LITERATURA INTERCULTURAL

Escuela Nacional de Estudios Superiores,
Unidad Morelia

Vida, escritura y pensamiento.
Los diarios filosóficos de José Gaos
(1936-1958)

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE

LICENCIADA EN LITERATURA INTERCULTURAL

P R E S E N T A

Patricia Georgina Rico León

DIRECTORA DE TESIS: DRA. AURELIA VALERO PIE

MORELIA, MICHOACÁN

JUNIO, 2021



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS SUPERIORES, UNIDAD MORELIA
SECRETARÍA GENERAL
SERVICIOS ESCOLARES

MTRA. IVONNE RAMÍREZ WENCE

DIRECTORA

DIRECCIÓN GENERAL DE ADMINISTRACIÓN ESCOLAR

PRESENTE

Por medio de la presente me permito informar a usted que en la **sesión ordinaria 11** del **H. Consejo Técnico** de la Escuela Nacional de Estudios Superiores (ENES) Unidad Morelia celebrada el día **02 de diciembre del 2020**, acordó poner a su consideración el siguiente jurado para la presentación del Trabajo Profesional del alumno (a) **Patricia Georgina Rico León** adscrita a la Licenciatura en Literatura Intercultural con número de cuenta **414042131**, quien presenta la tesis titulada: "Vida, escritura y pensamiento. Los diarios filosóficos de José Gaos (1936-1958)", bajo la dirección como **tutora** de la Dra. Aurelia Valero Pie.

El jurado queda integrado de la siguiente manera:

Presidente: Dr. Antonio Ziri3n Quijano
Vocal: Dra. Berenice Araceli Granados Vázquez
Secretario: Dra. Aurelia Valero Pie
Suplente 1: Dra. Tatiana Aguilar Álvarez Bay
Suplente 2: Dra. Blanca Estela Treviño García

Sin otro particular, quedo de usted.

Atentamente
"POR MI RAZA HABLARA EL ESPIRITU"
Morelia, Michoacán a 12 de agosto del 2021.

DRA. YESENIA ARREDONDO LEÓN
SECRETARIA GENERAL

CAMPUS MORELIA

Antigua Carretera a Pátzcuaro N° 8701, Col. Ex Hacienda de San José de la Huerta
58190, Morelia, Michoacán, México. Tel: (443)689.3500 y (55)56.23.73.00, Extensión Red UNAM: 80614
www.enesmorelia.unam.mx

AGRADECIMIENTOS INSTITUCIONALES

Esta investigación fue realizada con el apoyo de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y, en particular, de la Escuela Nacional de Estudios Superiores Unidad Morelia (ENES-Morelia). La redacción y la consulta de archivos fue posible gracias a una beca del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT) “La biografía en México: identidad, historia y escritura” (IA400919), a cargo de la Dra. Aurelia Valero Pie. Para el término de mi formación también conté con el respaldo del Programa de Apoyo a Proyectos para la Innovación y Mejoramiento de la Enseñanza (PAPIME) “Discusiones y difusiones contemporáneas sobre teoría de la historia” (PE402817), sin cuyo favor y experiencia este trabajo no hubiera podido concebirse.

Para concretar la versión final de esta tesis fueron de gran ayuda las observaciones de la Dra. Tatiana Bay, la Dra. Berenice Granados, la Dra. Blanca Estela Treviño García y el Dr. Antonio Ziri3n Quijano, miembros del s3nodo. Agradezco profundamente su tiempo y su lectura atenta.

AGRADECIMIENTOS PERSONALES

Durante el periodo en que se gestó este trabajo conté con el apoyo y el cariño de muchas personas. Todas ellas han sido fundamentales para llevar este proyecto a buen cauce. En primer lugar, mis padres y mi hermano, a quienes agradezco la paciencia. Espero que vean en este documento la dedicación y el rigor a los que siempre me han impulsado.

También agradezco las largas charlas, las risas y los desahogos que compartí con los amigos en el trayecto. Capu, Chuck, Pepe, Gerardo, Coral, Juan, Tavo, Sayeth y Fito, gracias por estar ahí desde siempre. Karina, Erick, Daniela, Edith y Luisa, gracias por convertir nuestro paso por la universidad en una fiesta. Gracias también a Dante por enseñarme a conquistar las tempestades.

No quiero dejar de reconocer la ayuda del Dr. Rodolfo González Equihua. En virtud de su constante orientación, tuve la oportunidad de conocer el mundo antiguo desde su lengua original, aspecto que después se transformaría en un importante pilar de la vida profesional que acompañó la redacción de estas líneas.

Finalmente, quisiera expresar mi más sincero agradecimiento a la Dra. Aurelia Valero Pie, quien, además de alentarme siempre a continuar trabajando, ha sido para mí una gran fuente de inspiración. Decir que sin su apoyo y ejemplo esta investigación no hubiera podido realizarse sería quedarme corta. Su guía fue, por sí misma, una de las enseñanzas más decisivas de este camino.

RESUMEN

Sobre los diarios y otras formas de escritura cotidiana de intelectuales suelen sostenerse lecturas contrastantes. Por un lado, están quienes los tratan como vestigios de mérito puramente autobiográfico y anecdótico; por otro, existen quienes los leen como valiosas huellas de pensamiento y creación. Con el objetivo de poner a prueba estas dos posturas de forma situada, este trabajo analiza los escritos que día con día redactaba José Gaos. El corpus del estudio incluye cinco cuadernos y un singular proyecto editorial (las *Jornadas filosóficas*), escritos entre 1936 y 1958, cuyos variados propósitos y formas despiertan significativas interrogantes: ¿el registro intelectual y el autobiográfico coexisten únicamente como interrupciones mutuas o pueden cohesionarse de forma efectiva en un solo proyecto?, ¿es la redacción fragmentaria y circunstancial un obstáculo o un aliciente para la obra?, ¿qué relevancia filosófica o histórica comportan los escritos coyunturales y ordinarios? Para responder estas preguntas se tomó como hilo conductor la adscripción que el propio transterrado hizo de estos documentos como pertenecientes al género del *diario*. A partir de una nutrida discusión sobre las más extendidas nociones de tal género —su común asociación con el apunte referencial y testimonial, su supuesta carencia de mecanismos correctivos o compositivos, y su presunta circunscripción a la privacidad—, esta tesis examina los modos concretos y a menudo inexplorados en que el registro autobiográfico cotidiano puede derivar en o entrar en tensión con un registro y cultivo del propio pensamiento y de sí. De este modo, además de detallar y debatir algunos de los supuestos que suelen fundamentar las definiciones del diario y otros escritos autobiográficos, este trabajo propone un nuevo acercamiento a la obra de Gaos y, en particular, a su quehacer intelectual y a su concepción confesional de la filosofía. Los caminos y las conclusiones del estudio invitan, finalmente, a considerar la figura del *diario filosófico* como una herramienta que conjuga performativamente —que no precisamente de modo referencial o testimonial— el ejercicio intelectual con el autobiográfico.

ABSTRACT

Contrasting readings are often held about the diaries and other forms of everyday writing of intellectuals. On the one hand, some treat them as vestiges of purely autobiographical and anecdotal merit; on the other, some read them as valuable traces of thought and creation. With the aim of putting these two perspectives to the test in a situated way, this work analyzes the writings that José Gaos wrote day by day. The corpus of the study includes five notebooks and a peculiar editorial project (*Jornadas filosóficas*), written between 1936 and 1958, whose varied purposes and forms raise significant questions: do the intellectual register and the autobiographical one coexist only as mutual interruptions or can they coalesce effectively in a single project? Is fragmentary and circumstantial writing an obstacle or an incentive for the work? What philosophical or historical relevance do conjunctural and ordinary writings entail? To answer these questions, the assertion that Gaos himself made of these documents as belonging to the genre of the *diary* was taken as a common thread of this investigation. Based on a profound discussion on the most widespread notions about this genre —its common association with the referential and testimonial note, its supposed lack of corrective or compositional mechanisms, and its presumed circumscription to privacy—, this thesis examines the concrete and often unexplored ways in which ordinary autobiographical texts can lead to or come into tension with the writing and cultivation of one's own thought and self. Thus, in addition to detailing and discussing some underlying assumptions of certain definitions of the *diary* and other autobiographical writings, this work suggests a new approach to Gaos's thought and, in particular, to his intellectual work and his confessional conception of philosophy. Finally, the paths and conclusions of the study encourage us to consider the concept of *philosophical diary* as a tool that performatively combines —not precisely in a referential or testimonial way— the intellectual practice with the autobiographical one.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	1
1. DIARIO Y CRÓNICA. LOS DIARIOS DE GUERRA	15
<i>La escritura diarística en la guerra civil española</i>	18
<i>La guerra fuera y dentro del cuaderno de Gaos</i>	22
<i>Un cuaderno heterogéneo</i>	26
<i>¿Ni diario ni crónica?</i>	36
<i>Un abordaje no constativo de la guerra</i>	45
2. EL DIARIO Y LA OBRA. LAS JORNADAS FILOSÓFICAS	59
<i>Del diario a la obra</i>	61
<i>De la obra al diario</i>	69
<i>Las bases y los modelos</i>	72
<i>Los obstáculos y el aparente fracaso</i>	79
<i>La vida en obra o la verdad performativa</i>	89
3. DIARIO, DIETARIO Y AFORISMO. LA ESCRITURA ESPONTÁNEA	97
<i>“Diario no diario o dietario intelectual”</i>	103
<i>“La aforística ha subido a ser la forma literaria a que recurro”</i>	114
<i>“Este amor se me convierte en aventura y estos aforismos en diario”</i>	132
<i>“En estos cuadernos se puede recoger la biografía de mi filosofía”</i>	140
A MANERA DE CONCLUSIÓN. HACIA EL DIARIO FILOSÓFICO	147
BIBLIOGRAFÍA	157

INTRODUCCIÓN

En un minucioso análisis sobre el atractivo y los límites de la escritura autobiográfica, José Gaos identificaba un “interés no por la obra creada, sino por la creación misma, por la actividad, por el proceso creadores. Este interés es satisfecho particularmente por la publicación de los papeles, del ‘diario’ en que el proceso ha ido expresándose, *realizándose*”. Y añadía a esta observación un motivo que, en ese momento, le parecía evidente: “en su ‘diario’ queda mucho más auténticamente y es mucho más aprehensible en su autenticidad un autor que en aquellas partes solas que son las ‘obras’ perfectas”.¹ Pese al entusiasmo que muestran estas líneas, el propio filósofo no dejó de expresar ocasionales reservas sobre el valor de tales escritos por oposición a los libros publicados, “perfectos”. Esas dudas se manifestaban especialmente cuando entraban en juego las comparaciones entre la escritura cotidiana de sus cuadernos —aquellos que denominaba “diarios”— con los logros y las expectativas que atribuía al resto de su gremio. Si bien reconocía que sus abundantes notas del día a día podían constituir una estimable fuente de interés filosófico, en ocasiones afirmaba, no sin cierta conmisericordia, querer enfocarse más bien en “ser hombre de un solo libro —siquiera”.²

Los titubeos que al respecto llegó a expresar el maestro Gaos son apenas un ejemplo de las lecturas contrastantes que sobre los diarios y cuadernos personales de escritores y pensadores suelen sostenerse. Desde relegados a un papel meramente accesorio respecto a la obra publicada de sus autores hasta considerados como fundamento indispensable de la misma, estos documentos se encuentran sujetos a revisiones constantes y a constantes desacuerdos. Por un lado, la redacción irregular, circunstancial y heterogénea que exhiben generalmente se aleja de las modulaciones y la organización esperadas en el discurso literario,

¹ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20021, 1940.

² AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 61706, 5 de julio de 1958.

científico o filosófico. Y es que, sin importar las pretensiones de amplitud o libertad de estas disciplinas, todas ejercen, como subrayó Michel Foucault (2009), procedimientos históricamente variables de control y selección sobre los discursos que abarcan. Con frecuencia, estos mecanismos obedecen a un “principio de coherencia o sistematicidad” y a un “horizonte teórico” (2009: 32-38) que difícilmente corresponden a la marcada heterogeneidad y la dispersión, tanto de fondo como de forma, presentes en los diarios y cuadernos personales. Estos aspectos, que reflejan la condición coyuntural de su escritura, los distancian, especialmente, del modelo del discurso —sobre todo, del libro— plenamente articulado, direccionado y conclusivo, tan apreciado para muchas disciplinas. Por ello no sorprende que, salvo en contados casos y con reservas —el diario antropológico y el diario de campo están entre los ejemplos más sobresalientes—, el valor intelectual o artístico de estos documentos suela ponerse en duda. E, incluso cuando se les llega a apreciar en tal sentido, no es raro que se les tome únicamente como anexo, precedente o mero apoyo para interpretar la obra publicada.

Esta exclusión se alimenta, igualmente, de la común asociación entre la importancia de un texto y su publicación. Bajo el entendido, tan frecuente en las lecturas especializadas, de que “el hombre de pensamiento [o de letras, podríamos añadir] se da a leer a través de sus publicaciones y no en sus pormenores” (Dosse, 2007: 377), los documentos que no participan en un proceso colectivo de circulación, aceptación y discusión difícilmente pueden encontrar espacio en el canon que traza el recorrido escritural y de ideas de un autor. De ahí que aquellos escritos que, como los diarios y cuadernos personales, se encuentran tan atados a la cotidianidad de su inscripción y circunscritos a una relativa privacidad a menudo se excluyan o se reserven a un papel secundario en las discusiones sobre la trayectoria intelectual o artística de sus autores. Pareciera, pues, que su habitual carácter inédito es una confirmación de su interés meramente individual, íntimo si se quiere, en contraposición con el carácter general y público de un escrito intelectual o artístico.

A esto se añade que su condición patentemente coyuntural realza la sospecha de una crítica que, después de las aportaciones, por un lado, de los estudios formalistas y, por el otro, de pensadores como Marcel Proust (2016), Roland Barthes (2009) o Michel Foucault (2013), tiende a rechazar el lugar privilegiado que las noticias biográficas tenían, particularmente en algunos sectores de la crítica decimonónica, para la interpretación y el análisis del

pensamiento o la obra de un autor. Las “explicaciones” que críticos como Charles Agustin Sainte-Beuve (1996; 2000) ofrecían sobre las obras literarias y artísticas a partir de las particularidades psicológicas y las experiencias de vida de quien las habían escrito son consideradas, hasta la fecha —sobre todo en el ámbito académico—, fruto más de una ilusión de método que de una relación causal probada y evidente. Aquel centro tiránico constituido por la figura del autor, como persona de carne y hueso, que Barthes denunció en la crítica literaria, tuvo en el diario, según él mismo resaltó, una de sus principales fuentes (2009: 76). Al conjugarse tan a menudo en estos documentos las anotaciones circunstanciales con los detalles autobiográficos, al representar un lugar privilegiado para hablar desde sí y de sí, la crítica que mira con desconfianza aquel método biográfico de explicación del discurso no puede sino tratarlos con especial cautela. Por motivos como este, las lecturas que pretenden vincularlos con la obra publicada o el ejercicio profesional de sus autores muchas veces se consideran más propias de la curiosidad erudita, indiscriminadamente hambrienta de detalles, que de un análisis metódico y bien delimitado.

En el caso específico de la filosofía, las sospechas o advertencias anteriores se potencian, particularmente en aquellas concepciones que entienden la disciplina ya no desde la vaga noción etimológica de “amor por el saber”, sino como un conjunto de proposiciones tendientes a la abstracción, las construcciones conceptuales y las exploraciones racionales, o bien, según en su momento expresó un conocido crítico del propio Gaos, como una “unidad de principios supraempíricos” (Gaos y Larroyo, 2003: 83). Si el énfasis está puesto en un supuesto “cielo de las ideas, que perduran más que la accidental concreción de un grumo efímero de evolución químico-orgánica, durante algunos instantes, en la ondulación insípida del cosmos” (Uranga, 1977: 176), entonces cualquier documento que, como los diarios y cuadernos personales, se encuentre infundido —pragmática o referencialmente— de detalles y giros relacionados con las circunstancias y las peripecias vitales de su autor no puede sino leerse desde una prudente distancia. Aunque, como veremos, esta no es la única manera de entender la filosofía, se trata de una postura muy influyente, que, por lo mismo, no conviene perder de vista.

Ante un panorama semejante, no sorprende que, pese al interés y el trabajo que José Gaos atribuyó a los documentos que llegó a clasificar, entre otras categorías, como sus *diarios*, estos no siempre se hayan considerado dignos de atención. Diversos en sus temas y formatos

de registro, los quince cuadernos personales del filósofo, hasta ahora inéditos y solo disponibles en el Archivo José Gaos (AJG) —resguardado en la biblioteca del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Nacional Autónoma de México—, conforman un conjunto heterogéneo. En ellos los planes para obras futuras se codean con comentarios a lecturas y pláticas recientes, las ocurrencias redactadas velozmente comparten espacio con argumentaciones persistentes y elaboradas, y las notas autobiográficas no se separan de las reflexiones de índole filosófica. Su escritura circunstancial, heteróclita y fechada los aleja especialmente, según el mismo Gaos reconoció, de cierto modelo de “libro de filosofía puramente, estrictamente doctrinal”.³ Y más allá de sus propias reservas, resalta que, entre lo poco que se ha dicho sobre ellos desde que en 2003 Vera Yamuni los donó AJG, sean las palabras siguientes las que reciben al internauta interesado en acceder al Fondo (o la Serie) Cuatro del AJG, donde este conjunto se aloja, desde su sitio web: “La mayoría de esta Serie [Cuatro] es de carácter personal y carecen [*sic*] de interés filosófico o científico, por tal motivo no están disponibles en este sitio”.⁴

Tal afirmación contrasta enormemente con la perspectiva de Aurelia Valero Pie, para quien estas anotaciones, lejos de ser despreciables para el estudio de la figura intelectual de José Gaos, “constituyen un pilar de su pensamiento y quehacer profesional” (2015: 16); en ellas, añade, es posible encontrar “lo mejor de sus ideas” (91). Sospechamos que una valoración semejante subyace en la reciente publicación del tomo I de las *Obras completas* de José Gaos (2018), correspondiente a sus “escritos españoles”. En esta nueva adición a la bibliografía gaosiana, a dos libros y casi una decena de otros escritos publicados en vida del filósofo se agrega una copiosa lista de textos inéditos, dentro de los cuales figuran no pocas páginas del material correspondiente a tres de sus cuadernos, redactados entre 1936 y 1937. Pero, sobre todo, destaca el proyecto en marcha para integrar un nuevo tomo de dichas *Obras completas* con una edición de los cuadernos restantes, cuya suma a esta colección editorial,

³ AJG, fondo 1, carpeta 42, f. 7217; y fondo 2, carpeta 36, f. 36107.

⁴ [José Gaos \(unam.mx\)](http://www.unam.mx). El mismo sitio web detalla que este fondo también alberga “una serie de documentos entre los cuales se encuentran los originales de 50 cartas de José Gaos y una nota manuscrita de Fernando Salmerón”, entregados por Alicia Castro, viuda de Salmerón. No obstante, estos últimos integran solo una de las trece carpetas que forman el fondo en cuestión; el resto corresponde principalmente a los cuadernos del filósofo, aunque también hay una cantidad considerable de notas sueltas y recortes de periódicos y revistas. Así pues, aunque la alusión a la carencia de “interés filosófico o científico” no aluda exclusivamente a los cuadernos personales de Gaos, estos no dejan de ser uno de sus blancos significativos.

no esconde su apreciación como parte del universo intelectual de su autor (véase Ziri6n, 2018: 100).

Este contrastante, aunque sucinto, horizonte de valoraciones es, sin duda, signo de la complejidad propia de estos documentos, situados en el cruce entre el discurso autobiogr6fico y la anotaci6n intelectual, y entre el apunte circunstancial y el trabajo met6dico. Y es que, pese a que Gaos clasific6 estos escritos mayormente como *diarios*, tal denominaci6n no hace justicia, por s6 sola, a las tensiones que en ellos se despliegan. Alejados de las expectativas que suele despertar la escritura diar6stica, quien espere leer en las libretas fechadas del fil6sofo un conjunto nutrido y detallado de sus actividades diarias quedar6, quiz6, decepcionado ante la escasez de confidencias cotidianas que se consignan —y estas, generalmente condensadas— entre sus p6ginas. El acento recae, por el contrario, no en la anotaci6n referencial de las vivencias diarias, sino en el registro de ideas, y no en el desglose detallado de las experiencias cotidianas, sino en el desarrollo, m6s o menos global, de la personalidad del fil6sofo. Adem6s, es digno de nota que, m6s all6 de sus cuadernos personales, las mismas l6neas de trabajo pueden encontrarse en uno de los proyectos m6s ambiciosos de Gaos: las *Jornadas filos6ficas*, compuestas en el transcurso del a6o 1940; estas consisten en las anotaciones fechadas que fue encadenando en hojas sueltas bajo el t6tulo temprano de “El diario” —albergadas hoy en los Fondos Uno y Dos del AJG— y cuyo prop6sito era nada menos que conformar una publicaci6n novedosa y original de filosof6a. En contraste con la usual asociaci6n del diario con el confinamiento a la intimidad, tanto las *Jornadas* como los cuadernos llegaron a mostrar, en diferentes momentos, las huellas de cierta aspiraci6n editorial. As6 pues, unidos parad6jicamente por un insuficiente o, incluso, desorientador v6nculo con el g6nero diar6stico por parte de su propio autor, estos proyectos exhiben una curiosa combinaci6n entre el eventual esbozo autobiogr6fico y la reflexi6n filos6fica, y entre la escritura cotidiana y el proyecto editorial. En su conjunto se aprecia no un discurso depurado, plenamente orientado y conclusivo, sino el resultado de las condiciones propias de la escritura ocasional.

Y esta pr6ctica de escritura no es exclusiva del trabajo de Gaos. En las tensiones arriba indicadas ni los cuadernos del Fondo Cuatro del AJG ni las *Jornadas* se encuentran solos. Basta traer a cuento casos como el de los *Cuadernos* de Cioran, sobre los que Simone Bou6 no dej6 de resaltar que, aunque se trata de espacios en los que “d6a tras d6a, desgrena fracasos,

sufrimientos, angustias, terrores, rabias, humillaciones” (2014: 12), “nada tienen que ver con un diario, en el que hubiera consignado los acontecimientos del día en sus menores detalles, género que para él carecía de interés. Más bien tenemos la impresión de encontrarnos ante esbozos, borradores” (11). Una perspectiva similar se ha puesto en relación con los documentos personales de figuras como Ludwig Wittgenstein (Somavilla, 2004), Hannah Arendt (Birulés, 2006; Fuster, 2013; Berkowitz y Storey, 2017), Jean-Paul Sartre (Mendieta, 2014) y Emilio Uranga (Cuéllar Moreno, 2020), entre muchos otros. Tras haberse desestimado por su parquedad en lo que a anécdotas y detalles biográficos se refiere, recientemente comenzó a subrayarse, más bien, la riqueza intelectual de sus páginas y su relación con la obra publicada de sus autores. Tal cambio de paradigma ha desafiado, además, el rechazo que suele despertar la apariencia desprolija, dispersa y plural que comúnmente comporta su prosa. Esto ha derivado en un intento por subsanar la falta de atención que han experimentado, en contraste con algunos documentos personales de contenido más narrativo y de forma más cuidada —piénsese en el aprecio y el interés, tanto académico como lector, que han despertado, por ejemplo, los *Diarios* de Alfonso Reyes—. Sin embargo, esta revaloración no deja de resaltar la dificultad de catalogar estos escritos cotidianos de fondo intelectual y conciliar su lectura con los ocasionales apuntes autobiográficos que en ellos se entreveran. Así lo ha notado, entre otros, Ian Storey al examinar el *Diario filosófico* (*Denktagebuch*, literalmente “diario de pensamiento”) de Hannah Arendt:

El rango intelectual totalmente ilimitado de Arendt, combinado con la forma inusual del registro, hace que sea casi imposible alinear el *Denktagebuch* con cualquier género o encabezamiento de materia comunes, como atestigua la clasificación humorísticamente forzada que de este hizo la Biblioteca del Congreso bajo “Teoría política. Teorías del Estado: el Estado moderno” (2017: 2).⁵

La insistencia en destacar el valor de esbozo intelectual diverso de estos escritos revela, indirectamente, que lo que parece una cuestión de mera nomenclatura es en realidad un problema cardinal. Tratar los cuadernos y escritos personales como *diarios* o como *borradores* acarrea consecuencias hermenéuticas, metodológicas y editoriales que no es

⁵ “Arendt’s utterly unconstrained intellectual range, combined with the unusual form of the record, makes it nearly impossible to align the *Denktagebuch* with any familiar genre or subject heading, as the humorously strained classification of the work by the Library of Congress under ‘Political Theory. Theories of the State: The Modern State’ attests” (Storey, 2017: 2. Todas las traducciones son propias).

conveniente desestimar. Si entendemos el género como un marco que media entre y moldea dinámicamente el texto y su situación (Bajtin, 2012: 248; Devitt: 1993), tanto de enunciación o escritura como de lectura e interpretación, la pregunta por la clasificación de documentos como estos puede servir de guía para evidenciar sus dinámicas textuales, discursivas e históricas y, en última instancia, para dilucidar mejor el papel que pudieron haber tenido en la labor intelectual o profesional de su autor.

Por tales motivos se tomó esa pregunta como eje del presente estudio sobre aquellos documentos que Gaos llegó a designar como sus diarios. Sin embargo, en lugar de adoptar como punto de partida una cómoda definición genérica del diario o del borrador, para después aplicarla sobre los textos analizados, esta investigación se propone reconocerlos como prácticas situadas de escritura. Así, la discusión no implicará una definición previa de este complejo corpus a partir de un conjunto inflexible de rasgos genéricos. Por el contrario, se emprenderá una exploración de ida y vuelta de los textos a sus circunstancias, en la que los supuestos más comúnmente asociados a los géneros estudiados, y en particular al género diarístico, serán contrastados con los usos, medios, expectativas y propósitos desplegados concretamente en los documentos examinados. A partir de estas premisas y sin adoptar un enfoque prescriptivo, la indagación pretende contribuir no solamente a aclarar cómo estos escritos pueden complementar la biografía de su autor (sin caer en el psicologismo de la crítica decimonónica) y la exégesis de su obra publicada (teniendo en cuenta las tensiones jerárquicas en las que se encuentran implicados respecto a otras formas de discurso), sino también situar la actividad que supuso su redacción en el mapa de las prácticas de escritura de quien los consignó.

La interrogante es, entonces, menos obvia y menos inocente de lo que parece: ¿pueden tratarse como “diarios” unos documentos que pocas veces representan miméticamente (referencial, constativamente) las vivencias de su autor y en cambio reservan sus anotaciones, en su gran mayoría, a presentar pensamientos, diagnósticos y resoluciones aparentemente distanciados de la anécdota diaria? Establecer esta pregunta como faro de la investigación implica tomar la vía opuesta a la de Boué al tratar los *Cuadernos* de Cioran: en lugar de desestimar por principio la posibilidad de considerarlos como diarios, haremos de la reiterada adscripción de estos documentos a dicho género por parte del propio Gaos nuestro hilo conductor para emprender cuestionamientos, contrastes y deslindes que nos permitan

acercarnos a su carácter complejo. De este modo, de la pregunta general pueden derivar preguntas más específicas: ¿en qué medida las afinidades de estos documentos con los dietarios, con los borradores o con otras formas discursivas son consecuencia del soporte en que se inscriben y en qué medida derivan de aproximaciones, más o menos intencionales, a los géneros? ¿Se trata realmente de escritos privados? ¿Cómo incide, en el caso específico de Gaos, su concepción de la filosofía en la forma en que expone pensamiento y vida en sus cuadernos? La consideración detallada y contextualizada de estas interrogantes se plantea como una manera de encarar las profundas fracturas de interpretación que suelen acompañar el tratamiento de los textos y documentos personales de intelectuales, artistas y escritores.

En conciencia de sus dificultades, esta tarea puede, además, ayudar a explorar problemáticas más generales. Desde un profundo conocimiento del género, Anna Caballé afirmó que “el diario, como la autobiografía, es un género que no hace más que acumular problemas” (2015: s.p.). Los retos que implica discutir la catalogación genérica de los cuadernos y las *Jornadas* de Gaos evidencian, efectivamente, suposiciones cuestionables sobre los géneros y las prácticas autobiográficas e intelectuales que quizá de otro modo pasarían inadvertidas. Para ello resulta invaluable tomar la escritura cotidiana de Gaos como caso de estudio, debido, justamente, a que este pensador reconoció —desde muy temprano en su trayectoria— la existencia de un vínculo fundamental entre filosofía y autobiografía. En contraste con aquellas posturas que conciben la disciplina como un conjunto impersonal de proposiciones, continuamente se preguntaba sobre el modo en que debía “salvar” sus ideas sin dejar de expresar la dinámica y la “urgencia de la vida”. Al respecto, a menudo registraba resoluciones como la siguiente: “Lo más y mejor que se puede hacer [es] ir registrando la propia experiencia con las mayores acuciosidad y acribia posibles; rememorar la propia vida y experiencia no registrada con la mayor integridad y fidelidad posibles; conceptuar; y fabular o no”.⁶ De manera que el registro autobiográfico podía ser base, impulso y medio para el ejercicio filosófico. Y el incansable empeño que invirtió en poner de manifiesto el fondo “confesional”, personal, de su filosofía a través del espejo de sus textos obliga a examinar la posibilidad de comprender sus escritos personales como un proyecto intelectual. Aunque no sea posible tomar tal concepción como definitiva e incuestionable, sus propuestas permiten,

⁶ AJG, fondo 4, carpeta 4, 61665, 1 de julio de 1958.

al menos, interrogar la postura que hace de estos elementos dos discursos incompatibles e independientes: en lugar de asumir, sin más, que el registro intelectual y el autobiográfico coexisten únicamente como interrupciones mutuas, los esfuerzos de Gaos por enunciar y demostrar su relación propician una discusión sobre los modos efectivos en que uno y otro registro pueden enlazarse, distinguirse o entrar en tensión, tanto en sus ensayos, libros y conferencias, como en sus escritos privados.

No obstante, de la posibilidad abierta por los planteamientos de Gaos para vincular estos registros se tomarán no los pormenores que la fundamentan, sino los cuestionamientos a los que invita. Sin circunscribirse por completo a las nociones que sostenía a ese respecto, en la investigación estas serán traídas a cuento como elementos del contexto que atraviesa y moldea los escritos analizados. En cambio, es una perspectiva quizá más moderada y más acorde con los planteamientos contemporáneos la que guiará esta empresa: lejos de esforzarse por hallar una correspondencia entre el *contenido* de las proposiciones intelectuales y los episodios autobiográficos —como el mismo filósofo trató de hacer en múltiples ocasiones—, la investigación se enfocará en la *práctica* de escritura como expresión, en sí misma, de una experiencia.

Así pues, no se buscará en estos documentos, como parte de una definición genérica inflexible, un recuento referencial de las experiencias del día a día de Gaos ni se tomarán sus notas, directamente, como un testimonio transparente de sus vivencias. La atención recaerá, más bien, en la escritura como una actividad —una performance, si se quiere— que le permite a su autor constituirse a la vez como observador de sí mismo y, bajo sus propios términos, también como pensador, como practicante de la filosofía, como filósofo. La apreciación de estos escritos como muestra de un *ethos* que configura a su escritor se propone como una manera de relacionar vida y obra que no se funda en la polémica confianza o desconfianza sobre las referencias biográficas y psicológicas presentes en los textos.

El mismo espíritu de discusión no prescriptiva respecto a nociones y distinciones comunes guiará el análisis de una segunda tensión: el doble vínculo de este corpus con las “escrituras cotidianas” y con las eventuales pretensiones de publicación. Daniel Fabre definió inicialmente las primeras como aquellas que se inscriben “en la rutina de las ocupaciones cotidianas” de su autor con el simple y fundamental objetivo de “dejar huella”. Según este planteamiento, tales características las distinguirían de un segundo grupo de escritos, que se

rigen, más bien, “por la voluntad de construir una obra” y apelan al “ejercicio escrupuloso del ‘buen uso’” (2008: 3). Pese a que se trata de una distinción en apariencia clara y sencilla, los cuadernos y las *Jornadas* de Gaos ponen en evidencia sus fracturas. Exhiben, sin lugar a duda, las huellas de un ejercicio rutinario de escritura, circunstancial y pretendidamente espontáneo, pero asimismo muestran cuidados, dedicación y pulcritud relacionados con parámetros editoriales y doctrinales. El proyecto que, en 1958, se propone Gaos para emparentar su escritura diarística con el cultivo disciplinado del aforismo, su intención de infundir las *Jornadas* de potencial editorial y la minuciosidad con que a veces se esmeraba en recoger citas mediante los esquemas de las formas impresas son solo algunas muestras de la relación de esta práctica con un panorama que supera el recogimiento en el ámbito privado y cotidiano, y se vincula con los usos y expectativas de la vida pública del autor.

Tales rasgos revelan la inevitable interacción entre la escritura personal y las expectativas externas, y nos empujan, además, a establecer mayores precisiones en el análisis de estos textos. La relación, a la vez de cercanía y de distinción, tanto respecto a otros ejercicios cotidianos como respecto a ciertas pretensiones “escrupulosas” de escritura, si bien no es exclusiva de los diarios de Gaos, es difícil de dilucidar sin atender a sus pormenores concretos. Este es un motivo más para resaltar la importancia de describir, en su particularidad, cada momento de la escritura diarística del filósofo y destacar la utilidad que un contraste entre estos y otros modos de enunciación puede tener para establecer precisiones y deslindes de las problemáticas que los rodean.

Es esta última intención la que marcará las rutas de este recorrido. Aun cuando el conjunto total de los cuadernos de Gaos y de sus *Jornadas* presenta notables similitudes, lo cierto es que el ejercicio que puso en práctica en sus denominados diarios llegó a revestir formas variadas, resultado de los objetivos que él mismo iba determinando y de las contingencias a las que toda escritura cotidiana —y de alguna manera, toda escritura— está sujeta. De ahí que se haya decidido organizar la investigación a partir de cuatro modalidades distintas, identificables en un periodo representativo de análisis. Por ser la fecha más antigua de este tipo de registros —al menos de los disponibles en el AJG—, se eligió el año de 1936 como fecha de arranque. Como cierre se tomó el año de 1958, momento en que algunas notas extraídas de estos documentos fueron publicadas y evaluadas como aforismos, situación que,

además de ser un hito en el desarrollo de esta práctica, ofrece valiosos contrastes para la indagación que nos ocupa.

A grandes rasgos, y según los documentos que se tienen disponibles entre estas dos fechas, puede trazarse una división de la escritura diarística de Gaos en cuatro momentos o épocas. La primera está representada por uno de los cuadernos que lo acompañaron durante el invierno de 1936 y a principios del siguiente año.⁷ Su redacción coincidió con los constantes viajes y las actividades que Gaos realizó como representante de la España republicana en el extranjero durante la guerra civil española. Pero, contrario a lo que podría esperarse de un supuesto diario escrito en estas circunstancias, la mayor parte de sus notas se dedica a asuntos distintos al recuento de la tensa situación política y bélica, o a la inscripción de sus experiencias y sentires particulares. En cambio, se reserva al registro de “Ideas” o “Ideas filosóficas”, según el mismo Gaos anunció desde los rótulos que encabezan algunas secciones del cuaderno. Esto lo aleja de una de las expectativas más prototípicas del diario personal, concebido con frecuencia como un documento donde se *representan* los sucesos y las actividades del día a día, es decir, como una “crónica cotidiana” (Bou, 1996), especialmente en relación con un contexto tan cruento como una guerra (Caballé, 2015). Este contraste servirá de guía para indagar, en el primer capítulo, el posible valor autobiográfico de unas notas como estas, tan profundamente intelectuales.

En una segunda época se ubica un texto que pone a prueba las fronteras entre el diario y el borrador: las *Jornadas filosóficas*. Se trata de un conjunto de anotaciones, hasta ahora inédito, que Gaos redactó durante 1940, una vez instalado en México.⁸ Aunque siguen un método de apuntación muy similar al de las anteriores, esta colección encadenada de entradas fue concebida como un diario y pronto se convirtió en el borrador de aquel que en su momento el autor proyectó como su *libro único* y, quizá, su “obra de éxito”.⁹ La curiosa tensión entre el reconocimiento de las posibilidades de apuntación inmediata que ofrece un diario y las aspiraciones de composición y publicación de un libro de éxito no pasó desapercibida para Gaos. Fue entonces cuando comenzó a manifestar las primeras dudas sobre la calidad de “diarios” de estos escritos, pero, a la vez, cuando empezó a valorar

⁷ AJG, fondo 4, carpeta 2, ff. 60168-60325.

⁸ AJG, fondo 1, carpetas 100 y 101 ff. 19975a-20329r.

⁹ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20017.

explícitamente las posibilidades de un proyecto diarístico como vía para explorar su conocida concepción de la filosofía como confesión. Difícilmente puede encontrarse un terreno más propicio para indagar sobre las relaciones entre la obra y el diario, asunto que ocupa el segundo capítulo de este trabajo.

José Gaos terminó por abandonar las *Jornadas*, pero no el registro circunstancial y asiduo de su pensamiento. No con otra intención se propuso en diciembre de 1941, en una nota suelta, llevar un “diario no diario o dietario intelectual”¹⁰ donde pudiera dar cabida a aquellas ideas y ocurrencias fortuitas que de otro modo corrían el riesgo de perderse, pues no formaban parte de la composición directa de publicaciones. Si bien entre sus libretas personales no se conservan registros inmediatamente posteriores a este plan, las notas que fue hilando a partir de 1942 exhiben, sin tapujos, las huellas de una incesante consignación repentina del pensamiento. Esto se corresponde con lo que ocurría en los documentos relativos a los dos momentos arriba aludidos; sin embargo, estos otros registros no combaten la fragmentación mediante los trazos de la composición de un libro original de filosofía, como sucedía en las *Jornadas*; tampoco existen en ellos rótulos o títulos fijos, ubicados en distintas regiones del cuaderno, que pretendan seccionar su contenido, como sí los había en el cuaderno fechado que redactó durante la guerra. Tales características destacan aún más, por un lado, la condición pretendidamente espontánea de sus entradas y, por el otro, la contigüidad entre el apunte intelectual y los ocasionales autoanálisis o referencias a sí. Estas serían las características del tercer momento de la escritura diarística gaosiana.

Sin embargo, estas mismas notas, tan asociadas a lo inmediato y, por lo mismo, a primera vista tan alejadas de cualquier orden editorial, han llegado a nosotros acompañadas de importantes marcas de relectura y selección mediante las cuales fue examinado nada menos que su potencial de publicación. Aunque este examen se expandió retrospectivamente hasta los registros de los cuarenta, fue inaugurado a finales de 1957, como parte de un proyecto de cultivo de la aforística al que Gaos se entregó con empeño y que distinguió lo que podría postularse como el cuarto periodo de su escritura diarística. Una vez formulado ese propósito, comenzaron a proyectarse sobre las notas, tanto las posteriores como las anteriores, nuevas aspiraciones organizativas, de redacción y de concisión; todo ello derivado

¹⁰ AJG, fondo 2, carpeta 34, f. 35931, 26 de diciembre de 1941.

de un plan de publicación de aforismos, que, de hecho, llegó a concretarse a finales de 1957.¹¹ Así pues, algunas de las notas que en un momento pudieron formar parte de un “diario no diario o dietario” fueron posteriormente reinterpretadas como aforismos. Esto brinda la invaluable oportunidad de discutir a fondo la distinción genérica entre diario, dietario y aforismo, pero, sobre todo, de poner a prueba, con base en el contraste con documentos concretos, la pertinencia de algunos de los supuestos que con mayor frecuencia se asocian a tales géneros, en particular, las distinciones entre la escritura personal y la abstracta o general, y entre la privada y la pública. Esta es la discusión que guía el tercer capítulo de este trabajo, donde, por la continuidad y las tensiones que hay entre ellos, se analizan en conjunto el tercer y cuarto momento de la escritura diarística de Gaos.¹²

El recorrido propuesto permite destacar las particularidades de cada faceta de esta práctica de escritura y abundar en su contexto, sin dejar de reconocer las afinidades que existen entre todas ellas. Cada uno de estos momentos exhibe los esfuerzos continuos, aunque a menudo abatidos, de un filósofo para quien trazar por escrito el complicado itinerario de su pensamiento podía contribuir al mapeo de la propia vida y aportar al cultivo de las ideas y, a la postre, de sí. Las siguientes páginas se proponen mostrar cómo, además de constituir un remedio provisional para la constante preocupación de tener “muchas más ideas de las salvadas de cierta indolencia para la composición”,¹³ el desarrollo circunstancial, sucesivo e idealmente *diario* de estos documentos es un recordatorio de que ni el pensamiento ni la escritura corren siempre por vías rectas hacia la obra publicada y de que estos dos elementos también forman parte de los acontecimientos de la vida.

¹¹ Los borradores de esta colección, que también fueron analizados en esta investigación, se encuentran en el Archivo Histórico del Colegio de México (AHCM), José Gaos, caja 16, exp. 1, 2 y 3, ff. 1-25. Existe una copia digital del Fondo Gaos de dicho archivo en el AJG de la UNAM, donde se han integrado como el Fondo Cinco. (AJG, fondo 5, ff. 70001 y ss.).

¹² La suma de estos momentos dentro del periodo acotado por este trabajo comprende los siguientes folios: AJG, fondo 4, carpetas 2-4, ff. 60590-62182.

¹³ AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 61663, 1° de julio de 1958.

1. DIARIO Y CRÓNICA. LOS DIARIOS DE GUERRA

Hay que someterse al instante.
Perennizar el instante.
Que lo instantáneo perdure.

JOSÉ GAOS

En su ahora clásico ensayo sobre el tema, Maurice Blanchot discutía las ilusiones, las intenciones y las trampas que conlleva la escritura de un diario. Entre otros motivos que configuran la situación típica del género, el pensador francés resaltaba una noción que, de tan repetida, suele simplemente darse por sentada: que los diarios responden a “la ambición de eternizar los momentos sublimes e incluso de hacer con la vida entera un bloque sólido que pueda guardarse junto a sí, firmemente abrazado”. Apelar a semejante transmutación implica no solamente concebir la fugacidad del momento como opuesta a la fijeza de la escritura, sino también establecer un contraste entre la inaprehensible sucesión de las situaciones y la estabilidad propia del soporte. De ahí que la confección de un diario sea, para Blanchot, una “empresa de salvación” (1969: 209) de la vida, del yo y de la escritura misma.

Esta idea conjuga un viejo tópico sobre la escritura con una particular noción de la vida como una serie de momentos huidizos. Al menos tan antigua como la postura que Platón atribuye a Theuth en el mito con que cierra el *Fedro* (274c5-275b2),¹⁴ la idea de hacer partícipe al texto de la materialidad de su soporte se encuentra todavía en el corazón de buena parte de nuestra cultura escrita y ha acompañado el desarrollo de instituciones y prácticas no solamente editoriales, sino también de naturaleza jurídica o académica, por ejemplo. No es inusual que en estos ámbitos se confíe la conservación de un evento, de una idea, de un

¹⁴ Según este mito, el dios Theuth —descubridor, entre otras cosas, del cálculo, de la geometría, de la astronomía y de algunos juegos— presenta al rey egipcio Thamus su invento de las letras como un “fármaco de la memoria y de la sabiduría”. El rey, contrariado, sostiene frente a Theuth que su artificioso descubrimiento no es sino una herramienta para el olvido, pues lejos de propiciar la memoria (μνήμη) y la sabiduría, la escritura no es sino un “recordatorio” (ὑπόμνησις) de lo que el alma debería aprender por sí misma (Platón, 1988: 401-404).

sentimiento tanto al registro proporcionado por la letra como a la firmeza propia del medio en que se inscribe.¹⁵ Y, aunque existen importantes motivos —algunos incluso delineados desde el antiguo texto platónico— para, si no impugnar por completo, al menos debatir la seguridad con que se hace de la letra y de su despliegue material (o virtual) soportes idóneos para la preservación de los acontecimientos, del pensamiento y de la expresión, lo cierto es que la confianza en este soporte doble todavía sigue permeando, en buena medida, nuestra relación con la escritura. Si a ello se añade un cierto “sentimiento de evanescencia” que, en opinión de Alain Girard, comienza a expandirse y a intensificarse a finales del siglo XVIII —y, según afirma, configura desde entonces un nuevo sentimiento de la historia y de la persona (1996: 37)—, no sorprende que, tanto en los estudios sobre el género como en las propias afirmaciones de los diaristas sobre los motivos de su práctica, se tienda a describir los diarios como objetos de depósito, capaces, idealmente, de registrar lo pasajero de la vida y de conservarla en sus sucesivas evoluciones.

Una formulación similar hizo, ya entrado el siglo XX, el filósofo José Gaos, aunque con sus respectivos y muy personales matices. Hijas de los mismos momentos fugaces, “estas ocurrencias que, no apuntadas en el acto, no se recuerdan por más esfuerzos que se hagan” le parecían “un buen ejemplo de las creaciones y aniquilaciones en que burbujea el mundo entero”.¹⁶ La anotación pronta de ideas e impresiones tomaba, en consecuencia, el cariz de instrumento de registro y cultivo de aquello que parecía siempre a punto de disiparse. Este fue uno de los muchos motivos que expresamente tomó como respaldo de una práctica que lo ocupó buena parte de su vida. Bajo lineamientos como estos, la acumulación escrita de recuerdos, reflexiones, opiniones y proyectos se convirtió para él en una tarea digna de dedicación constante, como evidencian de modo notable los quince cuadernos actualmente

¹⁵ Habría que especificar que la confianza en las distintas tecnologías y los distintos medios de escritura no siempre es la misma. Compárese, por ejemplo, la seguridad que suele depositarse en el texto impreso frente a la sospecha que muchas veces acompaña el uso de los medios electrónicos de escritura. Mientras la primera tecnología tiende a ser percibida, según destaca John Slatin (1990: 871), como propiciadora de fijeza, la segunda despierta, incluso en historiadores de la escritura como Armando Petrucci, cierta sensación de “fragilización” (1999: 296). Como se ve, la confianza en la capacidad preservadora de la escritura no depende únicamente del despliegue —en abstracto— de los caracteres, sino también de la aprobación o descalificación del soporte que los acoge como medio apto para la conservación del texto.

¹⁶ AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 61042, 22 de mayo de 1957; AHCM, José Gaos, caja 6, exp. 1 y 2, f. 4; Gaos (2017 [1957]: 14).

albergados en el Fondo Cuatro del Archivo José Gaos (AJG) —perteneciente al Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM—. La escritura de aquellos que él mismo en ocasiones denominó “diarios”, en particular, destaca por exhibir los rastros de cierta preocupación por atender, consolidar y conservar las ocurrencias y las especulaciones del momento.

A pesar de que la enunciación explícita de la función “salvadora” de su diario no aparece sino hasta varios años después,¹⁷ ya desde 1937, en un cuaderno ciertamente peculiar, aunque con rasgos muy cercanos al resto de sus diarios, Gaos daba cuenta de una inquietud debida a la “variación y la velocidad de la vida”. En enero de aquel año, en plena guerra civil española, escribía entre sus páginas a rayas: “Mi vida es una alternancia de planes y acciones circunstanciales [...]. A nuestros precursores su vida les permitía sujetar a un instante los futuros. En nuestra vida cada instante es nuevo y rebelde al anterior”. Inserto, efectivamente, en la situación excepcional e incierta de la guerra, el asturiano se preguntaba si era “posible que salga y quede algo” de esta “vida circunstancializada como la nuestra”. A pesar de que en aquel momento no llegó a una respuesta consoladora, su resolución era clara: ante la insumisa movilidad de la vida no quedaba sino “perennizar el instante”.¹⁸

Puede decirse que tales palabras, además de enunciar una determinación, de algún modo contribuyen a su cumplimiento. Tanto en esta como en las demás anotaciones de este cuaderno de 150 folios es posible notar el esfuerzo del joven filósofo por registrar ideas, impresiones y algunas vivencias de forma eventual. A partir de noviembre de 1936 y hasta mediados de 1937, Gaos fue encadenando en ese mismo cuaderno toda clase de reflexiones, apuntes coyunturales, notas de lectura y planes para el futuro, breves en su redacción y heterogéneos en su temática, por lo general sin otro conector *discursivo* lógico o temporal entre ellos que el hecho de compartir un mismo espacio de escritura y una misma línea de tiempo en las fechas consignadas de su registro. La dispersión y la fragmentación de estas anotaciones las dota de un talante ocasional, más cercano al calor del momento que a las exigencias de un desarrollo argumental (lógico o narrativo) pretendidamente continuo, acumulativo y cerrado. De ahí que la citada inquietud por las determinaciones que implica “la variación y velocidad de la vida” pueda tomarse, a la vez, como la enunciación de una

¹⁷ Véase página 13 de esta tesis.

¹⁸ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60259, 23 de enero de 1937 (fragmento tachado en el original).

preocupación por dar a lo instantáneo su lugar y como una respuesta a esa preocupación. Más allá de ser simplemente una cavilación abstracta, esta anotación constituiría, como las demás notas de este cuaderno, una forma de inscribir lo instantáneo a partir de la consignación circunstancial de una idea. Esas inquietudes y recursos, además, son constantes que atraviesan buena parte de la escritura cotidiana de Gaos y vinculan particularmente a este peculiar cuaderno fechado con el resto de sus autodenominados diarios.

La escritura diarística en la guerra civil española

Si atendemos a los estudios especializados, no parece sorprendente que Gaos haya privilegiado este tipo de resoluciones y estrategias en los cuadernos que lo acompañaron durante este periodo. Paradójicamente, mientras la atmósfera de la guerra suele parecernos llena de obstáculos para el cultivo por escrito del pensamiento, esas mismas circunstancias convulsas pueden estimular la voluntad de redactar la experiencia. Los estudios sobre las escrituras autobiográficas han resaltado que a menudo son los contextos más impactantes los que despiertan el interés por registrar la propia vida y, en especial, los que detonan la práctica cotidiana de la escritura diarística. El enamoramiento (o el desamor), el duelo, las dificultades laborales, los viajes, la guerra y el exilio figuran entre los episodios más aludidos en los textos autobiográficos y entre los escenarios más comunes en los inicios o las reanudaciones de los diarios. “Las guerras” en particular, destaca Anna Caballé, “son experiencias que por su excepcionalidad y dramatismo estimulan la necesidad de dejar constancia de lo vivido en tiempos de confrontación, desorden y violencia” (2015, s. p.). Además, se trata de momentos en que se acentúa la conciencia de la posibilidad de perder la propia vida, lo cual tiende a impulsar la determinación de dejar un registro de nuestro paso por el mundo.¹⁹ De ahí que, a pesar de ser motivo de fuertes turbaciones, cambios e inquietudes —o precisamente por esto—, se trate de momentos de auge o de sumo interés para la literatura memorialista y autobiográfica. No hay más que recordar casos como las impactantes memorias del cautiverio en Auschwitz que presenta Primo Levi en *Si esto es un hombre*; el papel central de la Primera

¹⁹ Subrayando la relación entre la práctica escrituraria y lo percedero, Michel de Certeau menciona que esta se encuentra “ligada a la capacidad de no perder nada del tiempo que pasa, de contarlo y acumularlo, de hacer rentable lo adquirido para hacer del capital el sustituto de la inmortalidad” (1996: 214).

Guerra Mundial en la narración que Robert Graves ofrece de su propia vida en *Adiós a todo eso*; el fuerte impacto que los conflictos de la Revolución islámica de Irán imprimen en la novela gráfica autobiográfica *Persépolis*, de Marjane Satrapi, y, de modo todavía más inmediato, la presta conmoción de la guerra registrada en el tan reconocido como controversial *Diario de Ana Frank*, escrito durante la ocupación nazi en Ámsterdam.

El caso específico de la guerra civil española es, a decir de Caballé, “la experiencia que más bibliografía ha generado en toda la historia de España [...]. La escritura autobiográfica sobre la guerra civil es inconmensurable” (2015). El conflicto bélico iniciado en 1936 por el levantamiento del general Francisco Franco contra el gobierno republicano del Frente Popular produjo una profunda fractura entre dos bandos irreconciliables.²⁰ Abonando al carácter polarizado del conflicto, el constante acecho y la toma paulatina de territorios por parte de los rebeldes mantuvieron al país ibérico en un enfrentamiento prolongado. En 1939, respaldados en la ayuda extranjera que les brindaron la Alemania nazi y la Italia fascista, los rebeldes lograron derrocar el gobierno en curso y posicionar a Franco a la cabeza de una dictadura militar que continuaría hasta su muerte en 1975 y que arrastraría consigo no pocas conmociones, transformaciones y claros antagonismos originados durante el periodo bélico.

La intensidad de este enfrentamiento tuvo, como puede suponerse, fuertes efectos en la vida de los españoles. Además de las desgracias y penurias propias de un conflicto de esta magnitud, la Guerra Civil tuvo como consecuencia la salida masiva de españoles al extranjero en busca de asilo, algunos de los cuales —como sería después el caso del mismo Gaos— se mantuvieron en el exilio hasta el final de sus días. Tanto en un bando como en otro, tanto entre quienes se quedaron como entre quienes se fueron, proliferaron los testimonios sobre las huellas que este conflicto imprimió en sus vidas. Contra el ya desacreditado tópico que afirmaba la completa falta de afición de los autores españoles por las escrituras autobiográficas (*véase* Caballé, 1986: 40-41),²¹ este periodo ha sido ahora reclamado como una de las pruebas más evidentes no solo de la existencia de estas modalidades de escritura en el ámbito hispano, sino de la abundancia de las mismas (Durán, 1997: 11). Escritores,

²⁰ Con pesar, en 1936, reconocía el propio Gaos que “España son dos españas *desunidas en una*” (2018: 1090).

²¹ Entre los varios exponentes de las letras hispanas que han llegado a sostener esta idea se encuentra nada menos que el maestro de Gaos, José Ortega y Gasset, quien, en un ejercicio comparativo realizado en 1927, afirmó que España era el país con mayor escasez de escritos de corte memorialístico (Ortega y Gasset, 2005: 183).

políticos, periodistas, militares y civiles dedicaron su pluma al recuento de esa porción de la historia desde su perspectiva personal,²² y el inventario de este tipo de producciones tiene que ampliarse continuamente a raíz del descubrimiento o la publicación de nuevos textos de y sobre el periodo.

Sin embargo, la misma Caballé se muestra más reservada en lo que a la magnitud y al alcance del cultivo del género diarístico se refiere. “Pese al dramatismo de nuestra guerra civil y a los diarios que debieron escribirse en aquellos difíciles años”, comenta, “muy pocos han trascendido y ninguno lo suficiente como para transformarse en expresión común y aceptada de aquella dolorosa experiencia”. “En todo caso,” concluye, “son pocos y [...] sin apenas influencia en la cultura española actual” (2015). Se trata de una afirmación difícil de debatir, pero también difícil de comprobar. A semejanza de lo que sucede en relación con la escritura de la propia vida, la trascendencia o intrascendencia de los textos tiende a estar sujeta a debate y, como se ha señalado con respecto a la escritura cotidiana, el recuento de los textos publicados o traídos al conocimiento público no puede ser representativo del cultivo común del género.

Por un lado, aunque en las listas editoriales los diarios del momento ciertamente no compiten con la presencia de otros escritos memorialísticos, históricos o literarios, las pruebas de su escasez no son contundentes. El exhaustivo trabajo de Eusebio Cedena Gallardo (2004) es una muestra de la amplitud del panorama de la escritura diarística detonada por esta guerra. Aunque su estudio está enfocado principalmente a examinar la labor de escritores y figuras públicas ya consagradas y, específicamente, de aquellas a quienes la guerra condujo al exilio, los ejemplos que trae a cuento no son precisamente los que se esperarían de un periodo de exigüidad.²³ La propia Caballé, de hecho, retoma y amplía este panorama, sin cerrar del todo las puertas a nuevos descubrimientos en la materia. Y es que, como bien han destacado investigadores como Philippe Lejeune (1996) y Manuel Alberca

²² Un recorrido panorámico de estos escritos puede encontrarse en Domínguez Prats, 2014 y en el capítulo cuatro, “Hacia un panorama selecto de la escritura autobiográfica del exilio español de posguerra”, de Cedena Gallardo (2004: 211-243).

²³ Los autores a los que dedica el estudio son Manuel Altolaguirre, Max Aub, Manuel Azaña, Zenobia Camprubí, Luis Cernuda, Rosa Chacel, Ramón Gaya, Juan Gil-Albert, Ramón Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez, Juan Larrea, José Moreno Villa y Emilio Prados. Habría que decir que muchos de ellos publicaron o escribieron más de un volumen de diarios.

(2000), basar nuestras consideraciones sobre este género en los ejemplares que se han dado a la imprenta es reducirlas a observaciones parciales. Así como Lejeune reveló en el ámbito francés, Alberca señala que en el mundo hispano “han debido llevarse bastantes diarios entre la gente común, también entre los escritores, pero muchos o la mayoría los desconocemos hoy. Sin duda, unos se han perdido o destruido, otros quizás yacen escondidos en desvanes, anticuarios, archivos o bibliotecas privadas o públicas”. El mero rastreo de las ediciones y publicaciones no hace justicia a una tradición que, aunque por mucho tiempo negada, “debió permanecer, como era normal, soterrada y escondida, pero activa” (2000: 23-24) —especialmente, añadiríamos, en un periodo marcado por un enfrentamiento profundo y una reconocida censura.

Por otro lado, si bien es cierto que estos diarios no se han destacado por su influencia en la literatura o en la educación hispánicas por encima de otras obras del periodo, tampoco es posible desestimar su impacto de antemano. Un caso paradigmático de las posibilidades que poseen los diarios para influir en la consideración de la Guerra Civil y también para gozar de cierto —modesto, quizá, pero no irrelevante— éxito editorial es el de los cuadernos de Manuel Azaña. Los centenares de páginas que esta crucial figura del periodo de guerra²⁴ dedicó día con día al recuento de la situación de España y de sus propias actividades en aquellas circunstancias han llegado a valorarse, incluso, como “el texto memorial más importante de la historia española moderna” (Marichal, 1968: vii). Debido al protagonismo político de su autor en el momento y por el grado de detalle que exhiben sus anotaciones, la porción de sus diarios dedicada a la Guerra Civil fue considerada por Santos Juliá como una “insustituible [...] fuente de primera mano sobre este periodo crucial de nuestra historia” (1997: 6), esto sin mencionar su ponderada “calidad literaria” (Cedena Gallardo, 2004: 385). A ello debe agregarse el amplio recorrido de modificaciones y ocultamientos al que estuvieron sujetos los diarios antes de su publicación íntegra,²⁵ lo cual los convierte en una interesante evidencia de las políticas culturales de la época y de las prácticas de censura de la

²⁴ Después de dos agitados periodos al mando del gobierno de España —primero de modo provisional (1931) y después interrumpido por dimisión (1931-1933)—, Manuel Azaña fue presidente de la Segunda República desde mayo de 1936 hasta enero de 1939. El alto cargo que ostentaba durante la época de guerra lo posicionó como cabecilla del bando republicano.

²⁵ Al respecto puede consultarse De Rivas (1990: 10-11).

posguerra. El conjunto de estos elementos ha hecho de este diario un próspero blanco para la investigación y la curiosidad lectora.

Sería injusto, no obstante, catalogar el caso de Azaña como completamente excepcional. Los continuos hallazgos, redescubrimientos y publicaciones de diarios del periodo reflejan el inagotable interés que las escrituras cotidianas sobre este crucial momento de la historia de España siguen despertando, incluso cuando no se trata de los “grandes actores” de la política o del ambiente cultural de la época ni de escritos con una calidad literaria particularmente llamativa. La ampliación investigativa y editorial hacia los diarios de civiles de nombres no reconocidos en la esfera pública o en la literatura histórica canónica son signo de una fascinación que, más que expirar, prospera en tiempos recientes.²⁶

La guerra fuera y dentro del cuaderno de Gaos

Sin duda, ni el interés ni la complejidad de este panorama dejan exentos los apuntes de José Gaos de los desafíos concernientes tanto a la expresión del momento como a su influencia. Inaugurado, como su encabezado inicial indica, en noviembre de 1936 en París,²⁷ la redacción de este primer cuaderno coincide no solamente con un periodo de conmoción al interior de España y en sus relaciones internacionales, sino también con una época de intensa actividad en la vida del joven filósofo.

En aquellos días, el asturiano se encontraba fuera de su país natal, todavía no como exiliado, sino bajo el cargo de presidente de la Junta Delegada de Relaciones Culturales de España en el Extranjero. Había aterrizado en Francia con las tareas diplomáticas de dar cuenta de los acontecimientos recientes, exponer la política cultural de la República y, en última instancia, exhortar a la acción internacional a favor de esta; esto sin mencionar la “encomienda discreta”, extraoficial, de atraer a algunas influyentes figuras del mundo intelectual —entre ellas, el destacado caso de Ortega— a su causa (Serrano de Haro, 2019: 101; Aub, 1970: 81-82). Y es que, a diferencia de la imagen del intelectual trabajando en la

²⁶ Caso notable es el recientemente publicado *Diario de una niña en tiempos de guerra y exilio 1938-1944* (Simarro, 2017). Tanto la falta de centralidad política de la diarista como el señalamiento explícito de su condición infantil son muestra de una expansión del interés académico y editorial hacia nuevos actores y discursos.

²⁷ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60168: “Paris, XI, 36”.

más completa calma, alejado del mundo que rodea su escritorio, la situación de este filósofo durante la guerra no fue ni apacible ni indiferente a las circunstancias colectivas. Prueba de ello había sido la resistencia que opuso —siempre en abierto compromiso con el bando republicano—, desde sus respectivos puestos académicos, a dos embates bélicos ocurridos apenas unos meses antes de aquella salida de España en noviembre de 1936.²⁸ Resistencia que continuaría demostrando durante los meses siguientes, en sus varios traslados en el extranjero en calidad de embajador cultural y político.

Con nombramientos de esta índole, además de pronunciar discursos, publicar artículos y sostener entrevistas en medios locales y extranjeros, el discípulo de Ortega llegó a participar en reuniones internacionales de gran talla, entre las que se encuentran la entrega al Premio Nobel de la Paz de 1936, en Oslo, y, al año siguiente, el Congreso Internacional de Filosofía “Descartes”²⁹ —en el que intervino como delegado oficial de España— y la célebre Exposición Internacional de París —a título de comisario general de la España republicana—. Aunque no sugiera el encarnizamiento de una guerra, el compromiso del filósofo en sus gestiones oficiales no se agotaba en los simples membretes de representante español y republicano con los cuales se presentó. Antes bien, a pesar de que algunas de estas reuniones no parecen ocasiones para el discurso político, lo cierto es que, como señaló Aurelia Valero,

²⁸ El primero de estos incidentes sucedió en julio de 1936. Mientras fungía como profesor consejero y encargado de los cursos de la Universidad Internacional de Verano en Santander, la ciudad y el centro universitario en que residía fueron atacados. Después de un par de meses de enfrentamientos, a finales de agosto de 1936 la clausura de las actividades universitarias coincidió con un episodio trágico: varios estudiantes del centro fueron acusados de fascistas y encarcelados. Aunque Gaos ofreció su apoyo y dio acompañamiento para que los estudiantes implicados entraran a la zona republicana, no todos siguieron este rumbo y las consecuencias fueron, para algunos, fatales. Después de este lamentable incidente, regresó a Madrid con la intención de tomar las armas por el bando republicano. Sin embargo, a pesar de que sí se alistó, nunca llegó a combatir en el frente. Las insólitas circunstancias del conflicto terminaron por dictar, indirectamente, su nombramiento como rector de la Universidad Central de Madrid a sus escasos 35 años. Si bien este ascenso inusual —y, de hecho, no precisamente buscado por el filósofo— lo alejó del frente de la guerra, distó mucho de brindarle tranquilidad. Tan solo unas semanas después de su designación y poco antes de su llegada a París, notada en el encabezado espaciotemporal de su cuaderno (“París, XI, 1936”), hubo un segundo incidente al que Gaos tuvo que dar respuesta desde el frente de las aulas. En noviembre de 1936, cuando la guerra alcanzó la Ciudad Universitaria, el rector más joven que encabezara hasta entonces esta institución académica se vio forzado a dirigir la evacuación de las instalaciones y a coordinar el traslado de la sede de la Universidad a Valencia, principal centro político y cultural de la República.

²⁹ El congreso “Descartes” se llevó a cabo durante el verano de 1937 en París como parte de las celebraciones por el tercer centenario de la publicación del *Discurso del método*.

incluso en las participaciones que parecieran demandar más abstracción, “sus alocuciones eran todo menos divagaciones de intelectual ensimismado; representaban un tipo especial de proyectiles, dirigido hacia un frente distinto del de las trincheras: la batalla por la cultura, continuada durante las décadas de exilio” (2015: 45).

Con todo, pese a ser este el contexto que envuelve la escritura del cuaderno que nos ocupa, no son estos episodios los más referidos entre sus páginas. A diferencia de lo que sucede, por ejemplo, en los cuadernos de Azaña, en las notas fechadas que Gaos fue hilando durante este periodo, las referencias explícitas a las circunstancias políticas del momento no son muy abundantes. Por el contrario, quien espere leer en este documento un testimonio sobre los hechos de la guerra (comparable, quizá, a un recuento histórico) tendrá que excavar con pico y pala en busca de indicios ante la ausencia de referencias contundentes. No solo eso, sino que ni siquiera aquellas actividades y aquellos incidentes en los que se vio involucrado a raíz del conflicto en su país natal tienden a narrarse o describirse al filo de tal proceso. Así pues, las notas variopintas que el filósofo encadenó y dató en su cuaderno difícilmente podrían transformarse, como Caballé ambicionaba, en la “expresión común y aceptada” de la guerra, si por ello se entiende la presentación acreditada de estampas que expongan o informen sobre esa situación.

Más que líneas narrativas o descriptivas de los acontecimientos ocurridos en España, de la tensa situación internacional o de las andanzas de Gaos en sus gestiones diplomáticas e intelectuales, las notas heterogéneas de este documento se dedican principalmente a registrar, desplegando las habilidades y el bagaje de la profesión que lo absorbía, sus pensamientos y opiniones. Tan parcas son, en su mayoría, las referencias directas a “la situación”, y tan acentuado el carácter intelectual del documento, que quien se acerque a estas notas sin una noción previa de su contexto de producción difícilmente podrá dar con las circunstancias específicas a las que alude o de las que parte:

He charlado con [José] Bergamín. Hemos cambiado sendos “rapports” verbales sobre “la situación”. El suyo comenzó y retornó varias veces por una interpretación “poética” —el término fue suyo. He sentido el contraste con mi análisis de los hechos y las fuerzas reales. Por primera vez en mi vida he advertido con fuerza el contraste entre las *interpretaciones*

ideales y los *análisis reales*. ¿Se trata de realidades más y menos profundas [arriba: arcanas], más y menos cercanas? ¿O se trata de una mínima y una máxima proporción de realismo?³⁰

Si bien Gaos se enviste aquí como examinador de lo concreto, no añade en esta ocasión ningún dato particular sobre “la situación”. Aunque en el momento no escondía sus afiliaciones políticas y participaba activamente en su defensa, sus notas parecen, a primera vista, acercarse más a lo que se espera de un pensador preocupado por conceptos que a las palabras directas de un testigo. Y esta forma en que la circunstancia aparece vagamente aludida y discutida, pero no precisamente descrita ni narrada, es la que prevalece a lo largo del cuaderno.

La desatención referencial a los incidentes del momento, y específicamente a los graves incidentes de la guerra —que contrasta, hay que decirlo, con el contenido de algunos de sus artículos, discursos, informes e intercambios epistolares del periodo—, provoca, además, sorpresa incluso a quien se acerca por primera vez a este cuaderno sabiendo de antemano el contexto en el que fue confeccionado. Frente a las suposiciones sobre la relación entre la guerra y la escritura autobiográfica antes delineadas, el cuaderno fechado de Gaos no carece de cierta apariencia anómala. Extraña pensar que en circunstancias tan agitadas el filósofo no perdiera la ocasión de consignar las complicadas rutas de su pensamiento, y, en cambio, pareciera no haberse preocupado mucho por detallar descriptiva o narrativamente las situaciones, las acciones y los sucesos conocidos, sufridos y realizados durante el periodo. De este desconcierto surge la necesidad de precisar por nuestra cuenta algunas observaciones y arrojar ciertas interrogantes. Por más que este cuaderno exhiba semejanzas tanto con diarios de otros autores como con el resto de los autodenominados diarios de Gaos, si queremos ubicar la escritura cotidiana del filósofo en el contexto escritural de la guerra, tendríamos que tomar con cautela afirmaciones como las de Caballé o, al menos, adaptarlas a su caso específico. Si fuera verdad que las circunstancias convulsas de la guerra estimulan la voluntad de dejar un registro de lo vivido, ¿en qué sentido cabría hacer de anotaciones como las de Gaos resultado de este proceso?

³⁰ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60251, 29 de diciembre de 1936.

Un cuaderno heterogéneo

La duda tiene un perfil todavía más complejo. Este cuaderno es tan heterogéneo que, más allá de advertir su habitual escasez de recuentos sobre el contexto de escritura, es complicado establecer sobre él una descripción unívoca y proponer conclusiones generales. El mismo filósofo se muestra consciente de esta particularidad cuando establece una división por secciones, situadas en diferentes regiones del cuaderno, a las que se dedica de manera (más o menos) simultánea. La mayoría de ellas se encuentran agrupadas bajo el amparo de rótulos o títulos como “Ideas”, “Ideas filosóficas”, “Impresiones”, “Interrupciones” y “Temas circunstanciales” —ya desde los títulos puede notarse el énfasis intelectual del documento—. Y, aunque no puede decirse que esta segmentación sea producto de una sistematización completamente premeditada e inequívoca, pues existen irregularidades, adiciones y lagunas,³¹ las divisiones entre un apartado y otro —estén o no indicadas mediante un título— marcan, *en general*, el inicio de una serie independiente de anotaciones fechadas que comparten cierta afinidad de formato o de contenido. Esta división por apartados marca también, en ocasiones, una diferencia en el grado de inclusión de los hechos vividos y en la manera en que estos son traídos a cuento en cada distinto apartado.

Los primeros cuarenta folios del cuaderno, a los que no antecede ningún título, pueden describirse como un despliegue comentado de notas de lectura. Durante su estancia fuera de España, el atareado intelectual no perdió la ocasión de estudiar a profundidad algunas obras recientes de la filosofía francesa y de anotar minuciosamente los comentarios, comparaciones y “sugestiones” que estas lecturas le suscitaban. *Retour de L'URSS* de André Gide, *Être et avoir* de Gabriel Marcel, *Les grandes formes de la vie mentale* de Henri Delacroix

³¹ Uno de los ejemplos más evidentes de que la división por secciones no es resultado de una resolución totalmente planeada e inequívoca es el de la separación entre “Ideas” e “Ideas filosóficas”. Parece claro, y eso se nota en el cuaderno, que las ideas referentes a temas de filosofía y a la filosofía misma caerían en el segundo apartado. Sin embargo, en la “madrugada de San Silvestre” de 1936 encontramos en el apartado de “Ideas” (a secas) una nota amplia sobre las relaciones entre la filosofía, la verdad y la forma del diálogo (“El valor de la filosofía no es la verdad objetiva, sino la veracidad subjetiva; la forma de la filosofía, el diálogo”, AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60252, 31 de diciembre de 1936). El motivo de esta imprecisión es, suponemos, que la división “Ideas filosóficas” no fue introducida sino hasta el 12 de enero del año siguiente (“12/1/37 sgg”, f. 60272). Fuera porque se implementó después de que el cuaderno ya albergaba cierta cantidad de entradas o porque existe alguna ambigüedad, la división por secciones no se cumple *a rajatabla* o *no siempre* es tan clara como pudiera parecer.

y *Les âges de l'intelligence* de León Brunschvicg, así como una reseña de Alexandre Kojenikoff (Kojève) sobre *Tangische Existenz* de Alfred Delp³² y también la antología de filósofos franceses de Jean Baruzi³³ fueron puestos bajo su lupa. Todas ellas, salvo la última, eran publicaciones que no llevaban más de dos años en circulación y presumiblemente contribuyeron a la inmersión del asturiano en debates de actualidad en el pensamiento francés. En su cuaderno, estos textos (o fragmentos de ellos) son meticulosamente deshilvanados en una alternancia entre la anotación puntual de citas y resúmenes —con la referencia precisa de su página y su párrafo—, la puesta en perspectiva de las “impresiones de conjunto” de Gaos sobre ellos y las observaciones que el atento lector arrojaba hacia las discusiones establecidas en estos.

Con excepción de la referencia a una conversación reciente con José Ortega y Gasset, en este primer cuarto del cuaderno no existe mayor recuento de las actividades del filósofo, y aun esta referencia es aludida únicamente para sustentar el comentario de la lectura en curso. En medio de una dura crítica al libro de Gide, interviene Gaos:

[*Retour de l'URSS*] me ha parecido [...] una muestra más de la irresponsabilidad del intelectual, según la expresión, no sé si también el concepto empleado el otro día por Ortega en su conversación en el Hotel de Calais conmigo: decepcionarse de las cosas porque la realidad no responde a la idea.³⁴

Una vez mencionado, no vuelve a profundizar en el encuentro con Ortega. Los comentarios sobre el libro, en cambio, continúan hilándose.

Como veremos, el panorama es relativamente distinto en el resto del documento. Entre los cambios que acompañan el seccionamiento del cuaderno, existe una cierta variación en los intereses que subyacen a las anotaciones y en el modo en que las experiencias son expuestas. Ya desde el primer apartado específicamente delimitado por un título, apenas a cuatro folios de distancia respecto a la última nota de lectura, la variación es notoria. El inicio de esta segunda sección está marcado con letras centradas y de mayor tamaño que el resto:

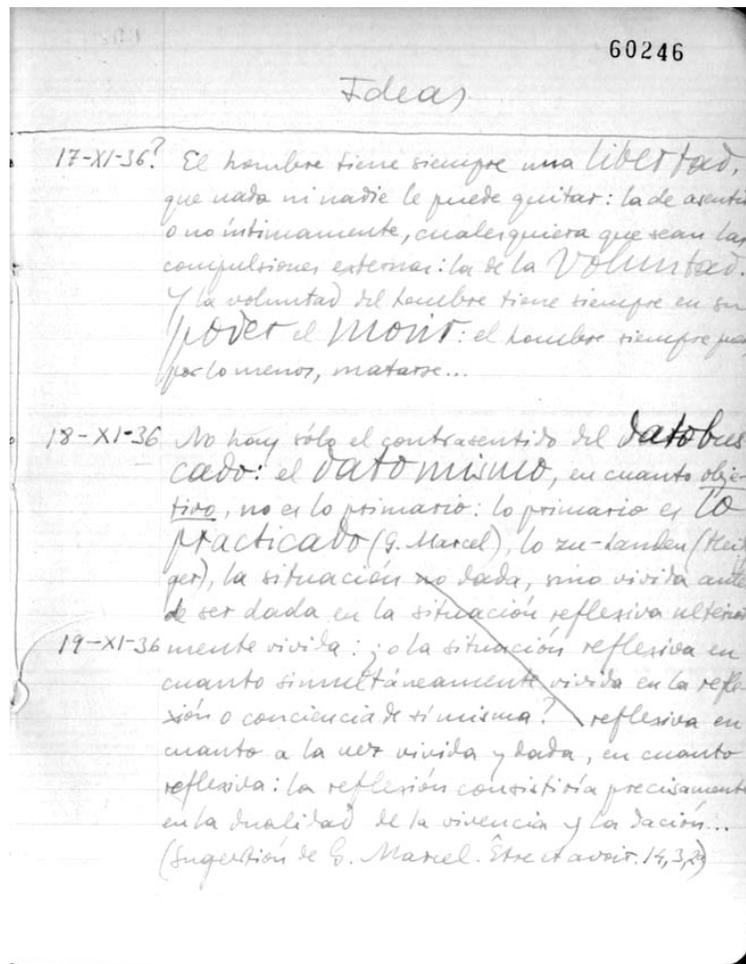
³² La reseña apareció en el quinto número de *Recherches philosophiques* (1936). Tanto el libro reseñado como los comentarios de Gaos giran en torno a la filosofía heideggeriana.

³³ Según lo dispuesto en las anotaciones de Gaos, y sus referencias específicas a la filosofía de Blondel y Delacroix, se trata específicamente del tomo I de *Philosophes et savants français du XXe siècle. Extraits et notices*, titulado *Philosophie générale et métaphysique*. Sin embargo, es posible que esta no haya sido la única antología de filósofos franceses que Gaos consultara y comentara por escrito durante este periodo.

³⁴ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60172, 17 de enero de 1936.

“Ideas” (figura 1.1). La amplitud de posibilidades que ofrece un título como este se refleja con justeza en las notas que le siguen; en ellas asuntos tan diversos como la “cuestión de la verdad”, la “cuestión social”, el “sentido de la vida”, la religión, el bien, el mal y muchos otros temas son abordados de forma generalmente breve, con una concisión más cercana al aforismo que al ensayo —no se plantea en ellos un desarrollo progresivo y acumulativo de las reflexiones, sino que la anotación se puntualiza, precisamente, en la consignación de una *idea*—. A diferencia de lo que sucedía en las notas de lectura, en este apartado las entradas se registran, a menudo, desde una redacción más personal, en el doble sentido de contener más detalles del propio Gaos como personaje u objeto de los enunciados, y de remarcar, con cierta frecuencia, el papel de pensador del propio filósofo como agente de la enunciación.

Figura 1.1. El inicio de la sección “Ideas”



Fuente: AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60246, noviembre de 1936.

Aprovechando las posibilidades que ofrece la división por apartados, Gaos se vale de las fronteras trazadas no solamente para establecer distinciones en los modos de dar cuenta de los asuntos, sino también para entablar conexiones entre una sección y otra del mismo cuaderno. Mediante este tipo de maniobras, por ejemplo, un comentario relativamente insulso a las páginas dedicadas a Maurice Blondel en una antología de filosofía francesa, expuesto en la primera parte del cuaderno, puede completarse a sesenta folios de distancia, en una referencia mucho más provocadora. Después de escribir escuetamente, en sus notas de lectura, que “me pareció redundante en estilo [...], pero que me incita a leer Archambault”,³⁵ Gaos transfiere su comentario más personal a una sección diferente de su cuaderno: “me sugiere”, nos dice, “la ‘idea’ de 28-XI-36 como resumen de mi posición sobre él”.³⁶ Y, en efecto, en la fecha señalada, la sección “Ideas” presenta una nota sobre el mismo tema que revela menor reparo en mostrarse subjetiva:

(Leyendo las ps. de Blondel en la Antología). Notoriamente, el ascetismo me repugna, y tengo la evidencia moral de que esta repugnancia está moralmente justificada: yo tengo una *religiosidad vitalista* [abajo: *hedonista*]: Dios no puede querer nuestra mortificación, sino que vivamos la vida que nos ha dado, con todo lo inherente a ella: el goce, en primer lugar, que le concede la evidencia de su valor primario.³⁷

A pesar de que las dos anotaciones comparten el mismo móvil, la cortinilla seccional que las divide permite a Gaos establecer una distinción —quizá no total, pero sí notoria— entre dos formas de observación: de un lado quedan las observaciones de tipo exegético, las que se preocupan mayormente por desentrañar las propuestas de otros autores; del otro, el observador suele permitirse más soltura para ahondar en las cuestiones desde sí mismo y no pierde la oportunidad de convertirse también en el objeto de su observación.³⁸

³⁵ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60187. Por la relación entre Blondel y Archambault, que también se repite en la sección “Interrupciones” (f. 60271), se puede deducir que Gaos se refiere al libro *Vers un réalisme integral. L’oeuvre philosophique de Maurice Blondel*, de Paul Archambault.

³⁶ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60187 s. f.

³⁷ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60247, 18 de noviembre de 1936.

³⁸ Existe otro buen ejemplo de este viraje de la observación hacia sí mismo. Mientras en el primer apartado de su cuaderno Gaos se limitaba a citar y comentar “el modo de trabajar de Marcel”, y a subrayar el modo en que “él mismo reflexiona, al menos parcialmente, sobre ello” (f. 60180, 18 de noviembre de 1936), en “Ideas” el asturiano vuelve la vista hacia su propia actividad de lectura: “(En plena lectura de la p. 69 de G. Marcel) Esta *manera de leer*, que pasa sobre el rigor de las ideas, para ver si son verdaderas o falsas, impelida del afán de saber qué más se dice... ¿qué significa?” (f. 60247, 21 de noviembre de 1936).

Las distinciones no terminan ahí. En contraste con lo que sucedía en sus notas de lectura, en “Ideas” las referencias a las actividades del momento son más explícitas y relativamente más abundantes. Las conversaciones, las lecturas, los paisajes son a veces traídos a cuento por Gaos como detonadores de las ideas que va consignando. Nótese, por ejemplo, la distinción en los modos de referirse a una charla con su maestro. Mientras en las notas de lectura una conversación con Ortega se citaba únicamente como sustento para el comentario de un libro, en “Ideas” otra visita al filósofo madrileño se analiza desde una voz diferente: “Hace unas tardes la he pasado con Ortega. Visita y conversación me sugirieron las siguientes notas [...]. Pocas veces me ha dado como esta tarde la impresión de pasar sin darse cuenta de unas ideas a otras contradictorias, la impresión de la falta de responsabilidad”.³⁹

En esta segunda ocasión, la visita es referida de manera directa: Gaos se presenta como actor y verbaliza la visita de tal modo que queda descrita como sucedida efectivamente en el pasado. Asimismo, el suceso se menciona como el motivo a partir del cual se desencadenan las observaciones. El contraste con la forma, más bien accesoria, en que se alude al encuentro entre estos dos filósofos en las notas de lectura es evidente. Pero, además, en este segundo apartado, las opiniones de Gaos sobre la conversación se tejen de manera tan personal que no solo no temen mostrarse críticas ante su interlocutor, sino que también añaden espacio para que el comentarista vincule espontáneamente la nota que se encuentra escribiendo con otras “ideas” previamente consignadas por su pluma. En aquella misma fecha, justo antes de referirse a su conversación con Ortega, Gaos había escrito: “la voluntad de sistema no es más que voluntad de abstracción. El sistema abstrae de la circunstancialidad. El sistema es un caso particular del conflicto entre la sustancialización y la temporalidad: ser y tiempo, idea y ocurrencia”.⁴⁰ Un folio después, en pleno comentario sobre lo que le parece la “falta de responsabilidad” de Ortega, Gaos establece una relación repentina, *ocurrente*, entre la nota anterior y la presente: “Responsabilidad, pienso ahora, [¿] caso particular del conflicto [entre] sustancialización y temporalidad?”⁴¹

Sin embargo, la mayor presencia de este tipo de recuentos no debe confundirse con una norma absoluta. Esta forma concisa de dar cuenta de las actividades y las circunstancias

³⁹ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60262, 6 de abril de 1937.

⁴⁰ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60261, 6 de abril de 1937.

⁴¹ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60262, 6 de abril de 1937.

antes de detallar las evocaciones y los pensamientos que aquellas le provocan no es común a todas las notas consignadas bajo el apartado “Ideas”. La mayoría se escribe sin mayor referencia a lo visto o a lo realizado en aquel momento. Sin dejar informe sobre a quiénes se alude, en relación con qué hechos y bajo qué contexto, el severo pensador apunta, por ejemplo: “Me sorprende el mucho hablar de políticos y prensa de la paz. Este gran valor... Este gran cuidado... tanto que suena hueco. No sólo que no se cree en ella. Sino que no se la estima en un último fondo”. Para después rematar con una de sus sustanciales reflexiones, comunes, estas sí, al resto de la sección: “Es un ejemplo más de la insinceridad contemporánea. ¿Y si revisásemos nuestras frases sobre la paz?”⁴²

Y esta última forma de apuntación, menos interesada en dar cuenta del contexto preciso que en registrar sin dilación lo pensado, se replica también en el apartado siguiente, el de “Ideas filosóficas”. A lo largo de casi una decena de folios, este apartado ofrece interrogantes, reflexiones y propuestas sobre la verdad, la certeza y la cultura, pero, sobre todo, sobre la naturaleza de la filosofía misma:

[¿]Qué es la filosofía? —se pregunta Gaos, en un afán que ciertamente atraviesa la mayor parte de su obra—. La filosofía es ante todo el esfuerzo por responder esta pregunta —o por mostrar la imposibilidad de responderla— en forma; el esfuerzo, pues, por definirse a sí misma —o por mostrar la imposibilidad de definirla en forma o saber de ella por mor de definición. Filosofía es la respuesta formalmente incongruente a la pregunta qué es filosofía. Y antes, [¿]la posición de esta pregunta!⁴³

El acento, como lo señalaban ya los títulos de estas dos secciones, no está puesto en la puntualización de las situaciones sino en el registro de las *ideas*.

A tal forma general de apuntación sin mayores descripciones circunstanciales habría que sumar los dos apartados que Gaos compuso a manera de listas sin fechas y que contienen anotaciones todavía más sucintas. En “Temas circunstanciales” se registran únicamente dos temas (“Propaganda de Estado y libertad de opinión” y “Los cuadros y las vidas”) que no carecen de cierta relación —si bien quizá de tipo tangencial— con discusiones y apuntes de otras regiones del documento, pero que parecen, más bien, tópicos reservados para un desarrollo posterior (figura 1.2).⁴⁴ Por su parte, el brevísimo catálogo de “adquisiciones”

⁴² AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60260, 2 de febrero de 1937

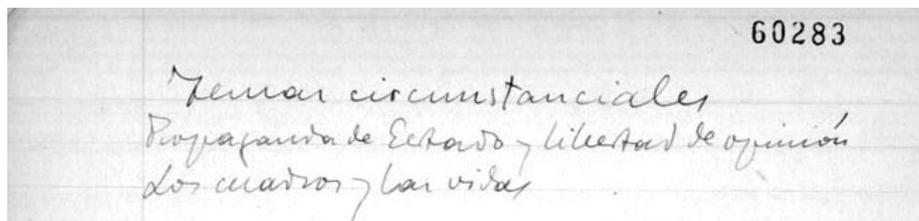
⁴³ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60272, 31 de enero de 1937.

⁴⁴ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60283, s. f.

presente en el apartado “Interrupciones” es un reflejo parcial de las obras comentadas en la primera parte del cuaderno, al que se suman, es verdad, dos elementos referentes a actividades, pero aludidos de forma muy escueta, sin que aparezca Gaos como personaje y sin la presencia de verbo alguno que sugiera su realización próxima o pasada (figura 1.3).

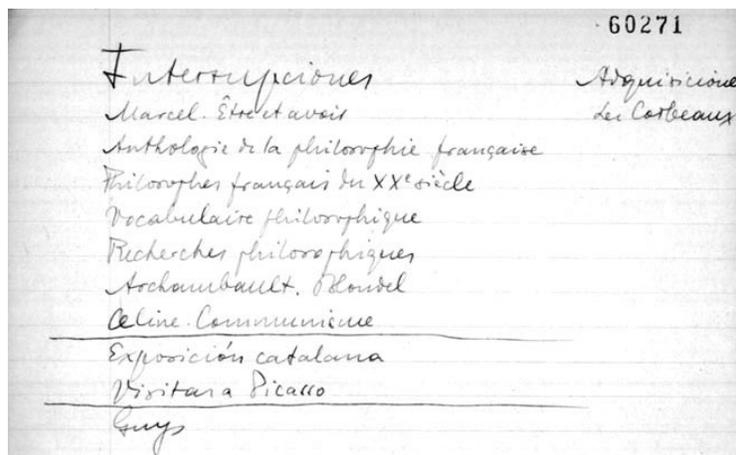
Marcel. Être et avoir	Adquisiciones
Anthologie de la philosophie française	Les Corbeaux
Philosophes français du XXe siècle	
Vocabulaire philosophique	
Recherches philosophiques	
Archambault. Blondel	
Céline. Communisme	
Exposición catalana	
Visitas a Picasso	
Guys ⁴⁵	

Figura 1.2. Sección “Temas circunstanciales”



Fuente: AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60283, s. f.

Figura 1.3. Sección “Interrupciones”



Fuente: AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60271, s. f.

⁴⁵ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60271, s. f.

Esta manera de escribir, donde las referencias explícitas a la propia vida y al contexto son más una excepción que una tendencia, únicamente parece desafiarse en el último gran apartado del cuaderno: “Impresiones”, al que Gaos agrega la elocuente descripción de “Observaciones de la circunstancia viajera” (figura 1.4). Este apartado se consolida como una serie de comentarios acerca de los lugares visitados durante esa época —en particular, París—, sobre las exposiciones y obras de teatro vistas, y sobre los traslados realizados. Se trata de un apartado tan heterogéneo —con ramificaciones, además, en otras regiones del documento—⁴⁶ que de inmediato surge la duda de si se trata o no de una única sección. Si bien esta inicia como una lista resumida de actividades realizadas (“1) una entrada de noche a pie desde la estación de Lyon al barrio latino; 2) un paseo de mediodía hacia Nuestra Señora 4) [*sic*] un gran paseo de tarde a la Embajada de España”),⁴⁷ pronto comienzan a integrarse bajo su marca materiales de otra índole: amplias listas de “ocurrencias sueltas al paso y al vuelo”⁴⁸ acerca de las regiones y eventos artísticos que el atareado viajero visitó en aquellos meses; comentarios más estructurados sobre estos mismos temas —la mayoría de los cuales fueron tachados por el filósofo—; unas breves “consideraciones preliminares sugerentes” acerca de los escritos sobre el arte de Baudelaire (muy al estilo de las notas de lectura al inicio del cuaderno),⁴⁹ y, por último, algunas anotaciones de viaje consignadas como escuetos recordatorios o a manera de agenda (“5: 8-2 París-Bruselas-Hamburgo-Copenhague-Malmö, avión. Malmö: comida en el Kramer-Hotel y busca de Telégrafos”).⁵⁰

⁴⁶ Los cuatro folios (ff. 60242-60245) que separan el apartado “Ideas” de las notas de lectura al inicio del cuaderno contienen notas, fechadas en mayo de 1937, en las que el filósofo expone su opinión sobre las obras que observó en una visita al Louvre. Tanto la fecha que exhiben (las últimas anotaciones sobre arte —al final del cuaderno— están fechadas un mes antes de estas otras notas) como su temática invitan a pensar que se trata de una extensión del apartado “Impresiones”. Además, al igual que algunos otros apuntes de tal sección, estos comentarios sobre arte fueron tachados y tienen una organización estructurada: “Un par de horas de una mañana de luz primaveral a las pequeñas salas de flamencos, holandeses y alemanes. Me parece que las observaciones que hice puedo apuntarlas bajo estas tres rúbricas: observaciones generales, los grandes maestros, los pequeños maestros” (f. 60242, 2 de mayo de 1937).

⁴⁷ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60284, “redactadas, 22-XI-36”.

⁴⁸ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60305, 2 de diciembre de 1936.

⁴⁹ AJG, fondo 4, carpeta 2, ff. 60312-60314, 14 de abril de 1937.

⁵⁰ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60320. Las marcas numéricas indican fechas y horarios: 5 de diciembre, de 8:00 a.m. a 2:00 p.m. Una página antes, el filósofo indicaba de manera sucinta que expondría un viaje programado para llevarse a cabo “del 5 al 11 de diciembre”, y advertía en el margen superior que las horas aludidas “son ‘redondas’” (ff. 60320-60321).

Además de estas notorias variaciones, algunos de estos materiales presentan sus propias referencias a modo de título (“de París”; “del Viaje en Avión”; “Una visita a Picasso”; “C[onstantine] Guys en [el museo de] las Artes Decorativas (con Max)”;⁵¹ “Viaje a Escandinavia”). Por motivos prácticos, los consideraremos aquí, sin embargo, como una sola sección, pues, aunque la variedad temática y de formatos que hemos expuesto sugiere, si no una ruptura, al menos una clara fragmentación, puede decirse que a todas estas anotaciones las unen preocupaciones similares en relación, justamente, con el registro de las “impresiones” que los lugares, las panorámicas y los sucesos provocaron en este incansable observador.

Como se trata de comentarios, descripciones y planes referentes a espacios y eventos concretos en los que Gaos participó, en “Impresiones” las experiencias del momento tienen una apariencia mucho más vívida que en el resto de las secciones del cuaderno. Es posible decir que en ellas es donde pueden encontrarse más referencias a las circunstancias del momento, aunque estas casi nunca se relacionen de manera explícita con la guerra. Sin embargo, salvo en la breve lista de actividades con que abre esta sección y en las notas de viaje con que cierra el cuaderno, en la gran mayoría de las notas el énfasis no recae tanto en el recuento de hechos o la descripción de situaciones, sino, según expresa el propio filósofo en alguna revisión sobre arte, en “las cosas que me ha[n] sugerido” y que “merecen haga el esfuerzo de recordarlas”.⁵² Así pues, las anotaciones sobre las vistas desde el avión, las obras artísticas, las conversaciones y los lugares suelen decantarse, más que hacia la rememoración narrativa sobre lo que Gaos hizo en sus viajes y visitas, hacia la crítica o el comentario: “Francia = monótona —insoportablemente; y falta de la impresión de zonas, como acaso el cinturón obrero de París, un país de una robustez burguesa inquebrantable y de un reaccionarismo mayor —más inteligente, más denso, más simulado— [i]que en España!”.⁵³

⁵¹ Seguramente se trata de Max Aub, gran amigo suyo, quien también se encontraba en París en aquel momento, trabajando como subcomisario de la misma exposición internacional de la que Gaos era comisario (Aub, 1970: 81-82).

⁵² AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60310, 10 de enero de 1937.

⁵³ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60288, “redactadas 22-XI-36”.

Figura 1.4. Inicio de la sección "Impresiones"

Apuntes de Francia
(Observaciones de la circunstancia nájera)

Impresiones

de París base de (redactadas 22-XI-36) 60284

- 1) una entrada de noche a pie desde la estación de Lyon al barrio latino;
- 2) un paseo ^{de mediodía} hacia Nuestra Señora;
- 4) un gran paseo ^{de tarde} a la Embajada de España por la orilla derecha, la Concordia, los Campos Elíceos hasta la Estrella, la calle Marbeuf y cena en las proximidades de la Embajada con regreso de noche a pie y en metro por el centro;
- 5) otro gran paseo de tarde por la orilla izquierda hasta el Trocadero y Passy con regreso nocturno en autobuses por el centro;
- 3) un viaje ^{en autobús de noche} desde la Plaza Saint Michel a la Concordia, hasta el Hotel de Calais en la rue Capucines y regreso ^{por} la vuelta;
- 8) un paseo nocturno hacia Montparnasse;
- 11) idas y venidas diarias por el barrio latino en las cercanías del cruce de los bulevares Saint Germain y Saint Michel;
- 7) una ~~paseo~~ ^{vuelta} por el Luxemburgo un domingo por la tarde;
- 9) un paseo nocturno en torno al Luxemburgo;
- 6) un viaje en metro a Passy, ida y vuelta;
- 10) varios viajes hasta la Magdalena y la Opera, en busca de la Oficina Española de Bruselas y del Hotel Bedford;

Fuente: AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60284, "redactadas, 22-XI-36".

De este modo, puede decirse de forma muy general que, así en esta sección del cuaderno como en el resto, Gaos no se dedica tanto a hacer frente a su situación ante y fuera de España mediante la redacción detallada de los acontecimientos políticos o la descripción precisa de sus actividades (oficiales o no) en su cuaderno —como lo hiciera, entre otros, Azaña—; en lugar de ello, este embajador cultural y político de la República —a fin de cuentas, un intelectual, un filósofo— le hizo frente, sobre todo, mediante la consignación de las ideas, impresiones y “sugestiones” que esta situación y estas actividades le incitaban.

¿Ni diario ni crónica?

Tales cualidades alejan a este plural cuaderno no solamente de las expectativas que suscita un membrete como “diario de guerra”, sino también, en cierto sentido, de las más expandidas nociones del género diarístico (en su sentido amplio). Aunque se trata de un género elusivo, lo mismo la opinión general que la mayoría de los estudios especializados tienden a reconocer en el diario ciertas características distintivas. Irina Paperno las ha condensado de modo ejemplar: “el diario es un texto escrito en primera persona, en entregas separadas, idealmente a diario y presumiblemente con el propósito de dar cuenta de la experiencia personal del escritor en un día determinado, que no está necesariamente dirigido a alguien más que al diarista” (2004: 562).⁵⁴ Por más que parezca una definición sencilla y fácilmente identificable en el vasto universo de la escritura cotidiana, lo cierto es que en los hechos se trata de un concepto escurridizo. Los mismos adverbios de Paperno (‘idealmente’ [ideally], ‘presumiblemente’ [ostensibly], ‘no necesariamente’ [not necessarily]) encienden desde un principio las advertencias sobre la dificultad de establecer generalizaciones en lo que a la periodicidad, el objetivo y el destinatario de los diarios se refiere. Respecto a lo que Paperno considera el propósito tendríamos, además, que añadir una segunda y muy espinosa dificultad: ¿de qué forma se emprende en los diarios ese presunto registro de la experiencia personal? Y es justamente en los hilos de esta interrogante que se tejen tanto la duda sobre la

⁵⁴ “the diary is a text written in the first-person, in separate installments, ideally on a daily basis, and ostensibly for the purposes of giving an account of the writer’s personal experience in a given day, which is not necessarily addressed to someone other than the diarist” (Paperno, 2004: 562).

clasificación del cuaderno de Gaos como el problema sobre su posición en el universo escritural de la guerra.

Más allá de la cautelosa indeterminación de los adverbios de Paperno —que refleja la reconocida dificultad de establecer una caracterización unitaria del género diarístico—, algunos intentos de definición del diario resaltan aspectos que, aunque con seguridad figuran en una concepción común (o prototípica) del género, no siempre resultan fáciles de tratar en los casos concretos. Una definición de este tipo, que apunta a una respuesta ciertamente habitual a la interrogante antes delineada, es la de Enric Bou. Según el estudioso catalán, el diario podría caracterizarse como “una crónica cotidiana, escrita desde el presente, de una experiencia vital [...] quien escribe un diario se interesa por anotar los hechos de cada día, personales, familiares, literarios, político-sociales”. Al igual que Paperno, Bou destaca el carácter fragmentario del diario y, más adelante, su concentración en la primera persona, pero inserta, desde un principio, un determinante clave: ese “informe” que el diarista elabora “sobre la realidad diaria” constituye una sucesión de hechos (Bou, 1996: 124-125). La alusión a la *crónica* y a los *hechos* en esta definición aclara la cuestión del modo en que se espera que los diarios den cuenta de una supuesta “experiencia”. Y es de cara a estas determinaciones que el cuaderno de Gaos exhibe, por una parte, similitudes claras con otros diarios, pero parece, por otro lado, anómalo tanto respecto a las nociones más comunes del género diarístico como respecto a las expectativas que conlleva el concepto de *diario de guerra*.

Para profundizar en los aspectos que una definición como esta saca a relucir y en lo que su contraste frente al cuaderno de Gaos puede indicarnos, merece la pena indagar primero el sentido que pudiera tener la comparación entre el diario y la crónica. Bou no especifica si la comparación atañe a la crónica de corte histórico o a la de corte periodístico, pero existen buenos motivos para considerar ambos casos en su relación con el diario. Antes que distinguir la idoneidad de la comparación con cada una, conviene considerar dos cualidades que ambas modalidades tradicionalmente comparten y que no resulta complicado vincular con una definición del diario como la que Bou plantea. La primera es la organización cronológica del discurso y la segunda es lo que podríamos denominar, no sin ciertas precauciones, su competencia constativa.

Anunciada desde su nombre, *crónica*, la sujeción de esta a la cronología como principio organizador es una de las características que más sobresalen —al menos en un

sentido normativo— tanto en su forma histórica como en su homónima periodística y que, de hecho, ha sido tomada como evidencia de una estrecha relación filogenética entre ambas (Gil González, 2004: 28). En una prosa de aspiraciones retrospectivas más amplias en el primer caso, y en una marcada por las exigencias de actualidad informativa en el segundo, la composición diacrónica del discurso permite integrar acontecimientos de diversa índole en una sola serie, cuya secuencialidad pretendidamente corresponde con la sucesión temporal en que ocurrieron o fueron conocidos. Sin embargo, según devela Hayden White en una lúcida reflexión sobre este principio organizador (1992),⁵⁵ esto no implica necesariamente que los hechos reunidos se encuentren conectados coherentemente en una trama unitaria y cerrada. Una serie de acontecimientos puede presentarse bajo un ordenamiento sucesivo sin forzosamente exhibir un principio o un final narrativos, un narrador e, incluso, puede reunirse sin haber sido circunscrita a un tema central. Todas ellas —en especial la carencia de conclusión— son condiciones que, según White, imposibilitan que una serie de acontecimientos se conforme como una narración con una significación direccionada de antemano en todos sus elementos, un sentido que toque todos sus aspectos y que sobrepase el de la mera secuencia. El señalamiento, lo mismo de los límites que de las aptitudes

⁵⁵ A pesar de que parten del análisis concreto de géneros históricos, las reflexiones de Hayden White sobre estas formas de escritura pueden resultar muy útiles en un contraste con el diario debido a que tocan directamente el aspecto organizativo y el aspecto referencial que hemos puesto sobre la mesa como comunes a la crónica histórica y a la periodística. Considerando de cerca las propuestas semióticas de autores como Roland Barthes y Émile Benveniste, White presenta una distinción entre los anales, la crónica y la narración histórica como tres formas diferentes de representación cuyas fronteras no dependen de supuestos grados de precisión o de perfección en el modo en que abordan su materia, sino que son resultado de una distinción en el modo en que cada una concibe la “realidad histórica” de la que se da cuenta. En los anales, “un mundo en el que pasan cosas a las personas, en vez de uno en el que las personas hacen cosas”, se articula en “una lista de acontecimientos ordenados cronológicamente” (1992: 21), sin “un tema central, ni un comienzo bien diferenciado, una mitad y un final, una peripeteia o una voz narrativa identificable” (22). La crónica, por su parte, ostenta un tema central, dota a los acontecimientos de una mayor organización semántica y tiene una mayor globalidad, pero comparte con los anales el principio organizador de la cronología y la ausencia de un cierre conclusivo, lo cual, según White, obstaculiza la redistribución en ella “de un significado inmanente en todos los acontecimientos desde un principio” (34), y hace que estos se muestren como “relatos inacabados” (21). La posibilidad de un sentido conclusivo que sobrepase la sucesión se reserva a la narración; en ella, además de contar con un tema central, un narrador y un inicio, los acontecimientos se encuentran conectados en una trama unitaria con un cierre, lo que les permite revelarse como “dotados de una estructura, un orden de significación que no poseen como mera secuencia” (21). White considera que en “la exigencia de cierre en el relato histórico” subyace “una demanda de significación moral” sobre los acontecimientos (35).

integradoras de este principio de organización, resulta esclarecedor para abordar el carácter a la vez fragmentario y continuo de la escritura diarística.

En el diario, como en las crónicas, las notas individuales se conectan entre sí no a través de una configuración que las englobe bajo lo que Paul Ricoeur —retomando un título de Kermode— ha llamado “el sentido del punto final” (1995: 135),⁵⁶ sino a través de la sucesión temporal —específicamente, en su caso, del día a día—. Como reconoció Blanchot en una de las más recurridas aseveraciones sobre el género: el diario, aunque “todo le conviene, en el orden y el desorden que se quiera, está sometido a una cláusula de apariencia liviana, pero temible: debe respetar el calendario. Este es el pacto que sella. El calendario es su demonio, el inspirador, el compositor, el provocador y el guardia” (1969: 207). Esta relación con el calendario es, por un lado, uno de los motivos de las discontinuidades del diario. Idealmente, la redacción de las entradas se sujeta, tanto formal como pragmáticamente, a la división calendárica de las jornadas: las fronteras cronológicas entre un día y otro sirven de límites prácticos para la anotación y de separación expresa entre una nota y otra, aspectos que, en su conjunto, se traducen en una disposición formal fragmentada, fraccionada por días. Además, como el *proceso* de anotación se liga siempre al día presente, el diario puede empezar *in media res* y, como señala White sobre las crónicas, terminar sin concluir (1992: 31): su escritura es un proceso que puede inaugurarse y clausurarse sin recurrir a las determinaciones narrativas propias de una trama con un sentido futuro ya previsto (véase Rak, 2009: 20).

Por otro lado, el sometimiento del conjunto de anotaciones diarias a la secuencia temporal del calendario es una de las formas en que las discontinuidades del diario “se organizan en series y se reenlazan en continuidades” [are organized in series and reweoven into continuities] (Lejeune, 2009: 179). Los diarios no solamente toman el calendario como segmentación, sino también como conexión: las anotaciones de cada día se sujetan, en su conjunto, al *transcurrir* del día a día. En términos prácticos, la ambición de acumular las anotaciones bajo la regularidad del calendario es uno de los motivos por los que la escritura

⁵⁶ Ricoeur explica que el “punto final” es “aquel desde el que puede verse la historia como una totalidad”. Según su planteamiento, desde la “función estructural del cierre [...], seguir la historia es no tanto incluir las sorpresas o los descubrimientos en el reconocimiento del sentido atribuido a la historia, tomada como un todo, como aprehender los propios episodios bien conocidos como conduciendo a este fin” (1995: 135).

diarística ha llegado a considerarse por algunos como una “disciplina” —por cuanto implica de esfuerzo continuo y autoimpuesto— (Corbin, 1991). Esta acumulación se materializa, asimismo, en la vinculación serial de anotaciones diversas en un encadenamiento sucesivo, página tras página, potencialmente abierto hacia el futuro de forma indefinida.

Signo de su cercanía con la agenda y con los libros de contabilidad —en cuya contigüidad se ha querido ver un origen común o un parentesco filial (Amelang, 1998: 40 y 183; Caballé, 2015)—, la adopción del calendario como corte y como vínculo entre las anotaciones es uno de los sellos del género, y se refleja en dos de las marcas más reconocibles de esta modalidad textual: la anotación fechada y la secuencialidad. A tal grado se aprecia esta doble marca calendárica como compositiva del diario que una de las definiciones más económicas y respetadas del género lo ha caracterizado directamente como “*una serie de huellas fechadas*” [*a series of dated traces*] (Lejeune, 2009: 179). Incluso en el ámbito de la ficción, son estas señales organizativas las que se replican como distintivo del modelo diarístico: las diferentes entradas datadas —tradicionalmente inauguradas con la fórmula “Querido diario”— se van acumulando en una sola serie, imitando en su acumulación la sucesión de los días.

Son precisamente la datación de las anotaciones y su sujeción (parcial) a la sucesión calendárica los rasgos que más claramente acercan el cuaderno que Gaos escribió a finales de 1936 y durante la primera mitad de 1937 tanto al resto de sus autodenominados diarios como a estos modelos del género. Ya sea que la fecha se indique a un costado de las anotaciones o arriba de ellas, con números romanos o en arábigos, la vasta mayoría de los apuntes consignados en esta libreta se acompaña de una datación explícita. Y son estas características las que de inmediato incitan a pensar que nos encontramos frente a un diario.

Pero estas características ni se replican con una similitud total en el cuaderno ni parecen suficientes. Si en los modelos extendidos, tradicionales, prototípicos del diario (y de algunas crónicas) la organización cronológica se traduce en una sola línea acumulativa de anotaciones, en el cuaderno de Gaos el panorama es muy distinto: la progresión de las páginas no corresponde del todo con la progresión de las jornadas. Al haber dividido su cuaderno en apartados en buena medida simultáneos, ubicados en diferentes regiones del documento, es evidente que su disposición no encaja con un ordenamiento de las entradas en una sola trayectoria acumulativa e ininterrumpida. Esto, sin embargo, no debe confundirse con una

desatención a la cronología o con un ordenamiento completamente anárquico de las notas en el cuaderno. Salvo “Impresiones”, que, atendiendo a su propia fragmentación presenta subdivisiones con sus respectivos desarrollos temporales e interrupciones, la mayoría de las secciones constituyen, por sí mismas, un despliegue seriado, en estricto orden cronológico, de las anotaciones fechadas que abarcan. De ahí que, más que representar una ruptura frente al ordenamiento calendárico de las anotaciones, la organización seccional del cuaderno se encuentre *conjugada* con aquel.

Ahora bien, lo anterior no implica que en la totalidad del cuaderno se atiendan de igual modo las marcas calendáricas. Los breves “Temas circunstanciales” e “Interrupciones” no ostentan ninguna señal de datación; tampoco las llevan algunos textos explícitamente titulados y relativamente extensos: las “Primeras palabras de un curso de introducción a la filosofía”,⁵⁷ situadas entre “Ideas filosóficas”; unas notas sueltas sobre “Comedia francesa” y sobre el Guernica de Picasso,⁵⁸ un comentario a la versión de *La Numancia* de Cervantes que llevó Jean-Louis Barrault al teatro,⁵⁹ y algunos apuntes sobre la puesta en escena de *Escuela de las mujeres*, dirigida por Louis Jouvet,⁶⁰ los últimos tres incluidos bajo lo que hemos considerado la plural sección de “Impresiones”.

Aunque es cierto que el llenado exhaustivo e inequívoco de las casillas correspondientes a cada día del calendario dista de ser la norma en la escritura diarística, en general, lo cierto es que algunas de las irregularidades mencionadas podrían ser atribuidas a diferencias de función o de interés. Si bien las notas sobre la comedia francesa y sobre el Guernica coinciden con el carácter disperso y fragmentario de los comentarios que Gaos hace sobre arte en otras regiones explícitamente fechadas de su cuaderno, en los demás casos la ausencia de datación podría deberse a motivos distintos al descuido. La condición escueta y sobria de los “Temas circunstanciales” y las “Interrupciones” no parece corresponder al carácter observacional y de comentario presente en la mayoría de las notas del cuaderno, sino al signo de la anotación hecha a vuelapluma como un mero recordatorio efímero —similar a los encontrados en las listas de compras o las notificaciones—. Por su parte, las características

⁵⁷ AJG, fondo 4, carpeta 2, ff. 60273-60279.

⁵⁸ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60282.

⁵⁹ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60316.

⁶⁰ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60317.

de aquellas extensas “Primeras palabras”, como ha señalado con acierto Antonio Ziri3n, sugieren que “el texto fue originalmente escrito en otro lado y pasado en limpio a mano en este cuaderno” (2018: 100). Este escrito fue incluido en el primer tomo de las *Obras completas* de Gaos, correspondiente a sus *Escritos espa3oles*, junto con textos de otros dos cuadernos del fil3sofo, redactados tambi3n entre 1936 y 1937, cuyas anotaciones difieren, se3ala Ziri3n, en “esp3ritu” y “estilo” de aquellas que aqu3 hemos rese3ado (100). En efecto, lo encontrado en aquellos otros cuadernos y en estas “Primeras palabras” son anotaciones de mayor envergadura y cuya disposici3n, a diferencia de las notas dispersas, breves y fechadas presentes en la mayor3a del cuaderno que nos ocupa, siguen un desarrollo argumental progresivo, comedidamente consecutivo en sus nexos —con vistas, adem3s, si no siempre a una conclusi3n, por lo menos a cierta exhaustividad del tema—, m3s cercano al del borrador de un ensayo o un curso que a la transitoriedad ocasional de una nota.

Estas observaciones destacan la distancia de este cuaderno frente al modelo simplificado del diario como un documento que agrupa anotaciones en una secuencia calend3rica. Sin embargo, esta no es suficiente raz3n para descartar por completo la relaci3n del cuaderno con la escritura diar3stica. Buscar en todas y cada una de las notas de un cuaderno como este los mismos recursos implicar3a reconocer al soporte como determinante total del g3nero o de la funci3n de los registros. Pero lo cierto es que un cuaderno, como lo muestra el propio uso que Gaos dio al suyo, puede compartimentarse, registrar notas sueltas o complementar notas seriadas, alimentar un mismo proyecto o varios proyectos o ninguno en particular. En este sentido, la denominaci3n que adopta Ziri3n, recuperada de alg3n apunte de Gaos, sobre este documento y otros semejantes como “cuadernos de trabajo” (100) resulta lo suficientemente flexible como para abarcar los tres cuadernos correspondientes a la 3poca de guerra y varios posteriores. En todos ellos existe una innegable dedicaci3n al trabajo intelectual; sin embargo, entre ellos y dentro de cada uno existen contrastes importantes en contenidos y formatos. Aquellos textos que se incluyeron en el tomo primero de las *Obras completas* de Gaos se acercan m3s a la arquitectura progresiva, exhaustiva y articulada del ensayo o de la preparaci3n de cursos. En cambio, a excepci3n de aquellas “Primeras palabras”, las l3neas todav3a in3ditas que se encuentran en el cuaderno aqu3 analizado no rebasan la fugacidad propia de la nota, se encuentre esta suelta como mero recordatorio (“Interrupciones” y “Temas circunstanciales”), subordinada a proyectos de

lectura (la primera sección del cuaderno) o regida por una práctica que privilegia el día a día de su apuntación (“Ideas”, “Ideas filosóficas” e “Impresiones”). Puede verse que los borradores y cursos publicados, así como las notas inéditas se rigen por funciones distintas, ambas, no obstante, amparadas por el resguardo del papel y la escritura. El soporte del cuaderno de uso cotidiano permite, más no determina, la condición dispersa, plural y secuencial de las segundas.

A pesar de sus respectivas interrupciones e irregularidades, aquellas secciones en que la datación y su secuencialidad sigue ostentando un sustancial peso organizativo podrían todavía guardar cierta semejanza con algunas concepciones de la escritura diarística. En particular, “Ideas”, “Ideas filosóficas” e “Impresiones” —aunque sin descartar cierto potencial de las notas de lectura— aún podrían ponerse en relación con el ordenamiento cronológico que analizamos como primera coincidencia entre las crónicas y el diario, al menos en los términos propuestos por Enric Bou. Sin embargo, es evidente que estas regiones del cuaderno, en sus múltiples perspectivas y temáticas, difícilmente se ajustan a otra cualidad importante, una que parece igualmente central en dicha analogía: lo que antes hemos denominado su competencia constativa.

Recordemos que, para Bou, el interés del diarista se vuelca sobre el registro de los hechos del día. Si a esto añadimos la caracterización que hace del diario un “informe”, queda establecida una semejanza más que podría esgrimirse entre su concepción del diario y la configuración (normativa) de las crónicas. Tanto en su acepción periodística como en la histórica, suele suponerse que la relación cronológica a la que se ajustan las crónicas modela un discurso en el que, específicamente, *se da cuenta de acontecimientos*. Las observaciones de White, por ejemplo, no únicamente se refieren a la organización del discurso, sino también a las implicaciones que tiene como “una forma de representación de los acontecimientos que se conceptúan reales en vez de imaginarios” (1992: 20); en el caso de la crónica periodística, se destaca sobre todo su relación informativa con los “hechos noticiosos, actuales o actualizados” (Martín Vivaldi, 1973: 129) —e, incluso en los casos excepcionales en que ni la cronología ni lo noticioso son un requisito indispensable (como en las crónicas de corte literario publicadas en la prensa), “hay un suceso o varios sucesos” (Ríos, 2018: 32).

Esta supuesta competencia representacional, articulada en una sucesión temporal, podría desdoblarse en dos aspectos: contemplaría, por un lado, la transitividad última de los

enunciados, es decir, su afán por (re)presentar *algo*, por designar —específicamente— acontecimientos y estados de cosas; y, por otro, que su registro está regido por una aspiración (o un deseo) “realista”, en el sentido de que se presume que refieren a asuntos sucedidos realmente. Desde esta perspectiva, lo que se estaría destacando es la calidad declarativa, descriptiva o fáctica de estos enunciados, aspectos que podríamos nombrar, bajo un propósito a la vez especificador y abreviador —y siguiendo también la denominación que hiciera, en su momento, John L. Austin (1982: 43-44)—, como su dimensión “constativa”.

Estos mismos aspectos sobresalen también en las nociones de la escritura diarística más expandidas en la actualidad. En las manifestaciones que se han señalado como sus albores, practicadas desde la Baja Edad Media —los “libros de cuenta y razón” y los “libros de familia”—, las anotaciones se centraban en el cómputo de objetos (“cómputo de cosechas, de nacimientos, de precios, de delitos y sus castigos, de tierras heredadas, de yardas navegadas, de experiencias, de noticias, de votos, de acuerdos” [Caballé, 2015]). Pero el registro pronto empieza a interesarse más por las experiencias vividas y los acontecimientos conocidos; empiezan a adquirir relevancia entre estos cómputos las relaciones de algunos eventos de la ciudad, la narración de los ejercicios espirituales del diarista y, en un momento plenamente moderno, la centralidad de las anécdotas sobre la propia vida. Estos aspectos alejan al diario de la contabilidad, para acercarlo al memorialismo y a la autobiografía. Según su concentración en algún aspecto u otro de las situaciones conocidas o vividas, estos registros sucesivos de cosas y acontecimientos derivan en una amplia lista de vertientes, de las cuales el diario íntimo —quizá el primero que viene a la mente al hablar del género— es simplemente uno más. Es posible que, como afirma Caballé, haya sido “la convergencia de sentidos (diario de cuentas, diario de navegación, diario de sucesos, diario de sesiones, diario de viaje...) la que forzó la aparición de la locución ‘diario íntimo’ para distinguir una nueva forma de registro, más privada y sentimental, apoyada en los estados de ánimo, de sus orígenes contables” (2015: s.p.). En todo caso, incluso cuando se habla de la vertiente burguesa del diario íntimo, tanto los estudios como las lecturas suelen explorar con especial interés su cualidad de inventario representativo de una serie de episodios y asuntos.

Así, aunque el icónico *Diario de Anna Frank* ha despertado interesantes discusiones en relación con su legado, su estilo, sus ediciones y su autoría —cuestiones que, sin duda, siguen estimulando nutridos estudios y controversias en el ámbito académico y en el mundo

editorial—, tiende a ser presentado a lectores y alumnos, ante todo, como “un retrato indeleble de una niña talentosa creciendo, y un notable documento del Holocausto” [an indelible portrait of a gifted girl growing up, and a remarkable document of the Holocaust] (Graver, 1995: xiii). La información que ofrece sobre los lugares, las descripciones de sí y, sobre todo, la presentación de los sucesos (de un periodo de vida y del Holocausto) están entre los principales intereses que los lectores tienen respecto a él. Y puede decirse que la misma fascinación por el aspecto constativo de los escritos ha impulsado, en el ámbito de un conflicto distinto, el reconocimiento de los *Diarios* de Azaña.⁶¹

Un abordaje no constativo de la guerra

Esto no quiere decir, sin embargo, ni que la única lectura posible de estos documentos sea como fuente de información directa sobre situaciones pasadas, ni que todos los abordajes sobre ellos admitan esta lectura como legítima. Por el contrario, en el corazón de un debate relevante —imprescindible, quizá— en los estudios historiográficos y literarios actuales —que se monta, a su vez, sobre las discusiones que la lingüística puso sobre la mesa hace más de un siglo—, se encuentra el cuestionamiento de la postura epistemológica que identifica la palabra, el enunciado, como indicación plenamente correspondiente a una realidad extralingüística que le precede y a la cual sustituye de forma transparente. Frente a esta “búsqueda incesante del referente” (Betancourt Martínez, 2001: 62), se han propuesto aproximaciones que resaltan el componente sígnico, no plenamente correlacional respecto al referente, de los enunciados, incluso de aquellos que parecen más verídicos o más fácticamente verificables.⁶² La consecuencia de este tipo de debates y de propuestas se puede

⁶¹ Considérese, por ejemplo, este extracto del prólogo de Santos Juliá, donde el historiador los realza como un “relato, además de fiel, pormenorizado: como autor de una crónica escrita por un literato, Azaña tenía interés en que su futuro lector supiera de qué color era la luz del día, cuáles los ruidos que llegaban de la calle, cómo se distribuían los actores en el escenario [...]. Sus anotaciones sobre las sesiones parlamentarias [...] son tan vivaces [...]. Detallado también al dejar testimonio de su propio estado de ánimo” (1997: 6). Es digno de nota que en este pasaje, donde aprecia el aspecto referencial de los documentos, el prologuista se valga también de la analogía entre el diario y la crónica.

⁶² Barthes, por ejemplo, propuso el concepto de *ilusión referencial* como advertencia de que asumir lo enunciado como plenamente equivalente a la realidad que toma como referente es ignorar que estos elementos se encuentran imbricados en una relación de significación, con un código de por medio, y no de correspondencia. Lo que tendríamos en los textos de apariencia más verosímil, en su opinión, no son reflejos directos de una

resumir en una idea desafiante: “Ni cosas ni conciencia soberana es posible localizar en el espesor de las palabras” (62).

Los mismos cuestionamientos y aproximaciones han impactado las reflexiones sobre las escrituras autobiográficas y memorialísticas;⁶³ por extensión, han afectado también los estudios sobre los diarios. Pero es importante señalar que, incluso cuando se asumen estas consideraciones, los enunciados constativos (“yo hice”; “yo fui”; “esto fue”; “así sucede”) de los textos reciben un interés especial, no ya como fuente de información transparente, neutra y libre de artificios (tampoco como información lista para ser desmentida), sino más bien como una enunciación simbólicamente atravesada, configurada, emitida y recibida. Más específicamente, los enunciados referentes a estados de cosas y acontecimientos siguen considerándose constituyentes centrales de los géneros autobiográficos, testimoniales y diarísticos, aunque ahora lo que suele acaparar el interés académico e histórico no es tanto su potencial verificable (o refutable), sino su aspecto figurativo, lingüístico, retórico y hermenéutico. Así, aunque no se practique una “lectura constativa” de ellos, no se desecha la idea de que el esfuerzo por enunciar constativamente una vida y un periodo es parte importante de la configuración —histórica y simbólicamente mediada— de estos géneros.

No sorprende, por tanto, que cuando se trata de documentos personales y fechados, como es el caso del cuaderno de Gaos, escritos además en un periodo tan históricamente impactante como la guerra civil española y tan significativo en la vida de su autor, se espere ver reproducido este tratamiento referencial, declarativo de las circunstancias y de las experiencias. Por un lado, el seguimiento de la organización calendárica —con sus marcas de datación y de secuencialidad— invita de inmediato a pensarlo como a cualquier diario, pero, por otro, sus referencias al momento son, como nos mostró el recorrido por las secciones, además de escasas, muchas veces secundarias, y esto lo aleja de nuestras concepciones más básicas del género. Si esta última cuestión parece fundamental para la escritura diarística tal y como ahora se entiende, con mayor razón parecería imperativo buscarla, como se hace con

realidad, sino *efectos de realidad* producidos por los textos (Barthes, 2009: 200). Esta postura es retomada y discutida a detalle en muchas obras dedicadas a la historiografía, la teoría de la historia y la literatura, incluyendo aquellas reflexiones de White que hemos citado anteriormente.

⁶³ Quizá el ensayo más famoso y retador al respecto sea el de Paul de Man, “La autobiografía como desfiguración” (1991). Desde el título se evidencia cómo el énfasis está puesto en el proyecto (des)figurativo que Man observa en estos escritos y no en una supuesta referencialidad directa y transparente.

los diarios de Azaña y de Frank, en un documento personal y datado escrito durante una guerra.

Puestas así las cosas, contrastar estos elementos de las crónicas y modelos del diario con el cuaderno de Gaos podría parecer un ejercicio desafortunado. ¿Por qué no descartar de una vez el interés autobiográfico de un documento que no parece guiado específicamente por el afán de dar cuenta de una vida y de un momento? La escasez —que no inexistencia, como hemos visto— de anécdotas del momento, la escasez, relativamente frecuente, de pronombres y hasta de verbos conjugados que pongan a Gaos como actor y como narrador de lo registrado en él ¿no es ya una prueba suficiente para descartarlo, además, como documento de interés sobre este periodo bélico?

Considerando lo dicho hasta aquí, estaríamos, sin duda, en el camino correcto al plantear estas dudas. Sin embargo, cabe hacer unas últimas preguntas: ¿es que estos modos referenciales son las únicas condiciones en que las notas personales tienen interés en relación con las experiencias vitales y en relación con las experiencias de la guerra? ¿Es que este interés se agota en el registro rememorativo y figurativo de sucesos? Para explorar otras posibilidades vale la pena ligar las consideraciones anteriores con un aspecto que no necesariamente tiene su paralelo en las crónicas, pero que, no obstante, es sumamente relevante en la construcción de los escritos autobiográficos y diarísticos modernos.

En un sugestivo análisis, Jean Starobinski se preguntaba por aquello que le parecía el carácter híbrido de la autobiografía. Partiendo de un binomio propuesto por Émile Benveniste desde el estudio del verbo francés, Starobinski notaba que en la autobiografía resultaba particularmente difícil establecer una distinción entre el plano de enunciación de la *historia*, caracterizado por el “relato de sucesos pasados” (Benveniste, 1999: 54) que “parecen contarse por sí solos” (56), particularmente en aoristo,⁶⁴ y el plano del *discurso*, en el que se presupone una relación de persona en que se distingue un *yo* que habla, desde una situación presente, a un *tú*. Starobinski advertía que en la autobiografía la narración de los sucesos como pasados y la afirmación de un *yo* actual que escribe se mezclan en una narración en la que “yo’ es tanto el sujeto como el objeto” [“I’ is both the subject and the object”] (1980: 78).

⁶⁴ Benveniste alude al aoristo como “el tiempo [verbal] fuera de la persona de un narrador” (1999: 56). Se trata, más precisamente, de una distinción de tipo aspectual: el aoristo presenta el momento de lo enunciado como acabado y distinto —podría decirse que, en cierto sentido, desvinculado— del presente de enunciación.

Independientemente de que tales afirmaciones correspondan o no completamente a lo que pasa en la variedad plena de los textos concretos, resaltan un asunto importante: se presume que, además de presentar hechos *sobre sí* y sobre otras instancias, estas modalidades discursivas también se implican en un proceso de enunciación subjetiva, una enunciación marcadamente *desde sí*.

Como lo atestiguan no solo la aparición del diario íntimo en el siglo XVIII, sino también algunas formas anteriores de los diarios de viaje, por ejemplo, la voz inscrita en los diarios modernos tiende a abandonar la actitud “objetivista” del catálogo impersonal para insertar la figura subjetiva del diarista como quien vive o vivió lo que escribe, en el plano de lo enunciado, y como el escritor de lo que nombra, en el plano de la enunciación (véase Depetris, 2007). En este giro de perspectivas y voces, las anotaciones de los diarios se inscriben en un proceso de autodesignación en el que el diarista no ignora o no esconde la relación que tiene con lo escrito. Esto puede compararse con las afirmaciones de Starobinski: la autodesignación sobrepasa la mera consignación de hechos —el plano desnudo de la *historia* de Benveniste—, en primer lugar, porque añade el interés de un *yo* a quien refiere la enunciación como objeto (y sujeto) de los *enunciados*, pero sobre todo —y he aquí la insistencia en este rodeo— porque se añade la implicación subjetiva de la *enunciación*, en tanto que está inserta, para usar palabras de Benveniste, en una relación de persona donde se hace patente un *yo* que habla —asunto que el lingüista agrupaba en el plano del *discurso*.

Como establece Ángel G. Loureiro desde referencias teóricas distintas, pero con un espíritu semejante, “la autobiografía es *tanto* un intento de autorreconstrucción cognitiva *como* un acto performativo, y estas dos operaciones no son contrarias entre sí” (2000: xi).⁶⁵ Desde estas consideraciones es posible explorar el despliegue subjetivo de las anotaciones ya no solo desde el *yo* personaje o el *yo* narrador (como figuras que actúan en el mundo de lo escrito), sino también a través del *yo* implicado por el acto mismo de la escritura. Y bajo esta segunda posibilidad podemos plantear una lectura distinta del cuaderno de Gaos: incluso cuando no destaca en él, como antes hemos detallado, una (re)construcción enunciada de hechos, asuntos y actividades en que se instale principalmente como protagonista, testigo o

⁶⁵ “autobiography is *both* an attempt at cognitive self-reconstruction and a performative act, and those two operations are not contrary to each other” (Loureiro, 2000: xi).

narrador, es posible tomar este documento como la huella secuencial de un *yo* que escribe, piensa y, en consecuencia, que actúa.

Si antes notamos la escasez de referencias explícitas al momento en cada una de las regiones del cuaderno, o bien, como ocurría en “Impresiones” y en algunos pasajes de “Ideas”, su posición prácticamente complementaria respecto al contenido intelectual, de crítica o de comentario presente en las notas —que es el que acapara el grueso de los renglones escritos—, ahora podemos girar la perspectiva y destacar la inscripción subjetiva de las anotaciones y su atribución implicada a un *yo* que actúa a través de ellas.

Una de las formas más evidentes en que esto puede identificarse, especialmente en notas tan marcadamente intelectuales, es por la presencia en primera persona de verbos de pensamiento o dicción. En un estudio sobre la subjetividad en el lenguaje, Benveniste advertía que en el uso de formas como *yo creo (que...)*, *yo supongo (que...)* o *yo reflexiono (que...)* la proposición que se piensa o se dice después “es el verdadero enunciado, no la forma verbal personal que la gobierna. Pero esta forma personal, en compensación, es, por así decirlo, el indicador de subjetividad. Da a la aserción que sigue el contexto subjetivo” (1997: 185). En las notas de lectura, “Ideas”, “Ideas filosóficas” e “Impresiones” de Gaos es relativamente común encontrar construcciones semejantes: “me parece [que...]”; “tengo evidencia de [que...]”; “he sentido [que...]”; “[estas cosas] me sugirieron [que...]”; “me parece advertir [que...]”, etc. Claramente, en las notas que incluyen estas formas de primera persona, la atención no está puesta en una *descripción* exhaustiva del papel de Gaos como agente del pensamiento; la atención la acapara la proposición siguiente: aquello que se piensa, siente o advierte. Sin embargo, el empleo en primera persona de tales verbos es una de las formas en que las anotaciones de Gaos, incluso las más aparentemente abstractas, pueden revestirse explícitamente de un contexto subjetivo.

Así, por ejemplo, puede decirse que además de inscribir la figura personal de Gaos a través de la consignación constativa de su ya comentada visita a Ortega (“la he pasado con Ortega”), en aquella nota de “Ideas” donde esta se presenta, sus observaciones intelectuales se invisten explícitamente de subjetividad cuando apunta “Visita y conversación *me sugirieron* las siguientes notas”.⁶⁶ E incluso en notas que no contienen, como la anterior,

⁶⁶ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60262, 6 de abril de 1937. El subrayado es mío.

ninguna declaración de hechos o situaciones ajenos al acto de pensar o de escribir podríamos hallar este desenvolvimiento subjetivo: “Me parece advertir”, nos dice Gaos remarcando de forma muy significativa su participación en las divagaciones siguientes, “entre *certeza* y *certidumbre* un distingo en su sentido vulgar aprovechable en la terminología filosófica. Certeza resulta más objetiva, certidumbre más subjetiva. Se tiene certidumbre de la verdad cierta. La certeza de la verdad es de la verdad. La certidumbre de la verdad es del sujeto”.⁶⁷ Y este sería el mismo caso de las notas donde utiliza construcciones similares, independientemente del matiz de actitud o descripción de sí que implique el verbo de dicción o pensamiento utilizado en esa primera persona gramatical.

No obstante, no está de más advertir que este no siempre es el caso. Así como en muchas ocasiones se carece de “información constativa” sobre las circunstancias, se carece también de una inscripción personal subjetiva en pronombres y verbos, sean o no de pensamiento o dicción. Contémplese, por ejemplo, la contundencia con que el filósofo inaugura su sección de “Ideas”, en una redacción impersonal francamente impactante:

El hombre tiene siempre una *libertad*, que nada ni nadie le puede quitar: la de asentir o no íntimamente, cualesquiera que sean las compulsiones externas: la de la *voluntad*. Y la voluntad del hombre tiene siempre en su *poder* el *morir*: el hombre siempre puede, por lo menos, matarse...⁶⁸

Cuando hablamos, pues, de esta presencia subjetiva de Gaos como pensador y enunciador respecto a las sugerencias, ideas, ocurrencias e impresiones registradas no nos referimos estrechamente a su presencia explícita, pronominal o verbal, en el uso de construcciones de pensamiento o de dicción —aunque el uso de estas es sin duda destacable—. Estamos apelando también a elementos situados al margen de las notas, en un nivel organizacional o paratextual incluso. No nos referimos tampoco a una implicación uniforme del carácter subjetivo de las notas en todas las secciones mencionadas. De hecho, la manera en la que se admite o se remarca de forma discursiva la presencia subjetiva de Gaos suele variar de una región a otra del documento. Si bien es cierto que todas ellas son el resultado de una actividad

⁶⁷ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60272. El subrayado corresponde a un aumento significativo en el tamaño de la letra del manuscrito.

⁶⁸ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60246, “[¿]17-XI-36?”. El subrayado corresponde a un aumento significativo en el tamaño de la letra.

de escritura que requirió de un sujeto para realizarse, no en todas ellas se vislumbra la participación personal de Gaos respecto a sus enunciados del mismo modo.

Como vimos, en la primera sección rara vez interviene un *yo* personaje o narrador de sucesos o actividades, y el *yo* discursivo que dejan entrever estas notas es un *yo* lector, un *yo* que glosa contenidos consultados. En este sentido, la participación del enunciadador se supedita al desglose y el comentario de libros, artículos y fragmentos. Tal énfasis se revela en la ambición misma de las anotaciones por referenciar ampliamente y con precisión los pasajes y textos comentados —esto en la circunscripción propia de su contenido—, pero también se muestra en elementos externos al contenido de las notas, como la conformación de un “Índice [de] Lecturas” ubicado en la primera página del cuaderno —el cual fue presumiblemente agregado después de las entradas que le siguen y enlista los textos comentados en la sección— y, posteriormente, en el manejo de las fechas con relación al contenido. Aunque esta sección comparta con otras el esfuerzo de datación, es en ella en la que más aparecen entradas con dos fechas distintas, signo, conjeturamos, de que se relacionan con un periodo y no un solo día; y es también donde los segmentos correspondientes a cada fecha discurren con mayor extensión. Es indudable que las notas de esta sección pueden tomarse como un indicio de la actividad lectora del filósofo y, en este sentido, como signo de su apropiación interpretativa, referenciada y dialogal de escritos variados; sin embargo, las características mencionadas muestran que su acento discursivo está puesto en el libro o en el texto que se está resumiendo y comentando, más que en el desenvolvimiento preciso de *cada movimiento* de la actividad del Gaos lector.

Caso distinto es el de “Impresiones”, “Ideas” e “Ideas filosóficas”. Su contraste frente a lo que ocurre en las notas de lectura había sido, incluso, apuntado por el propio Gaos en aquella referencia cruzada a la que sometía su comentario sobre Blondel: él mismo mostraba que en las meras notas de lectura se quedaba la interpretación más estrictamente relacionada con el texto, mientras a las “Ideas” se trasladaba su muy personal “posición ante él”.⁶⁹ Aunque tanto el apartado de lecturas como estas otras secciones comparten la atención privilegiada a las observaciones de tipo intelectual y la presencia variable de un *yo* explícito al que se le atribuyan esos pensamientos o sugerencias, la misma admisión de que entre secciones existen

⁶⁹ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60187 s. f.

diferencias por grado de participación subjetiva en el contenido es ya un indicio de que las notas incluidas fuera de la sección de lecturas podrían tener una implicación personal diferente.

Esto se ve reforzado por un rasgo quizá menos evidente, pero muy significativo: el uso del fechado. A diferencia de lo que ocurría en los apuntes de lectura, en “Ideas”, “Ideas filosóficas” e “Impresiones” el proceso de apuntación de las notas no depende con tanta fuerza de su relación con un objeto particular. Mientras en las notas de lectura es el libro o el texto la medida de distinción entre una nota y otra, y también su principal lazo de cohesión interna, en aquellas otras secciones —interrupciones aparte— no es un proyecto lector o de otro tipo el que marca la división entre las entradas, sino, generalmente, su relación a una fecha —aunque a veces esto se conjuga con distinciones temáticas, pero sin que sea posible vislumbrar bajo ellas un proyecto desarrollado y continuo—. ⁷⁰ Si bien en ambos casos hay datación y secuencialidad, solo en el segundo el conjunto se muestra como la forma organizativa central al interior de cada sección.

Al ser este el principal criterio de conexión y división entre las anotaciones (además, evidentemente, de su separación por apartados), su sujeción a la temporalidad que las enmarca adquiere un papel preponderante. Esto de nuevo conecta con las reflexiones sobre la relación entre ciertos modelos de crónicas y de diarios antes explorada. Ya que en “Ideas”, “Ideas filosóficas” e “Impresiones” no es un proyecto continuo sino el calendario el que rige mayoritariamente la disposición de las anotaciones, puede decirse que se privilegia la presentación de cada una de las entradas, para usar una fecunda expresión de Paula Sibilia, como “píldoras de momentos presentes expuestos uno después del otro” (2008: 245), ubicados además en el ámbito de lo fechable. En vista de esto, podríamos argumentar, con White, que en estos apartados “la lista de fechas puede considerarse el significado del que los

⁷⁰ En estas secciones hay algunas —escasas— entradas que comparten la misma fecha, pero que difieren en el contenido. Tanto la nota antes citada sobre la “voluntad de sistema” como la que comenta la visita a Ortega comparten la fecha del 6 de abril de 1937; sin embargo, cada una fue consignada como entrada independiente, con su propia marca de datación. La organización por fechas aquí se conjuga con una por temáticas. No obstante, esto no debe confundirse con el seguimiento más o menos exhaustivo y continuo de un proyecto, como ocurre en las notas de lectura; la unidad mínima sigue siendo la ocurrencia fugaz y no el proyecto desarrollado.

acontecimientos [...] son el significante” (1992: 24), aunque en este caso no son acontecimientos lo que se enuncia, sino ideas y opiniones.

La propuesta es provocadora, pero nos permite salir del mero ámbito transitivo de lo enunciado para conectarlo con el ámbito práctico de la enunciación. El calendario, como expresó Ricoeur, “cosmologiza el tiempo vivido, humaniza el tiempo cósmico. De esta forma, contribuye a reinscribir el tiempo de la narración en el tiempo del mundo” (1996: 790). En este caso, el tiempo de la idea se conecta con el tiempo de su situación y, pretendidamente, con el tiempo de su inscripción como actividad. Esta conexión resulta tan relevante en el ámbito del cuaderno de Gaos, que él mismo se afana en atribuir a la fecha una función vinculadora cuando revela las irregularidades de su registro: mediante acotaciones como “pensado hace dos o tres días”, “muy anterior en origen”, “redactadas 22-XI-36” o, simplemente, un signo de interrogación colocado a un costado de la fecha, frecuentes en las secciones mencionadas, se muestra el gran empeño que el filósofo invierte en sujetar sus anotaciones al calendario. Por paradójico que parezca, tales advertencias de que el fechado no es ni completamente uniforme ni inequívoco revelan su esfuerzo por hacer de la fecha escrita un elemento verdaderamente significativo respecto a lo que se enuncia (el pensamiento, por ejemplo) y respecto al acto de enunciar (el presente de su escritura).

El vínculo entre fecha, pensamiento y registro destaca la cualidad práctica de la enunciación y la inserta en el terreno de lo escrito. De esta manera, a diferencia de lo ocurrido en las notas de lectura o en la interruptora adición en el cuaderno de aquellas “Primeras palabras”, publicadas en los *Escritos españoles*, la significación cronológica de estas secciones permite leer los registros que se agrupan bajo ellas como las huellas datadas de un desenvolvimiento, *momento a momento*, de la actividad intelectual y de escritor de Gaos, de su escribir y pensar *desde sí* y desde su situación, aunque no siempre *sobre* estos dos asuntos. Es quizá ahí donde podríamos buscar el “realismo” de este documento: “El calendario”, dice White, “ubica los acontecimientos, no en el momento de la eternidad, no el tiempo *kairótico*, sino en el tiempo cronológico, en el tiempo de la experiencia humana” (1992: 24). Mediante estas marcas, los instantes quedan, pues, si no enunciados ni constativa ni figurativamente, al menos implicados en una temporalidad que sugiere su conexión con las circunstancias.

Desde estos señalamientos, ¿no podrían estos registros ser también interpretados como marcas que apuntan a los acontecimientos puntuales y personales que son escribir y

pensar en situación? Después de todo, pensar y escribir son actividades, y esta inscripción suya en el ámbito de lo fechable, si no “demuestra” su desenvolvimiento en el pasado —por los mismos motivos por los que se cuestionaba la “lectura constativa” de los documentos— al menos lo implica. Y este despliegue suyo como huellas en una cronología ¿no podría también ser tomado como una forma de responder a lo que Paperno, en su amplia definición del género, consideraba la función de los diarios: “dar cuenta de la experiencia personal del escritor en un día determinado” [giving an account of the writer’s personal experience in a given day] (2004: 562)? Desde esta perspectiva, es cierto que no existe una presentación narrativa ni descriptiva de las acciones de Gaos y de sus circunstancias —no es Gaos el principal objeto ni sujeto explícito de los enunciados—, pero la inscripción calendárica de las notas nos invita a vincular la actividad de apuntación y las ideas e impresiones consignadas en la temporalidad de la experiencia.

Adaptando una aguda observación de Fernando Betancourt sobre un diario del siglo XVIII, el cruce entre cronología y pensamiento “hace posible significar el tiempo vivido” (2001: 76). Es posible ver en estas notas a Gaos como agente del pensamiento y de la escritura, anclado en una situación pretendidamente indicada por el vínculo con el calendario; las entradas podrían, entonces, interpretarse como un vestigio del desenvolvimiento temporal de su actividad intelectual. Es cierto que no hay una primera persona protagonista ni un *yo* narrador, tampoco hay un *yo* intelectual siempre explícito, sino una especie de tácito *yo pienso (que...)* articulado en momentos fraccionados, supuesto en la naturaleza intelectual y en la organización del documento. Y es en este día a día y en esta primera persona no narrada ni descrita sino implicada que podríamos encontrar el verdadero potencial diarístico del cuaderno y su verdadera intervención performativa para “perennizar el instante”.

La importancia del registro de esta desenvoltura de las ideas puede, además, apreciarse con mayor perspectiva en el contraste de un pasaje compartido entre un borrador —ahora publicado en el tomo I de las *Obras completas* de Gaos— y una nota circunstancial, presente en este diario de pensamientos. En la sección “Ideas” del cuaderno que nos ocupa, reflexionaba Gaos, sin incluirse verbalmente en esta reflexión como personaje, sobre los plazos de una guerra no especificada ni temporal ni espacialmente:

El plazo de un año parece el plazo de lo imprevisible, de lo indefinido en la vida humana [...].
 Quien dice: la guerra durará todavía un año, no sabe cómo va a acabar. Es como si una

*estructura de las cosas dada durase ahora de dos a tres meses, no pudiese cambiar con un ritmo más rápido, tuviese una consistencia de esta duración y una plasticidad de este tempo. Digo “ahora”, en este momento de la historia. Y a las cosas a que me refiero son las políticas, nacionales e internacionales.*⁷¹

En sus “Reflexiones sobre la circunstancia política”, publicadas en los *Escritos españoles*, estas ideas reaparecen, pero ahora con claras especificaciones espaciotemporales y en medio de una argumentación más extensa y más elaborada. Cuando presenta lo que le parecen las estructuras históricas de tiempo, paralelas, aunque no plenamente correspondientes a las estructuras de tiempo de la vida personal, Gaos expone:

Un ejemplo de lo que antecede [de las estructuras de tiempo históricas y personales], y es el caso que me ha sugerido parte de ello, y recordando la parte que ya había pensado en ocasiones bien anteriores, es el de la guerra actual de España y el de la política internacional en torno a ella [...] *quien dice que la guerra de España terminará o que la guerra europea empezará dentro de un año, no sabe cómo terminará la una ni empezará la otra; el límite máximo de una previsión con cierta determinación, fundada en la predeterminación por el presente, es aproximadamente el trimestre* (2018: 1380. El subrayado es mío).

La semejanza —resaltada en cursivas— entre la breve nota fechada y este fragmento de una reflexión más amplia es tan evidente como sus diferencias. Al tratarse, en este segundo caso, de un escrito que apunta a la publicación (o a una recepción, en general), las especificaciones sobre los temas se vuelven importantes; la consideración de un “posible lector” implica también la creación de un espacio de entendimiento que por lo regular requiere mayor claridad expositiva (*véanse* Kuhn-Osius, 1981: 171; Lejeune, 1996: 71). Caso contrastante con el de los documentos de uso personal, que pueden complacerse en la anotación deíctica y el apunte abreviado y mnemotécnico.

Lo anterior no solamente abre una posible refutación a las expectativas de encontrar detalles constativos sobre sus circunstancias en un documento personal escrito durante la guerra, sino que, conjugado con las reflexiones previas sobre la escritura calendarizada del pensamiento, posibilita una nueva relación de las notas de Gaos frente al contexto de la guerra civil española. De hecho, es el propio filósofo quien parece plantear, en el mismo texto publicado, una alternativa interesante:

⁷¹ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60250, 26 de diciembre de 1936. El subrayado es mío.

Las explicaciones retrospectivas y las consideraciones críticas me interesan mucho menos que las ideas expectativas y las previsiones. La razón de esta diferencia de interés es la misma que una de las razones de otro de los propósitos que me han movido y mueven a ponerme a escribir este cuaderno. Se trata del propósito de hacer posible la publicación de las ideas sugeridas por la guerra. Más ceñidamente, de su publicación lo más pronta y lo más completa posible. La razón de este propósito es otro propósito. El propósito de contribuir a resolver la guerra en un determinado sentido. Propósito que, a su vez, supone la presunción de contribuir a esto por medio de unas ideas (Gaos, 2018: 1374).

El hecho de que una de esas “ideas sugeridas por la guerra” haya sido extraída del cuaderno disperso, plural y fechado del filósofo es sumamente significativo. Anuncia que aquella búsqueda de enunciados constativos que dieran cuenta rememorativa de “la situación” no solamente no encuentra en el cuaderno de Gaos un objeto próspero, sino que además posiblemente se rige por criterios que chocan con los propósitos del filósofo. Este pasaje nos hace ver, en primer lugar, que uno de los proyectos que rigen su escritura, en general, no es tanto la consignación descriptiva de las circunstancias de la guerra y de sus explicaciones, sino —no hay que olvidar que se trata, ante todo, de un filósofo— contribuir intelectualmente a su resolución. Haber recurrido a sus notas fechadas para reflexionar a partir de ellas sobre su situación en la guerra y sobre las posibilidades de su pensamiento para enfrentarla tiene la doble implicación de tomar, por un lado, este cuaderno como un depósito fértil de su actividad intelectual, y también, por el otro, de considerarlo útil no solamente en un sentido retrospectivo o de registro puntual de pensamientos, ocurrencias y observaciones, sino también para otorgarles a estos un sentido prospectivo. Desde esta perspectiva, más allá del mero atesoramiento de momentos vividos y, por tanto, pasados, que tanto se adjudican a la escritura diarística —especialmente cuando esta se entiende como una “crónica cotidiana”—, el filósofo también hace de su registro del día a día, al menos en ocasiones, una herramienta para el porvenir.

“Diario u obra = sustancialización o circunstancialidad”,⁷² planteaba Gaos desde su cuaderno: “ser y tiempo, idea y ocurrencia”.⁷³ Estas anotaciones encadenadas, que parecieran tan dispersas, tan desprovistas de propósito y, particularmente, de referencia a la situación difícil en que se redactaron, tienen, sin embargo, una circunstancialidad marcada e implicada

⁷² AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60263, 12 de abril de 1937.

⁷³ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60261, 6 de abril de 1937.

por las formas de su consignación y responden también a su situación en un tiempo en que —quizá como en todos— “el hombre tiene en cada momento presente que resolver su futuro” (Gaos, 2018: 1381). Difícilmente se adapta este cuaderno a las expectativas de un *diario de guerra* y, no obstante, en él la guerra se encuentra no solo implicada como circunstancia de enunciación, sino también acometida desde el pensamiento. Después de todo, afirmó Gaos por estos años, “La vida intelectual debe reintegrarse en la concreta [...]. Debemos aceptar, no sólo padecer nuestra finitud” (2018: 1364).

2. EL DIARIO Y LA OBRA. LAS JORNADAS FILOSÓFICAS

Vida es el poder creador
en que el hombre
se realiza a sí mismo.

JOSÉ GAOS

Anclada a una necesaria cotidianidad y atravesada por una sensación de inmediatez tan anhelada como desestimada, no es inusual que la escritura diarística termine por considerarse una empresa fútil, incluso por sus mismos ejecutantes. Entre los miles de páginas que a lo largo de más de cuatro décadas destinó Henri-Frédéric Amiel a su *journal* no faltan las dubitaciones sobre los frutos que esta práctica parece incapaz de ofrecer. El diario, señala con insatisfacción en 1876, “es la ociosidad ocupada, es un solaz que simula el trabajo”. Aunque su escritura metódica se le presentaba como una buena fórmula para “defender la facultad de reflexión y de expresión contra el embotamiento completo”, advertía, no obstante, que “ese procedimiento demasiado cómodo me impide hacer un libro y construir una teoría” (1996: 72). Ponderaciones como esta no escasean en otros textos similares. La idea de que el diario constituye un buen remedio para la dificultad de escribir y, sin embargo, no puede escapar por completo a la banalidad es un tópico recurrente, especialmente entre quienes tienen la escritura como oficio. Con un claro tono de desdén, la implacable escritora y también diarista diligente Virginia Woolf observaba desde la vitrina de sus páginas privadas: “Es curioso que ahora pululan los diarios. Nadie puede concentrarse lo necesario para crear la obra de arte” (1994: 236).

A la advertencia de que llenar gruesos volúmenes con apuntaciones diarias con frecuencia no significa ningún progreso para la confección de la obra, o puede incluso afectar este proceso con una esterilidad ociosa, se añade, en el plano de la filosofía, la tensión entre el pensamiento sistemático y el cuerpo fragmentario de ideas. Pareciera, como señala Amiel, que el continuo empeño de la apuntación circunstancial solamente simula una contribución

tanto al libro como a “la teoría”, al sistema, y, en vez de consumarlos, los aplaza o los encubre. Tales implicaciones llevan a Maurice Blanchot a sospechar que “debieran permanecer incomunicables la experiencia propia de la obra, la visión por la que ella comienza, ‘la especie de extravío’ que suscita y las relaciones insólitas que establece entre el hombre que podemos encontrar todos los días, y que precisamente escribe un diario de sí mismo, y aquel que vemos alzándose detrás de cada gran obra”. En consecuencia, apunta el crítico, “el escritor no puede llevar sino el diario de la obra que no escribe” (1969: 211).

¿Es el diario únicamente una distracción frente a la obra o puede, por el contrario, contribuir a su confección? ¿Son realmente incompatibles el ámbito de la anotación circunstancial y la arquitectura propia del sistema? Tales son algunas de las preguntas que impulsaron, en 1940, uno de los proyectos de escritura más ambiciosos de José Gaos: las *Jornadas filosóficas*. Espoleado a comenzar un diario por una ocurrencia fortuita y obligado, según él creía, a publicar una obra de gran impacto, el pensador no tardó en buscar la convergencia entre estos dos modelos de escritura aparentemente antitéticos. Pese a enraizarse en motivos pragmáticos, no se trataba de una elección guiada por el ocio o la comodidad; constituía, según él mismo llegó a reconocer, una indagación prometedora para quien veía en la experiencia personal de la filosofía, en su anclaje concreto a una trayectoria vital, una clave indispensable para discutirla como disciplina y como expresión. Si es cierto que entre vida y filosofía existe un vínculo fundamental, ¿por qué no valerse de los recursos autobiográficos para cimentar la propia aportación a este campo profesional? Reconocido por la minuciosidad con que sigue los movimientos de la propia experiencia, ¿por qué no aprovechar la versatilidad del diario en una investigación filosófica? ¿Por qué no buscar en sus posibilidades el punto de intersección entre el fragmento y el sistema? ¿Por qué no, en suma, fundir el diario y la obra en un solo proyecto?

Con estas pretensiones por delante, desde el 7 de enero hasta el 27 de diciembre de aquel año Gaos se dedicó a compaginar la apuntación circunstancial y serial con la redacción metódica de un manuscrito que, además de incluir una nutrida discusión teórica de reservas afines a las de Amiel y Blanchot, constituye una exploración práctica de sus fricciones. A lo largo de más de trescientas cincuenta cuartillas sueltas —buena parte ocupadas por ambas caras— el filósofo fue dando forma a una compleja “retrospección *à la recherche du temps*

perdu".⁷⁴ Con ella esperaba dar cuenta de los movimientos pasados y presentes de su itinerario filosófico, ponderar los alcances de sus predecesores y realizar un aporte contundente al campo de la filosofía. La forma de esta investigación, además, se planteaba tan ambiciosa como sus propósitos. Bajo el audaz supuesto de que "en el diario entra el sistema",⁷⁵ buscaba enlazar de forma original todos estos elementos en un solo cuerpo de trabajo, extenso y sucesivo. Combinando en un mismo proceso "la espontánea articulación de las ideas"⁷⁶ con la concentración y las correcciones implicadas en la preparación de un libro exitoso, el filósofo pretendía admitir "no ya vislumbres ni bosquejos de teorías, sino un sistema entero: *parte futura* de la obra".⁷⁷ El proyecto se esbozaba, pues, como un medio original —en forma y en contenido— para consumir su vocación profesional. Y, aunque la diligente aplicación con que arrancó este manuscrito fue decayendo de manera paulatina hasta que finalmente fue abandonado, tanto las ideas cosechadas entre sus páginas como el ejercicio de redacción que implicó tuvieron un impacto innegable en los siguientes pasos de Gaos como pensador y como escritor. Una parte significativa de sus intereses, análisis y cuestionamientos pueden observarse, reformulados, en publicaciones posteriores, a tal grado que estas *Jornadas* han llegado a considerarse "nada menos que un momento de gestación, en parte incluso de planeación, de toda la obra de madurez" (Salmerón, 2000: 101).

Del diario a la obra

La enorme estela de ambiciones, intelectuales y vitales, estilísticas y editoriales que guía la redacción de este manuscrito puede tomar por sorpresa a quien se acerca por primera vez a sus páginas y descubre que fue inaugurado bajo la en apariencia modesta figura de un diario (figura 2.1).

Enero 7

El día 1 por la noche estuve en casa de Pedroso. Repasando la biblioteca encontré el *Journal de Gide* editado por *La Pléiade*. Lo hojeé. Me interesó. Principalmente, el final, lo actual. Leí algo que encontré referente al marxismo... El libro me sugirió la idea de llevar un diario [...].

⁷⁴ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20017

⁷⁵ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20021.

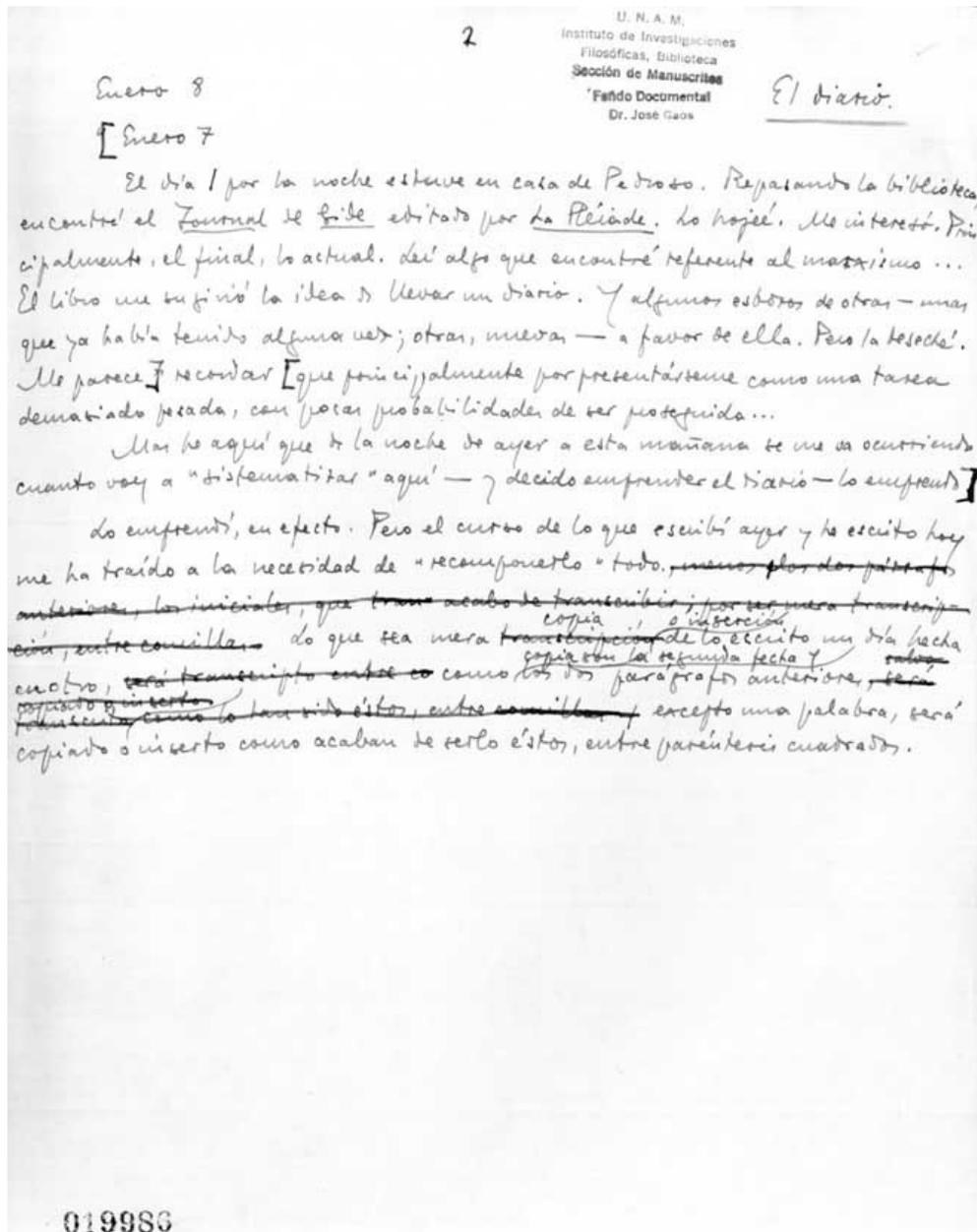
⁷⁶ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 19984.

⁷⁷ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20017.

Pero la deseché. Me parece recordar que principalmente por presentármese como una tarea demasiado pesada, con pocas probabilidades de ser proseguida...

Mas he aquí que de la noche de ayer a esta mañana se me va ocurriendo cuanto voy a "sistematizar" aquí —y decido emprender el diario —lo emprendo.⁷⁸

Figura 2.1. Inicio de las *Jornadas*, con correcciones e intervenciones de Gaos



Fuente: AJG, fondo 1, carpeta100, f. 19986.

⁷⁸ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 19986. Se conservan en todos los casos los elementos resaltados en el manuscrito.

Pero apenas comenzado este manuscrito ya da muestras de la riqueza de evoluciones, ensayos y desafíos que lo caracterizan en su conjunto. Las quince páginas que suceden a esta nota inaugural no consignan, como dictan las convenciones más comunes en torno al diario, las actividades que José Gaos realizó durante la jornada; se dedican, más bien, al recuento retrospectivo de su “evolución literaria”, a la exposición argumentada del vínculo entre “profesión y publicación”, y a la investigación preliminar —a partir de ejemplos destacados— de la muy gaosiana convicción de que, “como toda literatura, como toda obra humana, la literatura filosófica [...] no puede menos de tener un fondo autobiográfico”.⁷⁹ Y es que, así como André Gide repetía en su diario “tengo la cabeza llena de mi obra” (1963: 14), el filósofo exiliado rápidamente puso el suyo a girar en la órbita de ese anhelo. Lo abre con una tríada de exploraciones: una en torno a los motivos por los cuales la obra no ha sido escrita, otra sobre aquellos que impelen a escribirla y una tercera en que desglosa las ideas y los modelos literarios y filosóficos hacia los cuales se inclinará su escritura. Con la cabeza llena de obra, Gaos termina por convertir su recién emprendido diario en un plan de redacción de la misma: “he aquí que hacia el final de la consignación de las consideraciones anteriores, éstas se me convierten en el siguiente proyecto de una obra completa”, una que además se acompañaría del “subsiguiente proyecto de primeras lecciones del curso que he anunciado para cauce y fuente, a una, de esta obra”.⁸⁰

A partir de ese momento sus apuntes no abandonarán esta combinación de examen retrospectivo personal, análisis de los antecedentes literarios y filosóficos, y, finalmente, puesta en marcha de (los planes para) la obra. Los apuntes seriados y fechados que se encadenan en este manuscrito a partir del 7 de enero intentarán enlazar la autoobservación, las agendas de trabajo y los planes escriturales a futuro con el objetivo de confeccionar un libro publicable de filosofía. Página tras página, el filósofo ejecuta un complejo proceso de redacción en que la anotación ocasional de ocurrencias, planes y experiencias, la rememoración de su propia trayectoria profesional y la perfilación metódica, insistente y laboriosa de lo que, esperaba, llegaría a ser *su* filosofía aparecen trenzadas en fragmentos que

⁷⁹ AJG, fondo 1, carpeta100, f. 19998

⁸⁰ AJG, fondo 1, carpeta100, f. 20001.

se someten a una constante reformulación, siempre en busca —expresamente, así lo indica el propio pensador— de la obra consumada.

Quien se encuentre familiarizado con los tópicos más extendidos sobre el género diarístico habrá identificado de inmediato lo complejo de la situación. Como señala Enric Bou, “el texto de un diario se nos presenta a retazos por naturaleza, puesto que se somete a la fragmentación que impone el calendario”. Y generalmente se toma esta condición práctica de escritura como evidencia de que, por un lado, “el autor [...] no puede intervenir tanto en la organización del texto” (Bou, 1996: 126), y, por otro, “el lector lee un diario con esa convicción: es una práctica que no admite reescritura” (Caballé, 2015). De ahí que las bases del proyecto de Gaos resulten inesperadas. El carácter ocasional y el despliegue temporal de la escritura diarística difícilmente se ajustan a las extensas investigaciones retrospectivas, menos aún a los planes prospectivos y arquitectónicos de una obra que espera publicación. “La función del diario”, escribe Anna Caballé, “es recoger la inmediatez de lo vivido antes de que el paso del tiempo borre, depure y *elabore* el mundo experiencial [...]. El valor de las impresiones está precisamente en su contacto con la realidad inmediata, con todo lo que tiene de atomización, incoherencia y falta de perspectiva” (2015). La serie de anotaciones que ocupó a Gaos durante casi todo el año de 1940, en cambio, no esconde su interés por el pasado no inmediato y, sobre todo, no disimula su orientación compositiva hacia un libro futurible. De manera contundente, el pensador plantea que dentro de la anotación cotidiana se vaya dando forma a una investigación dispuesta a conformar la obra, con toda la *elaboración* y la *perspectiva* que hiciera falta.

Tan clara le parecía la necesidad de estas operaciones que, acompañando la nota que da apertura a este diario, se encuentra la siguiente acotación: “Lo emprendí, en efecto. Pero el curso de lo que escribí ayer y he escrito hoy me ha traído la necesidad de ‘recomponerlo’ todo”.⁸¹ Y ciertamente este manuscrito está lejos de huir a la “recomposición” (figura 2.1). No solo ese fragmento, sino también el resto del documento se halla inmerso en una dinámica de reescritura constante, de frecuentes repeticiones, pero también de múltiples correcciones emprendidas a partir de la misma fase de composición del texto (tachaduras, reanudaciones) o a partir de relecturas posteriores (recuperaciones, evaluaciones). Así, por ejemplo, no existe

⁸¹ AJG, fondo 1, carpeta 100, 19986.

ninguna región amplia del documento que no contenga alguna versión de índice pensado como guía para la obra, cada uno cercano al proyectado índice que le precede, pero nunca idéntico. Lo mismo sucede con ciertas afirmaciones, ideas y fragmentos a los que el filósofo acude repetidamente, pero los cuales varía y adapta a nuevos contenidos o propósitos. Aunque quizá los objetos de “recomposición” y de repetición más llamativos, por la amplitud y el interés filosófico de su catálogo, sean las múltiples enumeraciones de autores y obras que Gaos propone tanto para el examen retrospectivo de su formación profesional como para planear los cursos y las lecturas con que deseaba acompañar (e influir) la redacción de las *Jornadas* (figura 2.2). Estos materiales se encuentran expuestos, como observó Aurelia Valero Pie, “en innumerables listas, reiteradas, completadas y retocadas hasta el hastío, en las que los nombres [...] se repiten como en un ensalmo espiritista” (2015: 144).

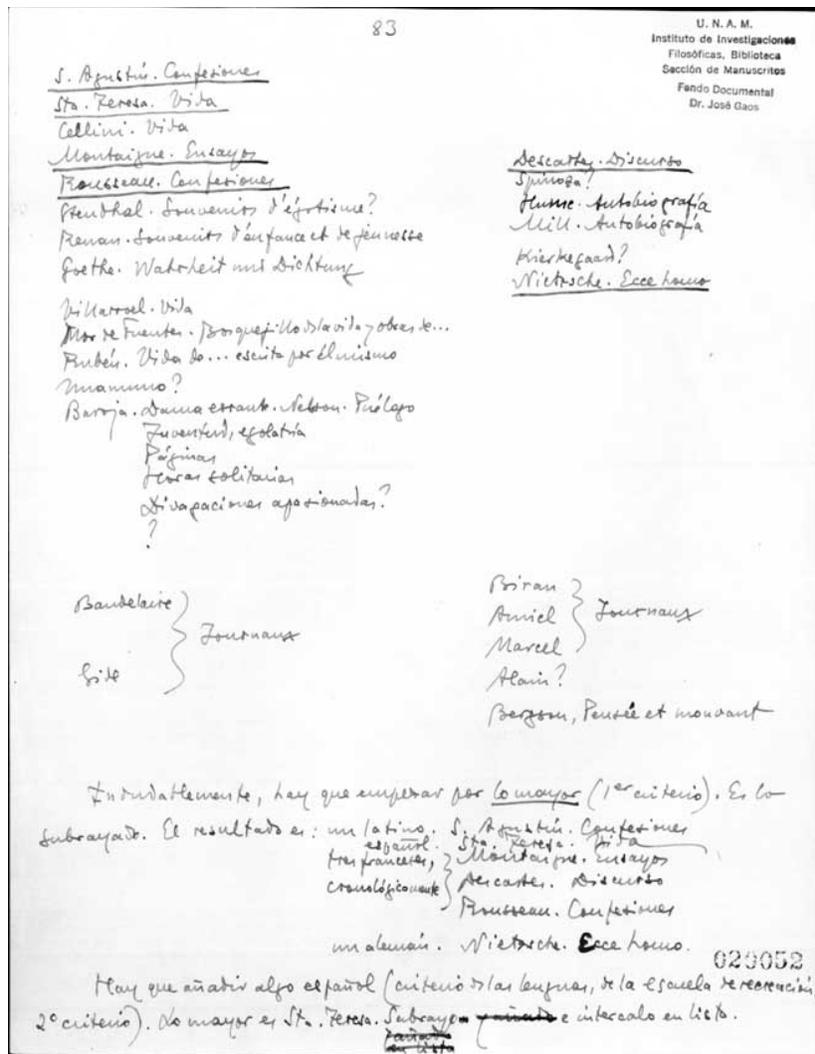
Aquellos retoques y aquellas listas, además, se relacionan con un objetivo que tampoco podría parecer muy propio de un diarista. Apenas comenzado su proyecto, Gaos acuerda someterse a una “escuela de estilo”, es decir, a un plan de lecturas que le ayudaran a volver a redactar con ligereza y agilidad, dado que, según reconocía, el abandono de la lectura literaria y “del ejercicio mismo de escribir sino traducciones ‘barbarizadas’ por los originales” le habían llevado a “escribir con dificultad y mal”. El libro potencialmente exitoso que buscaba llevar a cabo, en cambio, debía “serlo en un estilo literario, es decir, sencillamente bien escrito”.⁸² De este modo, el filósofo proyecta y desarrolla un ejercicio de escritura que no por llevarse a cabo en la cotidianidad y bajo el amparo de un manuscrito privado resulta afín al universo de las escrituras ordinarias, caracterizadas por Daniel Fabre como aquellas que no se rigen “por la voluntad de construir una obra” ni tampoco aspiran “al ejercicio escrupuloso del ‘buen uso’” (2008: 3). En contraste con la común asociación, por un lado, de los diarios con una noción cerrada de las escrituras ordinarias y, por el otro, con el interés no intervenido de lo inmediato, Gaos admite, en cada paso del proyecto, su búsqueda de un estilo depurado y vivaz con vistas al éxito editorial.

Ahora bien, si fuera verdad, como sostuvo en algún momento Philippe Lejeune, que “un diario no puede entenderse como una trayectoria regida por un proyecto” [a diary cannot be understood as a trajectory governed by a project] (2009: 207) y que, por lo tanto, no puede

⁸² AJG, fondo 1, carpeta 100, 20008.

servirse de procesos *compositivos* ni *correctivos* (182), el plan en marcha de Gaos quizá se entendería mejor bajo el halo del libro, simplemente como un borrador, y abandonando desde un principio los intereses por leerlo bajo las convenciones del diario. ¿Por qué, si no, habría Gaos antecedido estas hojas sueltas con el libresco recurso a un epígrafe, y uno, además, tan alusivo al universo de la “letra prestigiosa” como “Calma para todo, prisa para la obra”?⁸³ Zanjada por estos contrastes, pudiera parecer que la referencia al diario es más una excusa de arranque para la pluma que un compromiso genérico auténtico.

Figura 2.2. Ejemplo de las listas de autores que pueblan las *Jornadas filosóficas*



Fuente: AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20052.

⁸³ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 19975a

La determinación con que acomete el proyecto y lo encamina desde un inicio hacia la confección de la obra coincide con una obligación reconocida con franqueza —y no sin cierto nerviosismo— por el propio Gaos. Apenas dos años después de haber iniciado un exilio que mantendría hasta su muerte, tres décadas más tarde, en territorio americano,⁸⁴ el filósofo se encontraba en un contexto nuevo, expuesto a elevadas expectativas sobre sus potenciales contribuciones al ámbito cultural —y filosófico en particular—. Es cierto que su llegada a México, su patria de destino, en el verano de 1938, había estado precedida de un considerable reconocimiento: arribaba con una merecida fama de traductor y de docente; con importantes pruebas de su desempeño en funciones políticas y culturales, fuera y dentro de España, a partir del estallido de la Guerra Civil, y con la extraordinaria experiencia de haber fungido como rector de la Universidad Central de Madrid desde 1936, a pesar de su corta edad. Pero en el mismo *curriculum vitae* que redactó cerca de su salida de España, en donde desglosaba todos los valores anteriores, él mismo reconocía también haber “publicado muy pocas y pequeñas cosas originales”. Aunque se apresuraba a destacar “una de las cosas publicadas, el estudio sobre la filosofía de Maimónides con ocasión de su centenario”, no se mostraba satisfecho con el número de escritos originales que había entregado al público (Gaos, 2018: 1426). Con mayor razón tratándose de un recién llegado a nuevas tierras. Las publicaciones menores, conferencias, cátedras y los destacados puestos de trabajo evidenciaban su capacidad profesional e intelectual, y, sin embargo, todavía no parecía trazado el camino de la obra propia. Por eso no perdió la ocasión de anunciar, apenas pisó su patria de destino, la “próxima edición de una ‘obra monumental’”, una que resarciría aquella falta de publicaciones de grandes dimensiones e impacto, y que además justificaría, mediante su esperada contribución a la disciplina y al ámbito editorial, su recibimiento en México (Valero Pie, 2015: 111).

⁸⁴ En 1938 José Gaos se sumó a la oleada de pensadores y creadores que, ante la desesperanzadora situación de la parte republicana, salieron de España para buscar refugio al otro lado del Atlántico. Si bien no recibió respuesta favorable de las autoridades republicanas cuando solicitó un cargo diplomático, sí obtuvo un permiso para visitar Cuba. Desembarcó en La Habana en junio de aquel año con la tarea de impartir un curso y un ciclo de conferencias, motivo por el cual había sido invitado por Roberto Agramonte, filósofo, profesor de psicología y director del Departamento de Información e Intercambio Cultural de la Universidad en aquella ciudad. El muy comentado recibimiento que tuvo en Cuba se repetiría dos meses después, esta vez en territorio mexicano, cuando Gaos finalmente hizo efectiva la propuesta de participar en alguna institución educativa del país que le ofrecía acogida.

Aunque los primeros años del filósofo en el país americano distaron mucho de ser estériles,⁸⁵ sus trabajos no respondían todavía a sus mayores propósitos escriturales y de estimación profesional. En noviembre de 1939, un año después de su llegada, cuestionándose sobre si aceptar o no la propuesta de trabajar un año más en México bajo los auspicios de La Casa de España —institución que después se convertiría en El Colegio de México—, Gaos comunicaba a Alfonso Reyes que, independientemente de su decisión, la redacción de un libro ocupaba un sitio privilegiado en su plan profesional para 1940: “yo tengo primordial interés en escribir el libro que recogería mis experiencias y mis trabajos de profesional de la filosofía” (Gaos, 1999: 63). Y es que ninguno de los otros planes de redacción y editoriales que por aquel entonces tenía en proceso, le parecía, como destaca Fernando Salmerón, “verdaderamente ‘el libro’ que estaba obligado a escribir en la nueva circunstancia”. Esa obra que “correspondería a la etapa de madurez” y que le garantizaría una “vida en la sociedad mexicana ‘en plan definitivo’” (Salmerón, 2000: 99) estaba todavía ausente. Y las *Jornadas* asumieron, en principio, las ambiciones de este libro por venir.

La presión por escribir *la* obra sobrepasaba, pues, la mera autoestimación de sus capacidades filosóficas en la esfera privada. Entre los “deberes” y compromisos que Gaos concebía como parte sustantiva de su profesión se encontraban el de “profesar” la filosofía en clases o conferencias y el de investigar, pero también, “como extensión de este [...], el de ‘publicar’ —se entiende preferentemente ‘obras’, por lo menos artículos, en todo caso ‘originales’”.⁸⁶ La adscripción como filósofo y, sobre todo, el éxito que como tal pudiera llegar a lograr no se relacionaban llanamente con el registro de las ideas en tinta y papel, sino que se hacía patente la obligación específica de encontrar un pensamiento propio, redactarlo y llevarlo a la imprenta. En consecuencia, para consumir su vocación, Gaos se comprometió, ante Reyes, ante el público mexicano y ante sí mismo, a encaminar especialmente sus esfuerzos a la escritura y la publicación de un libro. Así lo expresa de forma reiterada en el

⁸⁵ El recién llegado se convirtió pronto en un frecuente colaborador en medios y revistas mexicanas y americanas en general; sus presentaciones y cursos gozaron tanto de la asiduidad del público como de una productiva polémica, a tal grado que sus discusiones con Francisco Larroyo a propósito de un ciclo de conferencias pronunciadas durante 1938 no solo fueron llevadas a la prensa, sino que se reconfiguraron en forma de libro en 1940; y a esto debe añadirse la publicación de la *Antología filosófica. La filosofía griega* y la reedición de *La filosofía de Maimónides*, que salieron a la luz con el sello de La Casa de España en México.

⁸⁶ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 19990.

grueso repertorio de hojas sueltas en que buscó, a lo largo de 1940, dar marcha a esta obra ausente.

Si no publico más, sobre todo si no publico una obra, acabaré por tener consideración de mal profesional. Mas ya esta mera idea, de acabar por tener tal consideración, me resulta tan insufrible, que viene desde hace tiempo impeliéndome al esfuerzo de escribir una obra, y me ha inducido a anunciarla repetidamente.⁸⁷

De esta manera, las *Jornadas* se proponen, a la vez, como un remedio contra la página en blanco, como una búsqueda del pensamiento propio y como una estrategia para la trascendencia en el campo de la filosofía, todo ello agrupado bajo la aspiración de confeccionar y publicar una obra original.

Sumado a esto, la necesidad de la empresa respondía también a motivos menos encumbrados. “Para dar satisfacción a deseos, cabo a proyectos también indiferentes aquí”, reconocía con sinceridad, “necesito medios económicos. El medio, a su vez, de obtenerlos que se me presenta como preferible, sino como único posible, es justamente el de publicar una obra”.⁸⁸ Realización de una filosofía y realización del filósofo, este libro por venir se mostraba como el medio más deseable para lograr el éxito en el mundo profesional, para contribuir a la disciplina y para alcanzar la estabilidad vital. “Así pues: necesitado de publicar una obra, y una obra de éxito editorial, y confiado en ser capaz de escribir precisamente tal obra”, resolvía el filósofo, “¿cómo no manos a ella?”⁸⁹

De la obra al diario

Por más que reiterara pública y privadamente su próxima aparición, el proyecto con que buscaba dar respuesta a estos anhelos nunca terminó por fraguarse como libro. Contrario a las expectativas que podrían despertar sus planes y anuncios, las *Jornadas* no solo mantienen una relación complicada con la figura más tradicional del diario, sino que también resulta sumamente complejo considerarlas como una obra siquiera cercana a la consumación. El conjunto de páginas que integran estas dos carpetas de anotaciones manuscritas dista mucho de tener la apariencia depurada de un borrador con un desarrollo argumental temáticamente

⁸⁷ AJG, fondo 1, carpeta 100, 19991.

⁸⁸ AJG, fondo 1, carpeta 100, 19991.

⁸⁹ AJG, fondo 1, carpeta 100, 20017.

organizado y plenamente direccionado. Antes bien, como reconoció el ojo meticulado de Salmerón, domina “en todas sus partes el carácter espontáneo y ocasional —que no acaba de pasar del esbozo o la mera ocurrencia a la versión final siquiera de un ensayo logrado” (2000: 100-101).

A diferencia de lo que se observa en los productos acrisolados que suelen llegar a nosotros como libros o incluso como los preliminares de un libro en edición, en los cuales los procesos de redacción y de corrección no se encuentran desplegados a detalle sino integrados en una versión más o menos sintética, Gaos conscientemente conservó los vestigios de la construcción de su deseada obra, incluso cuando se trataba de contenido repetido y corregido. Sin renunciar del todo a una organización guiada por la esquematización de temas (a ella aspiran los índices trazados y los habituales planes de trabajo), el afanoso redactor eligió conservar el desdoblamiento temporal de su escritura en lugar de desechar y condensar en cada momento de avance los materiales —las notas y las hojas sueltas que las acogen— que le parecieran prescindibles o perfectibles. De ahí que podamos observar ampliamente los detalles de corrección, de cambio y de progresión, y no llanamente sus consecuencias. Más que como un producto sintético y más o menos depurado del pensamiento, la “obra” aparece, al menos en una contemplación integral del documento, como el conjunto atomizado de huellas escriturales, justamente, de un pensamiento en proceso, de un pensamiento *en obra*.

Esto, de hecho, tampoco pasó desapercibido para Gaos. En realidad, se trata, en una primera instancia, de un método y un efecto buscados por él mismo. Al preguntarse sobre la forma y el fondo que articularían la obra con que buscaba granjearse el triunfo profesional y el favor de los lectores, llega a la resolución siguiente: “es fundado presumir el éxito editorial de una obra de la que el *objeto sobre que verse* sea la filosofía; cuya ‘composición’ sea la confluencia de un fondo ‘personal’ y de una forma literaria”.⁹⁰ El público, pensaba Gaos, mostraba interés tanto por obras filosóficas —así lo había demostrado el triunfo comercial de las obras de su maestro José Ortega y Gasset— como por escrituras autobiográficas e íntimas, de manera que un cruce entre ambas podía tener un atractivo razonable. La resolución, además, se compaginaba con otro motivo que, aunque doloroso, le parecía claro:

⁹⁰ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20014.

“Cerca de los cuarenta [años], después de veinticinco de relación con la filosofía y de diez de ser profesor de ella, no tengo ‘una filosofía’. Tengo la experiencia de una vida de vocación por la filosofía”.⁹¹ Si quería contribuir a la disciplina, no tendría sino que buscar en los movimientos de la propia vida, lo cual, de realizarse, le ayudaría también a confirmar aquel vislumbre suyo que sostenía la unión concreta del pensamiento y la autobiografía. El contenido de su obra, por lo tanto, sería su experiencia con la filosofía: la trayectoria de su vocación, las lecturas que la informaron y las ideas en las que esta relación se manifestaba a cada paso.

Completamente consciente de la complejidad de la empresa, Gaos encuentra un modelo igualmente complejo para el ordenamiento redactado de esta experiencia.

La *recherche du temps perdu* no va encontrándolo ni en el orden en que fue siendo perdido, ni por ende en el orden en que un plan como el apuntado haría ir redactándolo: la *recherche* va encontrando el *temps perdu* en el orden de las asociaciones, de las sugerencias, de las ocurrencias, en que entran, no sólo los recuerdos, sino acompañando a éstos, complicándolos o complicándose con ellos, constantes, variados *Erlebnisse* nuevos, actuales.⁹²

A semejanza de Marcel Proust, el filósofo buscaba dar cauce a su obra a partir de un intricado tejido de instantes. La consignación de los *Erlebnisse*, es decir, “lo que se vive, lo que se experimenta en el más amplio sentido posible de esta expresión”,⁹³ erigidos explícitamente como la clave de su obra, no se sometería al ordenamiento temático y jerarquizado de un plan previo de redacción ni tampoco a la cronología razonada de su ocurrencia en el pasado, sino a la secuencia propia de la redacción, de la ocurrencia azarosa y del recuerdo, es decir, a su relación siempre en movimiento con el presente enunciativo, del pensamiento y de la memoria. Siguiendo estas líneas de proyección, sus propias ideas y el desarrollo de su vocación como filósofo se manifestarían, como escribió Barthes en relación con la obra proustiana, “no como en un currículum vitae, sino como en una constelación de circunstancias y figuras” (2009: 399). A ello se debe que las anotaciones y sus “recomposiciones” se encuentren desplegadas cronológicamente y a detalle, en lugar de sintetizadas y corregidas, desechando a cada paso los residuos. Y es este también el motivo de su admitida vinculación no con la novela, como en Proust, sino con el diario. Unido el

⁹¹ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20016.

⁹² AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20017.

⁹³ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20031.

plan de obra con el método de anotación cotidiana, el diario se convierte en un campo de exploración inestimable para el trabajo intelectual.

“Diario” se llama a la obra, al libro en que se apuntan, se redactan las *trouvailles*, no de todos los días, sino de los días en que las hay, que pueden no ser tampoco todos aquellos en que haya *recherche* de ellas, en que se “trabaja” para encontrarlas. Pero “diario” puede ser el libro que se com-ponga poniéndolas unas a continuación de otras en el orden en que hayan ido siendo llenadas [...]. En tal diario formarán [parte] de suyo las refundiciones articuladas progresivamente —hasta la perfecta obra final... Y no sólo aquellas en que se realice la *recherche du temps perdu*, sino también aquellas en que se realice el resto de la progresión de la vida hacia el futuro —porque también la busca del pasado es progresión hacia el futuro y porque *tal* diario, “por definición”, abarca *toda* esta progresión... En fin, “diario” sería todo libro *tal*, aunque no figuraran en él las fechas.⁹⁴

En conclusión, resuelve Gaos, “la obra que necesito escribir y confío en escribir es un diario”.⁹⁵

Las bases y los modelos

Armado con las consideraciones anteriores, el pensador modela sus trabajos con un método de apuntación que no huye a lo espontáneo de la ocurrencia y la asociación —al contrario, lo procura—, pero que tampoco rechaza la composición y la corrección. Mediante esta vinculación se compromete a conjugar dos modalidades escriturales que comúnmente se conciben como irreconciliables en el mismo sentido que aquella emblemática distinción mallarmeana entre el “libro, arquitectónico y premeditado” y el álbum como “colección de las inspiraciones del azar” (Mallarmé, 1998: 24). No es una coincidencia que esta misma distinción haya sido rescatada para discutir la supuesta incompatibilidad del trabajo apasionado que exige la obra frente a la cómoda espontaneidad que permite el diario. Este último, entendido como cercano al álbum, suele relegarse, a fuerza de binarismo, al ámbito de lo innecesario, lo accesorio y lo suprimible, mientras que a la obra se reservan los apreciados caracteres contrarios (véase Barthes, 1986: 376-379). Nada más ajeno a las ambiciones de Gaos, quien revela su interés por hacer converger el pensamiento y la escritura

⁹⁴ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20018.

⁹⁵ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20019.

súbitos no con lo puramente “episódico ni incidental” de su vida, sino principalmente con “lo constante, lo central, lo esencial”.⁹⁶

Una primera clave de este vínculo estaba, como en Proust, en un especial manejo del tejido temporal. Sin rehuir a las tensiones que implicaba su proyecto, Gaos se concentró tanto en la multiplicidad y la dispersión que posibilita la escritura del día a día como en el trabajo reiterado y la secuencia cronológica que le permiten agruparse en una sola serie progresiva. Este último aspecto era esencial para adelantarse a los cuestionamientos que pudieran frenar su éxito y el éxito de su obra. Había observado de cerca, especialmente en el caso de su maestro Ortega, que lectores y críticos no siempre aprobaban las obras filosóficas compuestas por ensayos o apuntes fragmentarios cuando estos parecían inconexos.⁹⁷ Por este motivo, aunque hizo del presente del recuerdo, las ocurrencias y las proyecciones el ancla de su trabajo de redacción, no destacó principalmente las discontinuidades en el *contenido* de sus notas y la fragmentación de su puesta en papel, sino que se sirvió también de las continuidades de su *método* serial de apuntación, es decir, en el encadenamiento *de facto* del registro día con día. Más allá de destacar los entrecruzamientos y desviaciones temporales que permiten las asociaciones espontáneas en el plano del sentido —aspectos tan celebrados por la crítica en la obra proustiana—, Gaos hizo de la cronología práctica de estas asociaciones —es decir, de su despliegue, *día tras día*, en el trabajo de escritura— el sistema, el método, la conexión y el interés de su proyecto.

Nada me obliga —establece el filósofo el 16 de enero— a que mi “obra” tenga más sistema que el fundamentalmente autobiográfico-cronológico. Este puede ser, será seguramente bastante para dar satisfacción a las críticas hechas a Ortega, y a constituir incentivo de novedad, y el máximo a que me conduce la composición espontánea de la obra y me obligan las ideas expuestas en ella.⁹⁸

⁹⁶ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20030.

⁹⁷ Una de las críticas más tenaces a la obra de Ortega por parte de sus mismos discípulos fue el no haber publicado sino una colección de pensamientos dispersos, en lugar de concentrarse en construir un cuerpo articulado, fundado en conceptos completamente desarrollados y con una vinculación plena. El 26 de noviembre de 1940, todavía con las *Jornadas* yaciendo en su escritorio, Gaos escribía que la superación de su maestro no podía realizarse “por el camino de la efusión profusa, sino de la concentración” (AJG, fondo 2, carpeta 34, f. 35746). Casi treinta años más tarde llegaría a admitir que Ortega no había sido “en absoluto, un filósofo” porque “no articuló sistema” (AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 61030). Aseveraciones como esta pueden encontrarse también en condiscípulos como Julián Marías, quien a mediados de los cincuenta afirmaba que “con todo rigor, Ortega hasta ahora no ha publicado ningún *libro* de filosofía” (1954: 30).

⁹⁸ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20022.

Siguiendo a grandes rasgos y a su manera el ficcional modelo proustiano, en la dinámica discontinuidad-continuidad implicada en el sistema de instantes con que emprende su obra, Gaos no dejó de resaltar la supuesta unión progresiva y continua de los distintos momentos de la vida —y de sucumbir, en este sentido, a lo que Pierre Bourdieu ha llamado “ilusión biográfica” (2011)— y la manera en que ésta se proyectaba sobre el proceso de escritura y pensamiento. Por ello, a pesar de no considerar el asentamiento explícito de las fechas como un atributo forzoso de su manuscrito (la sucesión de la escritura podía ser suficiente para mostrar tanto las evoluciones como el encadenamiento del proceso), decide mantener el fechado por parecerle algo “natural, aparte de conveniente, de interesante”⁹⁹ para mostrar la cohesión y el avance del texto de una forma atractiva. Así, la plural empresa no quedaba reducida a las trampas del azar y de lo incidental, sino que conectaba práctica y textualmente la multiplicidad de sus piezas en una misma búsqueda constante y progresiva: álbum y libro quedan en asidua, aunque tensa, comunicación.

Sin embargo, más que a las bondades editoriales y de cohesión textual de esta práctica, la inclinación de Gaos hacia la escritura diaria y serial —idealmente— parecía responder también a una idea clave sobre la filosofía. “La filosofía no existe”, consignó el 27 de enero, “sino en cuanto actividad mental y vida de filosofantes receptivos y creadores, porque no es sino esta receptiva y creadora actividad”. Pero, aunque consideraba que incluso las obras filosóficas más aparentemente desvinculadas de la vida no son sino abstracciones “de la actividad mental y vital toda [...] de los filósofos de carne y hueso”,¹⁰⁰ cuando se trata de arrojar luz sobre la relación entre la vida y las ideas, Gaos no acude a ejemplos de obras intelectuales al azar. Refiere, por el contrario, algunos modelos en los que veía notoriamente expuestas distintas maneras de atender al tejido entre vida y pensamiento, dignas todas ellas de estudio histórico y de posible emulación: la correspondencia de Cicerón, las *Confesiones* tanto de San Agustín como de Jean-Jacques Rousseau, el *Discurso del Método* de René Descartes, las *Greguerías* de Ramón Gómez de la Serna, *Ecce homo* de Nietzsche, los diarios de personajes como André Gide, Henri-Frédéric Amiel o Gabriel Marcel, y los *Ensayos* de Michel de Montaigne.

⁹⁹ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20019.

¹⁰⁰ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20146.

Esta última obra ocupa un lugar especial e ilustrativo del modo en que Gaos concebía la relación entre la vida, la escritura y el pensamiento. Aunque se encuentra entre los casos menos comprometidos con la narración detallada y encadenada de vivencias, ese libro le parecía uno de los modelos más relevantes para su propio plan nada menos que por ser, según él, un muy claro ejemplo de un escrito compuesto por los *Erbenisse* de su autor. En la reconocida circunstancialidad y diversidad estilística y temática de los escritos de Montaigne, Gaos veía la doble relación del texto con la vida, a la vez referencial —en la especial noción de estar determinado por la *perspectiva* y *experiencia* personales— y práctica: lo que había consignado el humanista francés en su obra eran, opinaba Gaos, “‘ensayos’ de su juicio, de su experiencia, de su vida toda y personalidad, en el sentido no sólo de serlo *sobre* ellas, sino de ser ejercicio *autor* de ellas”.¹⁰¹ A tal grado le parecía esto relevante, que llega a reconocer que su libro “no estaría en ningún caso mal titulado, titulándose *Ensayos filosóficos*”. De forma similar a como Montaigne veía en los temas más diversos de sus ensayos la constitución de una “pintura” del yo y del hombre (Montaigne, 2007: 5), Gaos trabaja su libro bajo la premisa de que el origen personal y circunstancial dota de un fondo autobiográfico incluso a la discusión más abstracta sobre la definición y las posibilidades de la filosofía, o al apunte más alejado de una representación estrictamente constativa de la vida de su autor. Sin embargo, decide rechazar esta posibilidad porque “nadie pensaría tras de tal título en unos *Erlebnisse*, en un libro de contenido sino objetivo, no autobiográfico”.

[P]or malaventura —explicó— la evolución semántica del término *ensayo* como título, y aun en general, ha relegado a un fondo, de donde sólo un esfuerzo especial la trae a primer plano, la significación de intento, prueba, de *experiencia* vital, para dejarle como significado corriente el solo de un género literario donde cabe todo lo que no es tratado formal ni obra de pura imaginación.¹⁰²

Consideraciones como la anterior lo llevan a estimar que ni la llana relación de sus escritos con el género del ensayo ni la presentación desnuda de los mismos sería suficiente para

¹⁰¹ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 19993.

¹⁰² AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20037. Aunque se sabe que el título “Ensayos filosóficos” fue reconsiderado por Gaos en 1942 (AJG, carpeta 42, f. 7369), resulta significativo que la alusión privada y pública a la obra como “Jornadas filosóficas” dominara durante todo el periodo de gestación de este manuscrito, e incluso poco después de haber cesado la escritura en estos folios, el filósofo siguió afirmando que entregaría “unas *Jornadas filosóficas* para su publicación en el año próximo a entrar” (Gaos, 1999: 88).

subrayar la vivacidad del “retrato” filosófico que buscaba construir. De ahí que admitiera otros recursos para enfatizar el origen personal y circunstancial de las ideas de su manuscrito. Teniendo la filosofía un puesto concreto entre los *Erlebnisse* o vivencias de un sujeto con vocación y disposición a dedicarse a ella, adoptar un método de apuntación pretendidamente cercano a los movimientos singulares y a veces desorientados de la propia vida se mostraba, cuando menos, como una opción destacada. Y dado que el diarismo es reconocido por hacer evidentes sus condiciones materiales de producción y por anclarse expresamente en las contingencias de la vida (Langford y West, 1999:11), la apuesta parecía segura. Por ello, aunque precisaba que “nada me obliga a renunciar al sistema por el diario”, pues “este no es más auténtica forma de autobiografía que aquel”,¹⁰³ no ignoraba que vincular su anticipada obra con una práctica como el diarismo podía ser un valioso camino para exponer la vitalidad del propio pensamiento y subrayar lo que tiene de prueba, de exploración, de proceso. No obstante, así como la relación de su obra con el ensayo no dependía de la aplicación estricta de una noción común de tal género, su vínculo con el diario también tenía un sentido particular. Lo que se buscaba con esta asociación no era simplemente un registro tradicional de incidentes, sino conjugar la depuración y la elaboración que exige preparar una obra de éxito con la atención expresa a lo inmediato y a lo atomizado que permite la apuntación diarística. Con la intención de expresar de forma vívida la circunstancialidad y la concreción de la filosofía, las *Jornadas* se atreven a configurarse no solo como la “obra creada”, sino también como el “‘diario’ en que el proceso ha ido expresándose, *realizándose*”.¹⁰⁴

Al despliegue calendárico de las ideas y la redacción se suma otro importante recurso para enfatizar esta particular concepción de la filosofía y de su realización en la obra. Preocupado por ofrecer al lector un título que encapsulara las particularidades del documento y anunciara sus afanes, y una vez admitida su inclinación por el sintagma alemán *Philosophische Erlebnisse* como la más adecuada descripción de sus propósitos, Gaos se enfrasca en una extensa discusión sobre el posible equivalente de tal expresión al castellano. Pero después de varias propuestas que le parecen inviables o imprecisas decide “renunciar a

¹⁰³ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20022.

¹⁰⁴ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20021.

la traducción de lo intraducible” y proponer, en cambio, una locución que partiera de la “realidad española más cercana a la realidad intraducible [alemana]”:

Los hombres de lengua española vivimos las cosas de la vida, las cosas vividas, lo vivido, la vida en general, la vida misma, traspuestas en imagen y tropo. En una imagen y un tropo que las traspone a los términos del espacio y del tiempo. En la imagen y el tropo tópicos de la vida como camino y marcha [...]. Lo que para los hombres de lengua alemana son los *Erlebnisse* del *Erleben* de su *Leben*, son para nosotros, los hombres de lengua española, las *jornadas* de nuestra vida. *Philosophische Erlebnisse, Jornadas filosóficas*, sí, exactamente titulada en español la realidad española del contenido de mi vida y de mi libro.¹⁰⁵

Tal denominación tenía, además, la ventaja de aludir a la marcha de la vida misma en un doble sentido notable para la composición de esta monumental obra: por un lado, implica la referencia a la vida como “sucesión, serie de días, de jornadas”, fundamental en la relación de la buscada obra con un método de redacción ocasional, aunque progresivo. Por otro lado, el título apunta, según Gaos, “por un movimiento semántico tan frecuente como comprensible, de jornadas de varios días, hasta la gran y única jornada de todos los días, la jornada de la vida misma”, lo cual parece resaltar la necesidad de enlazar la redacción a la vez “espontánea” y sucesiva de la obra con el examen retrospectivo de la propia vida en su conjunto. Otra interpretación resultaba también relevante para esta comparación: “Lo que vivimos *en* la jornada, lo vivimos *como* la jornada misma”, de manera que el sintagma elegido enlaza la cualidad situacional, “objetiva”, de lo que se vive, con su inseparable subjetividad.¹⁰⁶ Finalmente, la determinación que el adjetivo “*filosóficas*” imprime a estas *jornadas* permite, por su parte, que las expectativas no se desvíen del objetivo fundamental de esta indagación: Gaos no pretendía narrar o describir todas sus experiencias vitales, sino discutir e investigar

¹⁰⁵ AJG, fondo 1, carpeta 100, ff. 20033-20034. Es digno de nota que la traducción de *Erlebnisse* por “vivencias” —y *Philosophische Erlebnisse* como “vivencias filosóficas”—, hoy tan ampliamente utilizada, es descartada por Gaos al parecerle un título “estrafalario”, debido a lo reciente de la introducción de esta palabra en lengua castellana y a su frecuente malinterpretación. Otras opciones rechazadas por él para llevar esta expresión a su lengua natal son “acontecimientos”, “sucesos”, “incidentes”, “aventuras”, “experiencias”, “emociones”, “intuiciones”, “visiones” y “hechos [filosóficos] vividos”. Una vez abandonada la intención de traducir el sintagma alemán y adoptada la concepción metafórica de la vida como camino, el filósofo discute y descarta los títulos “Pasos filosóficos” (excluido porque “resulta desvaído, poco expresivo”), “Itinerario filosófico” (suprimido porque da una “pretensión de ejemplaridad” indeseable y porque “el plural es esencial al título”, por serlo también al contenido del libro), “Andanzas filosóficas” (desechado porque despierta un cierto “tufo rural, aldeano”) y “Autobiografía filosófica” (igualmente descartado “por la razón de la pluralidad”) (ff. 20029-20035a).

¹⁰⁶ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20034.

las posibilidades vivas de la filosofía. El proyecto se proponía identificar el enraizamiento de la filosofía en la trayectoria de una vocación y buscar una propuesta original de pensamiento que se proyectara como la plenitud de tal vocación. En este sentido, advierte el autor:

En rigor, yo no me he propuesto el tema de mi vida primariamente, sino que el tema de la filosofía en general me ha conducido a él —al no tener más filosofía que la de lo que la filosofía ha sido para mí. El tema de mi vida, primariamente no hubiera aparecido con valor. El valor le viene al ver que el tema general lo implica. Debo, pues, reproducir este movimiento del tema general a la autobiografía partiendo de la pregunta por la filosofía y su fundamentación o justificación —que implica la autobiografía, que implica a su vez la filosofía, la pregunta por ella —y cierra el círculo.¹⁰⁷

Es en el contexto de este círculo de relaciones tensas que debe interpretarse la asociación de este manuscrito con la escritura autobiográfica. Se trata de apuntes que buscaban resaltar la concreción del filosofar como actividad y como experiencia, y no exclusivamente de un registro minucioso de actividades y costumbres personales, sin mayor motivación intelectual. El filósofo mismo sugiere este tipo de matices al colocar desde un principio su proyecto en el ámbito de la “autobiografía filosófica, filosofía autobiográfica, conceptos a precisar”, pero los cuales entiende preliminarmente como distintos a la “expresa y estricta autobiografía” en que “un filósofo [...] toma su vida por tema sin que el tratamiento de este tema sea filosófico, resulte filosofía”.¹⁰⁸ De este modo, su interés no recaía meramente en las intimidades y en los episodios de vida consignados —aunque estos, lo tenía claro, podían ser un buen imán para la atención de los lectores—, sino que tales aspectos serían traídos a cuento tratando de resaltar conscientemente el supuesto de que “a la (auto)biografía le pasa lo que a la historia, implica teoría”.¹⁰⁹

¹⁰⁷ AJG, fondo 1, carpeta 101, f. 20300v.

¹⁰⁸ AJG, fondo1, carpeta 100, f. 20000. Para Gaos, el ejemplo más claro de una autobiografía escrita por un filósofo que, sin embargo, no alberga ningún interés o consecuencia filosóficos es la de John Stuart Mill.

¹⁰⁹ AJG, fondo 1, carpeta 101, f. 20231.

Los obstáculos y el aparente fracaso

Aunque los vislumbres de esta teoría llevaran años enteros circulando entre las actividades y los planes de Gaos,¹¹⁰ lo cierto es que los detalles de su consolidación en una obra de grandes dimensiones no estaban completamente asentados, o al menos así lo sugieren las profundas dudas y el eventual abandono del proyecto. Además, por más claras que parecieran las ideas que guiaban su construcción, existían todavía lagunas cuya discusión, más que disipar las flaquezas del proyecto, las acentuaban. Si bien para Gaos resultaba evidente que “en la autobiografía aparecería la filosofía” y que “el tema personal requiere la autobiografía”,¹¹¹ no eran tan obvios los pormenores metodológicos y de redacción que estas asociaciones tendrían que resolver para incluirse en una obra publicable.

Quedaba claro que la filosofía, tal y como Gaos la entendía, no podía menos que estar fundamentalmente vinculada con la vida concreta de un sujeto; sin embargo, no quedaba tan clara, por ejemplo, la manera en que podía mostrarse a detalle que el interés de esta asociación rebasaba el mero plano personal, es decir, que la “definición de la filosofía no puede [sino] dejar de ser definición de *un* filósofo, para pasar a ser *la* definición de todos”.¹¹² Este salto de la individualización al tipo, que Gaos califica de operación fenomenológica¹¹³ y que él mismo entiende como una de las mayores contribuciones y atractivos del proyecto, constituye también una de sus principales complicaciones. En un plan exhaustivo para dar con esta

¹¹⁰ De esto dan noticia las planeaciones de algunos cursos que redactó como parte de su magisterio en España. La misma temática se repetiría en las conferencias que ofreció Gaos en La Habana y en aquellas que dictó en México en 1938 y que se recogieron en el volumen *Dos ideas de la filosofía*. Por su parte, la propuesta de componer un libro en que vida y filosofía aparecieran entreveradas en una contribución a la disciplina fue rastreada por Aurelia Valero hasta la temprana fecha de 1935 (Valero, 2015: 127); se encuentra referida en una curiosa “Nota necrológica sobre los motivos de un libro”, redactada, según el fechado, durante el cumpleaños número 35 del joven filósofo, el 26 de diciembre, y está ahora publicada en el segundo tomo de sus *Escritos españoles*. La nota se vale de la ficción de un testamento para numerar las intenciones por las cuales un simuladamente fallecido José Gaos habría considerado, sin rehuir a la paradoja, arremeter contra “la esterilidad y parálisis” de la filosofía mediante el plan de publicación de un libro en que, según pretendía, “resumo con mi filosofía mi vida” (2018: 1350).

¹¹¹ AJG, fondo 1, carpeta 101, f. 20300v.

¹¹² AJG, fondo 1, carpeta 101, f. 20286.

¹¹³ “En rigor no separo *la* vocación de *mi* vocación: ésta queda subsumida en aquélla: *la fenomenología resulta la generalización del ejemplar absorbente de éste: [i]la generalización, la forma, absorbente del caso!*” (AJG, fondo 1, carpeta 101, f. 20293; sobre la particular interpretación gaosiana de la fenomenología véase Zirión Quijano, 2003).

“prosopopeya del filósofo”,¹¹⁴ Gaos decide exponer su relación particular con la filosofía como disciplina y como vocación, pero también, al percatarse de que su “individualización del tipo es obra de las otras”,¹¹⁵ detallar “aquellas especificaciones e individuaciones” que fuera conociendo “durante la composición del libro”, así como las que habían informado profesionalmente su vida en el pasado.¹¹⁶ Consideraciones como esta terminan por ensanchar las fronteras del proyecto y por multiplicar sus ramificaciones: se sumaban nuevas lecturas a la investigación, se acentuaba la necesidad de precisar minuciosamente la propia experiencia, se hacía patente la exigencia de dar con una tipología del encuentro con la filosofía que englobara todos aquellos casos singulares, y, además, se enfatizaba el cuestionamiento sobre la forma nítida y coherente de consignar esta red de relaciones en la obra.

Como era de esperar, las fricciones no tardaron en manifestarse. Sin mucha demora, aquel imperativo de escribir la obra en conformidad con “la espontánea articulación de las ideas” empieza a erosionarse bajo el peso de cadenas enteras de incertidumbres: ¿era la escritura ocasional la mejor forma de exponer a los lectores la relación entre el análisis personalista de la propia coyuntura, el estudio de la filosofía “en su realidad histórico literaria” y la detección de caracteres universales del quehacer filosófico, o se trataba únicamente de un estadio del proceso que debería ser completamente depurado durante la edición?, ¿cuáles eran los rasgos vinculantes de este “tipo de vida humana”?, ¿debían definirse y discutirse estos rasgos antes de comenzar un recuento de su pasado, ser aclarados sobre la marcha de la redacción o ser redondeados al finalizar el trabajo? Y todavía más: aun después de convencerse de haber dado con alguno de estos rasgos generales, la miríada de dudas no deja de multiplicarse. Así, incluso tras asegurar que la *soberbia* es uno de los rasgos universales de la experiencia del filósofo —idea que, por lo demás, Gaos ya había expresado en conferencias y trabajos previos—, la buena marcha del proyecto seguía en riesgo, ahora debido a vacilaciones de índole distinta. Si en un primer momento el análisis retrospectivo y en marcha de su trayectoria como profesional de la filosofía no parecía tener otra complicación que encontrar los puntos de inflexión más relevantes para una discusión

¹¹⁴ Por “prosopopeya del filósofo” Gaos entendía una “descripción de la personalidad del filósofo” que lograra desenmascarar lo propio de su tipo (Gaos, 2003: 59).

¹¹⁵ AJG, fondo 1, carpeta 101, f. 20291v

¹¹⁶ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20291.

general del “tipo” del filósofo, más o menos a mitad del proyecto, al preguntarse “qué hechos y rasgos en mi vida y de mi personalidad me parecen de soberbia”, el filósofo consigna inmediatamente una duda profunda: “Quizá no recuerdo ya aquello. Quizá atribuyo a aquello el contenido de experiencias más recientes”.¹¹⁷ Y la misma cautela respecto a las verdaderas posibilidades de la memoria para su investigación se reproduce más adelante, bajo un recelo todavía más contundente:

Hay, no sólo “opiniones recibidas”, sino “recuerdos recibidos”. En ocasiones en que no nos interesa la verdad puntual de los recuerdos, surgen éstos, imprecisos, parcialmente falsos. Y estos recuerdos se repiten y acaban por fijarse, esto es, por repetirse en la misma forma, con las iniciales imprecisiones y falsedades. Y las imágenes fijadas, cuando más tarde se quiere recordar con verdad puntual, impiden el recuerdo verdadero y puntual.¹¹⁸

A tal grado llegan a cuestionarse los pilares del proyecto que el 29 de marzo, tras haber dedicado ya más de trescientas cuartillas al tema y haber repetido hasta el cansancio que “no tengo otra filosofía [...] que la idea que tengo de lo que la filosofía ha sido y es aún para mí”, Gaos interrumpe este acordado punto de arranque de su obra con una acotación inusitada: “—si es que esta idea es filosofía”.¹¹⁹ Y esa no había sido ni sería la única ocasión en que el pensador se referiría a esta crucial base de su proyecto en un titubeo condicional. Aunque estas acotaciones son esporádicas y no necesariamente imprimen consecuencias de peso en las anotaciones siguientes, son ilustrativas del espíritu a la vez obstinado y vacilante con que este texto es acometido. Por un lado, las ideas clave (y también las propuestas más bien secundarias) que sustentan su redacción se encuentran constantemente reiteradas, desarrolladas y ampliadas; por otro, es frecuente que se vuelva a estas ideas para reencaminarlas, objetarlas o discutirlos. De ahí que no resulte sorprendente que ni siquiera los conceptos fundamentales y los acuerdos más tempranos que exhibe este manuscrito escapen a los cuestionamientos y a los cambios.

Del mismo modo que las posibilidades de la memoria y el estatuto filosófico de la propia experiencia profesional llegan a ponerse en tela de juicio, la vinculación de la obra con el diario es constantemente revaluada y reinterpretada. Si bien en un primer momento el filósofo admite que “‘diario’ es [...] todo libro [que] va ‘componiéndose’ en [el] curso de

¹¹⁷ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20120.

¹¹⁸ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20150.

¹¹⁹ AJG, fondo 1, carpeta 101, f. 20290

días”¹²⁰ y que su proyección en el tiempo y en el desenvolvimiento de la propia trayectoria convierte al gran diario ideal, continuado con constancia, en “*el libro único, entero, de la vida de un autor*”,¹²¹ las opiniones sobre los contenidos que configurarían tal documento oscilan entre dos posibles interpretaciones, que a su vez podrían implicar dos distintas concepciones o caras de la relación entre autobiografía y filosofía.

La primera de ellas se expresa mediante una equivalencia simple: “todos los ‘libros’ = ‘diarios’”. La afirmación se refiere al hecho de que las ideas y los procesos de escritura se encuentran necesariamente anclados a una experiencia personal concreta. Gaos considera que todos los productos de escritura que terminan publicados como libros son ideados, redactados, ajustados y continuados *al correr de los días* durante el periodo de su composición, aunque nos cuesta verlos como “diarios” porque “no se publican los libros enteros, completos, sólo se publican [...] las refundiciones perfectas, ‘finales’”.¹²² La inclinación por los productos editados y depurados llega a opacar su relación con las experiencias personales que los moldearon o con las cuales dialogaron. De ahí que, aunque argumente que todas las obras de filosofía, independientemente del grado de abstracción de su contenido, son autobiográficas, se incline por dejar asentado el desenvolvimiento “diarístico” de su trabajo en las *Jornadas*. Para remarcar el modo en que el fondo coyuntural de las ideas se ve específicamente reflejado en la redacción progresiva y necesariamente ocasional que implica la confección de todo libro y, en particular, en la composición de *su libro*, decide desplegar las rutas de su pensamiento y su proceso de escritura mediante un método de redacción circunstancial, serial y fechado. El contenido de este peculiar diario no sería sino el mismo de su trabajo de investigación, pensamiento y escritura, pero desdoblado en sus ocurrencias sucesivas.

Sin embargo, existe también una segunda interpretación, más cercana a la noción tradicional del género diarístico, que sale a relucir cuando la reducción del concepto del diario a aquel método de trabajo comienza a cuestionarse por ser insuficiente. El 12 de enero, en un arranque de escritura francamente apasionado, el filósofo evalúa los esfuerzos que hasta

¹²⁰ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20018.

¹²¹ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20019.

¹²² AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20019.

entonces había llevado a cabo.¹²³ El diagnóstico se dirige directamente y en segunda persona a su diario, al cual personifica y califica como un “monstruo” con vida propia: “Ciertamente”, expresa benevolente, “vas muy bien. En ti he recuperado la facilidad y el buen estilo, y qué de cosas he alumbrado contigo”.¹²⁴ Sin embargo, los elogios duran poco. Primero reclama al documento personificado que “tú no recoges toda mi vida intelectual, como quiero, como deberías”, puesto que la supuesta espontaneidad de su método de apuntación no es tan confiable: las ocurrencias proliferan a una velocidad que la redacción no puede seguir sin introducir, por su parte, modificaciones e incitar nuevas ideas.¹²⁵ Después, Gaos expresa otro reproche:

la verdad es que [...] hasta ahora no expresas más que [la] vida en la abstracción del horizonte de los libros [...]. Porque a ti te falta expresar el resto, el fondo, el fundamento de la vida. ¿Es que yo he vuelto a no vivir más vida que la vida abstracta en el horizonte de libros? Pero si yo nunca he vivido sola esta vida abstracta [...]. En todo caso, tienes que expresar la tensión estática, [i]hasta que rompa en movimiento violento!, la tensión antagónica, esto es, el drama, que hay además: en medio de la abstracción intelectual y por debajo, en el fondo.¹²⁶

A pesar de que, mediante arranques de escritura extática y dinámica como el arriba citado, Gaos cree haber dado ya con “el estilo que aún hacía falta... y que ya está aquí [...], en la madurez de la vida”, advierte también, en una no tan efusiva nota aclaratoria, que “para recuperar el tiempo perdido, el tiempo de la juventud” y poder comenzar propiamente un nuevo ciclo de “*las edades de la vida*” todavía “es menester que lo escrito pase a expresar también la vida subintelectual”.¹²⁷ A explorar y registrar desde sí mismo la vida actual más allá de la abstracción de las letras dedicará esfuerzos enérgicos durante toda la segunda mitad del mes de enero y buena parte de las semanas siguientes, ya que, según admite, su propósito de compaginar el libro con la vida no podía reducirse a “*vivir sobre libros y memorias*”, sino

¹²³ A pesar de que la fecha de inicio del manuscrito estuviera a menos de una semana de distancia, para el 12 de enero Gaos ya había escrito 72 cuartillas, según su propia enumeración de los folios; es decir, en apenas 5 días, ya había redactado casi un cuarto del volumen total del proyecto hoy conservado. Tanto la dimensión como la frecuencia de la escritura irán decreciendo paulatinamente hasta llegar a un claro estancamiento en la segunda mitad del año, donde hay meses enteros sin apuntación alguna y otros con notas muy escasas.

¹²⁴ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20042.

¹²⁵ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20043.

¹²⁶ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20042-20043.

¹²⁷ AJG, fondo 1, carpeta 100, ff. 20044-20044v.

que exigía más específicamente “hacer *sobre la vida* un libro”.¹²⁸ Aun cuando no se proporciona una definición precisa del contenido buscado, las planeaciones y los asuntos abordados en las anotaciones que rodean esta exigencia referencial permiten conjeturar que esta vez se trata de “retratos” de la vida en un sentido mucho más mimético: los recuentos inmediatos sobre experiencias amorosas, las reflexiones sobre las costumbres cotidianas y las composiciones artísticas de corte sentimental comienzan a proliferar.

Aunque la enigmática exigencia de contar el “drama” de la vida a partir del diario no fuera necesariamente opuesta al trabajo de composición de la obra dentro de sus márgenes, es a partir de la introducción de este tipo de resoluciones que ambas metas empiezan a disociarse. Pronto comienzan a recolectarse indicios explícitos de la distinción entre un intitulado “Diario” y la anhelada composición de las *Jornadas*: “Se me ha ocurrido celebrar el arribo a la página 100 numerada, del texto —del *Diario*: empezando en 101 el tema de *La vocación en general*, entrando definitivamente en la redacción de las *Jornadas*”.¹²⁹ Y no solamente las evaluaciones del conjunto del texto comienzan a manifestar la necesidad de considerar la anotación de ocurrencias, vivencias y planes como un producto paralelo pero no plenamente integrado con la redacción de la obra, sino que las mismas anotaciones empiezan a exponer distintos recursos que enfatizan la separación. A partir de la segunda mitad de enero, por ejemplo, es evidente una cierta multiplicación de subtítulos que anuncian el contenido de las anotaciones —muchas veces radicalmente alejado de los temas que contemplaban los índices proyectados de la obra— y contribuyen a trazar ciertas fronteras;¹³⁰ lo mismo ocurre con la admitida tendencia de Gaos “a expresar determinadas líneas de temas

¹²⁸ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20074.

¹²⁹ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20068.

¹³⁰ Por ejemplo, después del subtítulo “Balance y presupuesto de Diario y trabajo”, registrado el 14 de enero (AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20072), puede notarse cómo este tipo de encabezados se multiplican, con casos como “El diario y los libros” (f. 20073), “El libro y la vida” (f. 20074), “La innombrable”, “Autobiografía y filosofía” (f. 20075), “Para la introducción a La soberbia”, “Para la Introducción histórica a la filosofía” (f. 20076), “*La métaphore poétique et la philosophique*”, “El Diario. Lenguas y temas” (f. 20077), “El dolor moral”, “Sobre el poliglotismo”, “Sobre la adolescencia. Mientras gimnasia y ducha” (f. 20078), “Durante la comida” (f. 20078), “Mientras ‘dormía’ la siesta. Dáimones”, “Lema para el Diario” (f. 20079), entre muchos más. En este recorrido puede observarse la cantidad de subtítulos que Gaos comienza a establecer en este periodo, a veces más de tres en una misma cuartilla. Igualmente, puede verse cómo mediante estos pretende establecerse una división temática precisa entre los apartados que abarca cada uno.

en determinadas lenguas”¹³¹ (figura 2.3). Los eventuales autoanálisis amorosos y los “poemas en prosa”, que el filósofo relaciona fundamentalmente con aquel buscado “drama” de la vida y con la carnalidad de la expresión perdida de su juventud, acuden en varias ocasiones al francés para su consolidación. Por su parte, aquellos temas que sí coinciden con la discusión sobre la historia personal de su vocación, la prosopopeya del filósofo y, en general, la definición de la filosofía, es decir, los grandes temas que reservaba para publicar en su obra, se reproducen, cada vez con mayor ahínco, en párrafos tachados y asiduamente recomenzados y modificados. Es a partir de estos indicios de desintegración del manuscrito que el inicial coqueteo con la idea de proporcionar a los lectores el desarrollo sucesivo —editado, pero exhaustivo y hasta fechado— de su proceso de composición empieza a verse reemplazado por la posibilidad de llevar a la imprenta un texto de organización no cronológica sino arquitectónica, es decir, un escrito cuyos contenidos estuvieran divididos, vinculados, acotados y concluidos de forma sistemática, aunque este libro final no fuera sino el subproducto depurado de un ejercicio de composición abiertamente circunstancial.

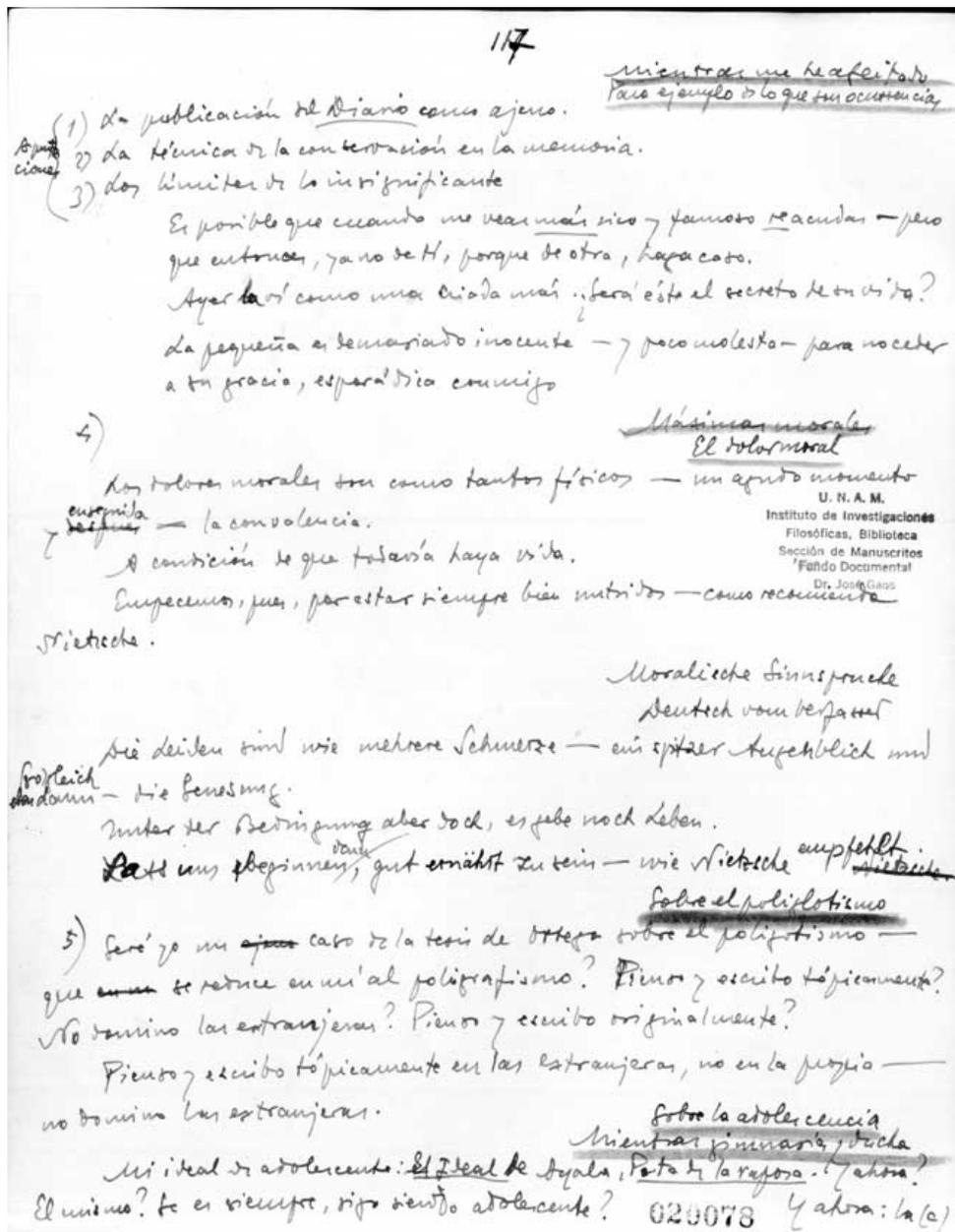
Pese a que la complicada geografía del documento indica una fragmentación cada vez más pronunciada, ciertamente está lejos de consumarse una disociación total. Ello se debe en parte a que los sucesos amorosos y los variados incidentes a los que Gaos reserva un segmento importante de lo que empieza a designar como su “Diario” a menudo se compaginan con las iluminaciones y los movimientos de los contenidos específicos para las *Jornadas*; pero en parte también responde a que el filósofo no deja de cruzar ambiciones y métodos entre ellos, ni siquiera cuando los temas que supuestamente conformarían cada uno de estos escritos hubieran sido separados por barreras textuales o lingüísticas como los subtítulos y las fluctuaciones de idioma arriba aludidos. “Es notable”, reconoce en algún punto, que “el horror de la vida en la abstracción, por amor del amor, me ha traído, a través del amor, otra vez a la vida en la abstracción”.¹³² Esta transición de la caza de vivencias sentimentales al trabajo intelectual de escritorio, no obstante, tampoco implicaba reconocer o alentar un recogimiento absoluto en ningún aséptico mundo de las ideas. Gaos propone, más bien,

¹³¹ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20077.

¹³² AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20138.

moverse “con arreglo al lema: la vida intelectual, en y para la concreta”,¹³³ renovando así la asociación de la filosofía y la vida en un círculo práctico.

Figura 2.3. Página de las *Jornadas filosóficas* con subtítulos y contenido en distintas lenguas



Fuente: AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20078.

¹³³ AJG, fondo 1, carpeta 101, f. 20212.

Finalmente, lo que prevalece en el documento es una combinación de los dos modelos expuestos, unidos —y cuestionados— en un mismo despliegue cronológico: por un lado, jamás se abandona el método circunstancial y fechado de redacción de la obra, incluso cuando empieza a volverse palpable la intención de componer unas *Jornadas* organizadas en un libro (o varios) más bien análogo a los monumentales precedentes filosóficos, los grandes libros-sistemas de la filosofía occidental; pero, por otro lado, aquel producto de las jornadas de trabajo se compagina, responde y dialoga eventualmente con ocurrencias variadas, exámenes sentimentales del presente y recuentos de experiencias cotidianas, incluyendo aquellos referentes al proceso mismo (dudas, planes, reacciones, frustraciones) de redacción de la obra, que integran lo que Gaos denomina “Diario”.

Con todo, no por incluirse en un mismo cuerpo de escritura progresiva el proyecto marchaba como Gaos pretendía. Las observaciones de sí, de sus planes y de su trabajo no escaseaban y, sin embargo, la refundición final que el filósofo tenía pensado dar a la imprenta no daba señales suficientes de desarrollo. Lo que en un principio eran indicios de separación de contenidos o propósitos rápidamente pasa a expresarse como fastidio. Para fines de enero Gaos ya coloca entre sus decepciones “el avance del *Diario*, el escaso de las *Jornadas* y, en el curso de éstas, las complicaciones”.¹³⁴ Y aunque el balance de aquel mes se redondea en una cierta complacencia, el filósofo no deja de mostrar su especial interés en el aspecto particular de su manuscrito que parecía demandar más trabajo: “Los meses que vienen ratificaré mi satisfacción, si hago avanzar sobre todo LA OBRA”.¹³⁵ La satisfacción, no obstante, parece cada vez más alejada. Incluso después de que decide concentrarse “en los temas capitales en avance y ensanchamiento, a costa de las *ocurrencias*”,¹³⁶ y, en consecuencia, limitar de forma consciente —aunque, de hecho, no se eliminan por completo— las anotaciones experienciales o de pensamiento que no tuvieran relación temática directa con los índices de su libro, Gaos sigue considerando “los trabajos decisivos como incapaces de avanzar”.¹³⁷

Ciertamente, reconocía que su vida reducida al trabajo y a las letras “es antihigiénica. Es de una limitación, de una abstracción brutal y contraproducente, incluso

¹³⁴ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20152v.

¹³⁵ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20154.

¹³⁶ AJG, fondo 1, carpeta 101, f. 20155.

¹³⁷ AJG, fondo 1, carpeta 101, f. 20177.

intelectualmente”,¹³⁸ de manera que sus planes de escritura eran constantemente analizados y replanteados para ajustarse a otros aspectos de la experiencia. Esto implicaba una cierta desviación de los programas estrictamente relacionados con el progreso del libro; desviación que, además, se complicaba por la exhaustiva demanda de trabajo que aquella misma insatisfactoria vida intelectual le exigía llevar a cabo en conjunción con el resto de sus planes. Ni siquiera la inicial intención de articular las reflexiones de su obra con aquellas de sus cursos parece haber paliado la extenuación que provocaban sus deberes. Significativamente, el 1° de mayo, día del trabajo, Gaos escribió una carta a Alfonso Reyes para explicar el retraso en la composición de las *Jornadas*, en la que declara lo siguiente:

Las pruebas se apilan sobre esta mesa, a la disposición visual de ustedes. A la disposición editorial no las pongo todavía, porque el número de clases dadas, relativamente pequeño, no me ha permitido despachar ni siquiera el primero de los tres o cuatro temas; la preparación de los cursos me resulta tan acaparadora como el año pasado, y la de los cursillos de conferencias, tan seguidos como el dado en febrero, el inminente de mayo y el inmediato de junio, han interrumpido y vuelven a interrumpir los trabajos (Gaos, 1999: 74).

Algunas noticias de estos cursos y conferencias, así como los detalles de algunas revisiones de traducciones lograron colarse entre las hojas del manuscrito. Aunque su aparición es esporádica y parcial, reflejan el gran volumen de trabajo que el filósofo debía repartir entre ellos y el ejercicio de composición de su libro.

Además, por si fuera poco, estos trabajos específicos de composición estaban en constante actualización. La curiosa mezcla de historia personal, historia de la literatura y de la filosofía, análisis de la vida contemporánea y estudio fenomenológico de la filosofía no deja de someterse a nuevas pruebas, dudas y adiciones, a tal grado que puede decirse que pocos documentos muestran como este extenso manuscrito la irónica observación de Terry Eagleton sobre “la exasperante costumbre” que tienen los filósofos “de analizar preguntas en lugar de responderlas” (2008: 13). La eterna planeación de la obra se ramifica en indagaciones sobre las partes constitutivas del libro (título, portada, introducción, etc.), sobre sus implicaciones hermenéuticas y sobre el mejor método para llevarlas a buen puerto; la pregunta específica por la filosofía desemboca en un extenso análisis sobre las expresiones interrogativas y sobre la expresión en general; las determinaciones estilísticas y de

¹³⁸ AJG, fondo 1, carpeta 101, f. 20178.

composición se dilatan entre continuos balances y reajustes. Aunque al menos a partir de febrero Gaos expresa cada vez con mayor insistencia la necesidad de acometer la redacción sin perderse en los detalles preliminares, lo cierto es que a estos detalles sigue dedicando la mayor atención en las cada vez más escasas, dispersas y desorganizadas notas que recoge el documento. A lo largo de los meses siguientes las motivaciones monetarias y profesionales que impulsaban el proyecto siguen expresándose con fuerza, pero la insatisfacción parece ya haber alcanzado un punto de no retorno: “La cuestión es”, señala el filósofo, con fatiga, en una de las últimas páginas del documento, “sin más preámbulos ni reflexiones sobre el contenido del libro, ponerse a desarrollar este contenido”; y añade, pesaroso: “Sea lo que sea”.¹³⁹ Pocos intentos después, el manuscrito es abandonado.

La vida en obra o la verdad performativa

El accidentado paso de una fluida asociación del diario con la obra a la experimentación derrotada de sus asperezas aparentemente confirma la idea de Blanchot sobre el doble fracaso en que se funda la tensión y la gravedad del diario: en el afán de seguir de cerca los movimientos de su propia experiencia y fundar su legado a partir de la letra, pareciera que el diarista no puede sino encontrarse con la frustración de que “finalmente, pues, ni se ha vivido, ni se ha escrito” (1969: 210). Si el éxito de este proyecto debía juzgarse en una propuesta filosófica consumada y original, en un producto terminado llevado a la imprenta y en una publicación reconocida por colegas y lectores, las páginas de las *Jornadas*, incluso siendo tan copiosas, no semejan sino la trayectoria estéril de un fracaso. El agotamiento, las evaluaciones sombrías y los confusos pronósticos que muestran las anotaciones en los últimos meses parecen alinear la desilusión de Gaos con aquella de quienes, como Amiel o Woolf, ven en la escritura accesible y sucesiva del diario un impulso para echar a andar la pluma, sin que sus potencialidades necesariamente beneficien la cimentación de la obra. Del proyecto quedan los planes, las propuestas, las discusiones y los arreglos, pero no el libro ambicionado.

En el último gran balance del manuscrito, que es en realidad un balance de su vida, el mismo Gaos admite, abatido, que “las notas éstas” debían continuarse ya “sin pena ni gloria

¹³⁹ AJG, fondo 1, carpeta 101, f. 20315v.

[...] porque ésta ha sido mi vida hasta hoy: trabajando sin pena, realmente, pero sin gloria también”.¹⁴⁰ Después, clausura sus páginas con una nota amarga: “La vida se disiparía, sin la presión de la muerte. Y se condensa y rezuma en el grado en que presiona ésta”.¹⁴¹ A pesar de que este cierre de alguna manera evoca el epígrafe que precedía el proyecto —“Calma para todo, prisa para la obra”—, ambas alusiones al apremio parecen tan alejadas como su ubicación en el manuscrito: en un extremo, la prisa inaugural, inspiradora; en el otro, la evaluación presionada de un producto no consumado. Finalmente, pues, ni obra original que sellara su nombre en la historia de la filosofía, ni volumen publicado que testificara ante sus contemporáneos su realización profesional.

Pero tal lectura únicamente toma en cuenta una cara del proyecto. Aunque es cierto que entre las páginas de este documento no encontramos la obra monumental que Gaos buscaba llevar a la imprenta, no sería justo afirmar que se trata simplemente de apuntes infructuosos y sin consecuencias en la trayectoria intelectual y vital de su autor. De hecho, desde un enfoque retrospectivo, podría argumentarse que el ejercicio de las *Jornadas* marcó el camino de obras posteriores. Como advierte Salmerón, las tesis esenciales de este proyecto no fueron abandonadas junto con el manuscrito, sino que siguieron trabajándose y lograron finalmente consumarse en las grandes publicaciones de Gaos a partir de 1958 (Salmerón, 2000: 112-113): el relato personal de las ideas que se presenta en las *Confesiones profesionales*, el examen histórico de la filosofía y de la literatura que alentó la composición de la *Historia de nuestra idea del mundo*, la reflexión sobre el fondo antropológico, sobre la naturaleza de las expresiones y sobre el ser de la filosofía que se expone en *Del hombre* y *De la filosofía*, todas estas ideas ya estaban esbozadas durante la redacción de las *Jornadas* en 1940. Considerando la profunda significación que Gaos asignó a estas cuestiones, a pesar de no haberlas incluido sino de forma mucho más resuelta en obras posteriores, no es descabellado considerar este cuerpo de anotaciones como lo que Eduardo Mendieta, siguiendo la pista de un concepto de Schopenhauer, ha denominado *paralipomena*.

Paralipomena designa aquellas cosas que fueron excluidas, suprimidas, editadas, censuradas y bloqueadas, pero que, sin embargo, eran esenciales a la producción de la filosofía. Los paralipomena de la filosofía son aquellos textos que no son ni suplementarios ni prescindibles,

¹⁴⁰ AJG, fondo 1, carpeta 101, f. 20329.

¹⁴¹ AJG, fondo 1, carpeta 101, f. 20329v.

sino más bien condicionantes, determinantes, fundacionales y aun así excluidos de la propia fisionomía de un cuerpo de pensamiento, de una forma de pensar (2014: 415).¹⁴²

A pesar de que las *Jornadas* contienen notas relevantes sobre los temas que finalmente marcaron su obra publicada, Gaos decidió no darlas a la imprenta. Y esta decisión resulta también significativa. Como señala Mendieta, “la exclusión y censura de los paralipomena de la filosofía es constitutiva de cómo la filosofía autoriza y desautoriza su estilización soberana y muscular como la voz de la razón y la forma del pensamiento” (2014: 415).¹⁴³ La eventual inclinación del filósofo hacia la presentación del vínculo entre vida y pensamiento en tratados sistemáticos separados y en una autobiografía retrospectiva y lineal en forma y contenido —que, además, no incluye mayores cuestionamientos sobre la veracidad de la memoria— es quizá el resultado de las dificultades que experimentó durante la redacción de las *Jornadas*; con mucha probabilidad, igualmente responden a la evaluación severa a la que sabía —por haberlo observado en las críticas a su maestro Ortega, entre otros casos— que podría someterse de no presentar una filosofía plenamente desarrollada, consecuente y definitiva. Y es que, aunque ni los grandes modelos de la escritura sistemática (los tratados del pensamiento ilustrado, por ejemplo) pudieron haberse escrito sino mediante “el uso de materiales y formas que permitieran que lo provisional, lo desconocido, el cambio de opinión fuesen acogidos [...] como parte del proceso de la escritura misma” (Clayton, 2004: 183), lo cierto es que han llegado a nosotros como productos más que como procesos. En cambio, al haberse enfocado en seguir la pista cronológica de su proyecto, Gaos se había encontrado con una de las más claras consecuencias de la escritura calendárica, de los diarios y de otros textos que la adoptan: “estos son registros de un proceso de vida más que narrativas terminadas sobre esta” [they are records of a life process rather than finished narratives about life] (Rak, 2009: 20). La decisión de desdoblar sucesivamente los cambios, los errores y las iluminaciones, si bien podía ser un excelente método para registrar minuciosamente el

¹⁴² “*Paralipomena* names those things that were excluded, excised, edited, censored, and blocked out but which were nevertheless essential to the production of philosophy. The paralipomena of philosophy are those texts that are neither supplemental nor dispensable but, rather, conditioning, determining, foundational, and yet, excluded from the very physiognomy of a body of thought, of a way of thinking” (Mendieta, 2014: 415).

¹⁴³ “the exclusion and censure of philosophy’s paralipomena is constitutive of how philosophy both authorizes and deauthorizes its sovereign and muscular stylization as the voice of reason and thought’s shape” (*Ibid.*).

devenir del proyecto, no ofrece las mismas bondades para revelar únicamente consecuencias limpias o conclusiones cerradas.

De cualquier manera, incluso entre los cambios de parecer que pueblan este proyecto que no alcanzó la publicación, puede observarse ya una discusión performativa tanto de ideas filosóficas cruciales en el pensamiento gaosiano como sobre lo que significa hacer filosofía y ser un filósofo. En aquel afán de seguir minuciosamente las peripecias de una vocación, de dar con la tipología del filósofo soberbio, de abordar con tenacidad la pregunta por la definición de la filosofía, ¿no estaba Gaos, finalmente, poniendo en marcha los propios resortes de su vocación, de su soberbia, de su propio filosofar? Él mismo llega a apuntar en esta dirección cuando relaciona la causa más robusta de su vocación con la ejecución del proyecto que se encontraba en sus manos:

Si yo no hubiera sido en la edad en que me encontré con la filosofía un soberbio, no habría experimentado la inclinación que experimenté por ella. Si no hubiera seguido siéndolo, quizá no habría persistido en ejercer la profesión de profesor de filosofía. Si no siguiera siéndolo ahora, no habría emprendido la composición y publicación de esta obra por algunos de los motivos por los que lo he hecho...¹⁴⁴

Si, como había afirmado años antes, “la filosofía ha de consistir en escribir —y [...] mi filosofía ha de consistir en lo que yo voy a escribir” (Gaos, 2018: 1373), el demandante ejercicio de escritura que representó ese proyecto puede interpretarse como la puesta en marcha efectiva del propio pensamiento y como una operación transformadora de sí en cuanto profesional de la filosofía. En otras palabras, en la práctica implicada por la composición de las *Jornadas* puede verse una forma de *ejercer* la filosofía y de *ejercitarse* en ella. De forma similar a lo que identificó Erich Auerbach en los ensayos de Montaigne, al adoptar un método de trabajo “en apariencia tan caprichoso y carente de plan, que se pliega flexiblemente a las mudanzas de su ser”, Gaos había dado con un “método experimental estricto”. Mediante este se mostraba que él mismo “es un ser oscilante, sujeto a las variaciones del ambiente, del destino y de sus propios movimientos interiores” (Auerbach, 2014: 270), pero también que su propio trabajo y su propio pensamiento son entidades en construcción, en movimiento, en perfeccionamiento continuos.

¹⁴⁴ AJG, fondo 1, carpeta 100, ff. 20119-20120

Cabe, pues, complementar la interpretación de esta compleja composición de tiempo perdido no simplemente aduciendo las ausencias que su búsqueda dejó expuestas, sino lo que sus pasos tuvieron de efectivo desarrollo. Si bien hay múltiples indicios de que este trabajo influyó en la obra publicada de Gaos, quizá más importante que el posible germen de las ideas cultivadas en un futuro es la discusión abierta, arriesgada y dispuesta al perfeccionamiento de cuestiones decisivas. Del optimismo por la presentación fragmentaria y secuencial de las ideas a la crítica de su esparcimiento; de la afirmación de la relevancia filosófica de ciertos episodios de la propia vida a su reinterpretación; del puesto clave de la memoria para la investigación intelectual a su cuestionamiento; de las ambiciones por innovar el modelo propio del tratado filosófico a la reconsideración tácita de este modelo como deseable; de la concepción abierta de obra filosófica como producto en proceso —como álbum que se ensambla espontáneamente en libro— a su concepción como producto plenamente concluido —como libro que se depura de las vacilaciones de su composición y las circunscribe a la privacidad—; todos estos devaneos ¿no son la viva muestra, no ya de una aspiración a la filosofía, sino de un ejercicio crucial para y de la misma? La mera alusión al fracaso de estos apuntes pasa por alto su papel determinante para los libros futuros, pero, sobre todo, lo que tuvieron de ejercicio, de ensayo y de experimentación en sí mismos. Y es que, a diferencia de los cuerpos de certezas, de afirmaciones y consecuencias limpias, que suelen llegar a nosotros como tratados sistemáticos o autobiografías lineales, el método circunstancial elegido por Gaos para trabajar en este proyecto permite observar las derivaciones, errores y titubeos como parte sustancial de los procesos mismos de filosofar y de escribir. Exhibe, finalmente, en una dimensión práctica y temática, la fundamental idea gaosiana de que “la filosofía sólo es posible como la palabra radical en la concreción de las situaciones vitales” (Gaos, 2018: 1025).

Si, en lugar de considerar sus reticencias como una falla en relación con un deseado producto final, las tomamos como el desenvolvimiento vivo de este deseo, como el presente y el devenir de su realización, la redacción diarística, secuencial y en ocasiones ciertamente desorientada de este manuscrito resulta un objeto de inestimable valor para observar el proceso no lineal que puede acarrear la redacción de un libro tan ambicioso y los múltiples devaneos a los que con frecuencia están sujetas incluso las convicciones más supuestamente arraigadas de un pensador. Desde esta perspectiva, sería posible ver en la ruta trazada por

esta búsqueda, como en aquella del narrador proustiano o como en la discusión mallarmeana del Libro por venir (véase Blanchot, 1969: 257-258), las huellas de su propia resolución (o de su proceso para alcanzarla). Practicando la filosofía a través de su escritura y sometiendo a examen *día con día* sus ideas, su organización, sus expresiones y su estilo, Gaos terminó por mostrar de una forma extraordinariamente reveladora lo que él mismo estimaría más adelante como “el pensar del pensador, o [el] escribir del escritor”, cuya observación permite “presenciar [...] cómo el pensar las cosas, todas las cosas, es la manera, la ‘forma’ de vivirlas el primero, cómo el escribirlas, igualmente todas, es la forma de vivirlas el segundo” (1982: 85).

En este sentido, los caminos múltiples e intrincados de este proyecto en obra reflejan, en sus pormenores teóricos y en sus consecuencias prácticas, el drama vivo de una vocación. A la par que Gaos discute el ser de la filosofía, sus posibilidades de estilo y sus limitaciones, se enfrasca en un ejercicio intelectual y vital que, influido por los detalles teóricos de sus discusiones, tiene la pretensión de constituirlo a él como filósofo y a su escritura como filosofía. Desde esta perspectiva, los acuerdos, los cambios de rumbo en el proceso, las adiciones y las objeciones pueden interpretarse como ensayos vocacionales e, incluso, como la *puesta en obra* de una “tecnología del yo” de fondo profesional, una serie de operaciones —continuamente reencaminadas— mediante las cuales “actúa sobre sí mismo” para alcanzar la meta de ser un filósofo de éxito (véase Foucault, 1990: 48-49). En todo caso, como señala Miguel Morey acerca de las colecciones de notas, “ese funambulismo suyo entre la página en blanco y el *libro* por venir es como si el escritor nos apuntara alguna deriva mediante la cual volver a ser capaces de experiencia, como si nos devolviera un poco la vida” (2007: 357).

Así, a pesar de que la dilación permitida por su método de apuntación no logró dar una respuesta suficientemente expedita o contundente a las expectativas a que se sentía sujeto por su profesión, esta misma característica resulta, finalmente, una atractiva muestra de aquello que Gide, su reconocido primer modelo, consignó tantas veces en su propio diario: “¡Esos días tan largos en lucha con la obra!” (1963: 14). Y aunque las últimas evaluaciones del proyecto ya daban cuenta de que los propósitos estimados habían cambiado o, simplemente, no estaban alcanzando las resoluciones deseadas, hasta entonces Gaos no había dejado de notar que este arduo trabajo estaba también implicado, en cierta medida, en el proceso de

“aceptar definitivamente el destino, darle su plenitud definitivamente”.¹⁴⁵ Con la “presión de la muerte” sobre los hombros, siguió buscando un “éxito [que] no puede ser sino el de lo que soy, el filósofo”.¹⁴⁶ En la actitud persistente, si bien pesarosa, con que emprende la conformación sucesiva de su obra, de su pensar y de su ser filósofo, no dejó de mostrar performativamente una idea que, aunque presente en varios de sus proyectos posteriores, no era tan sencillo ilustrar en la autobiografía o en sus tratados sistemáticos: a saber, que “la verdad de cada momento es tan definitiva como él”.¹⁴⁷

¹⁴⁵ AJG, fondo 1, carpeta 101, f. 20329

¹⁴⁶ AJG, fondo 1, carpeta 100, f. 20154

¹⁴⁷ AJG, fondo 1, carpeta 101, f. 20270v.

3. DIARIO, DIETARIO Y AFORISMO. LA ESCRITURA ESPONTÁNEA

Hay realmente días en que no se aprende nada [...].

De ellos sería hoy, si no fuese por esta nota
—que estará aprendida el primer día igual a hoy.

JOSÉ GAOS

En un estudio panorámico sobre las posibilidades que el pensamiento encuentra en la escritura y en los cruces con la literatura, Georg Steiner advierte un contraste tan profundo que no duda en calificarlo como “verdaderamente metafísico”. “Están”, observa, “los constructores de sistemas, los arquitectos del cierre y los adictos a la totalidad como Aristóteles, Hegel o Comte”, cuyas composiciones y procedimientos se rigen por “la suposición de que hay un orden articulado en la realidad, la posibilidad de una ‘cartografía’ integral”. “Y están”, por otro lado, “los técnicos del rayo que cae, por decirlo así, desde la periferia”, aquellos cuyos trabajos se guían por “la percepción del carácter fracturado, posiblemente aleatorio, de lo fenoménico”; “el ‘rayo’”, repara el crítico, “es una contraseña metodológica tanto en Heráclito como en Nietzsche” (2012: 167). No obstante, aunque resulta tentador tomar esta dicotomía como una herramienta precisa para clasificar a todos los pensadores y a sus obras según su carácter, estilo, convicciones y aspiraciones, el mismo Steiner previene sobre los relieves particulares que la división adquiere en distintas épocas. Ciertamente, este eje de diferenciación no se comporta del mismo modo en los clásicos que en “el pulverizado contexto de la modernidad” (168). A ello tendría que añadirse la dificultad de clasificar los trabajos enteros de un pensador dentro de una sola casilla de este juego. Entre los intelectuales no faltan, por ejemplo, quienes, habiéndose comprometido visiblemente con uno de estos rubros, abandonan en la madurez las certezas de la juventud; quienes han publicado obras que difícilmente pueden circunscribirse a uno de ellos, y quienes, no sin reservas, se han ejercitado en ambos de forma simultánea.

En este aspecto, el caso de José Gaos es llamativo. Pese a haber mostrado inclinación por estructurar sistemáticamente su pensamiento y su obra —incluso después de haber experimentado con otros métodos—, con frecuencia expresaba que, para él, la experiencia del pensador no podía reducirse a las constricciones del texto armónicamente concertado, estructurado y doctrinal. “La vida intelectual”, declaró en una nota suelta de 1941, “se produce en ocurrencias e inspiraciones que se pierden si como tales no se recogen, cuantas no entran en la organización de obras *llevadas a cabo*”. Convencido, acompañó esta observación con el plan para redactar un “diario no diario o dietario intelectual”, en el cual buscaba acometer la “apuntación inmediata de lo surgente”, no con la intención de integrar las ideas en forma de obras ordenadas, conclusivas y completamente interconectadas, sino de recogerlas en un estilo “nervioso, rápido, certero” que correspondiera a la fugacidad de las situaciones de las que era inscripción.¹⁴⁸ De hecho, llevó asiduamente esta determinación a la práctica. Además de entregarse a la redacción plenamente articulada de libros, artículos y conferencias, dedicó también buena parte de su vida a recoger las ideas que, sin pertenecer al tejido organizado de aquellos productos, le parecían igualmente valiosas y decisivas.

La formulación de este particular “no diario” es posterior a los cuadernos que redactó durante la guerra en España y a su proyecto de *Jornadas filosóficas*, pero es posible observar que sus propósitos ya se encontraban de algún modo ensayados en aquellos documentos. Y, una vez abandonados, esta voluntad de registro seguiría expresándose y practicándose con especial dedicación en los pequeños cuadernos personales que llenó hasta poco antes de su muerte, conservados desde 2003 en el Fondo Cuatro del Archivo José Gaos (AJG).¹⁴⁹ Todos ellos, lo mismo que sus apuntes de guerra y, en distinta medida, sus *Jornadas*, se configuran como series de anotaciones fechadas y generalmente breves. Sus renglones se encuentran repletos de ocurrencias fortuitas, ideas escritas al vuelo y pensamientos aislados acerca de los

¹⁴⁸ AJG, fondo 2, carpeta 34, f. 35931, 26 de diciembre de 1941.

¹⁴⁹ Aunque en esta región del AJG hay cuadernos que abarcan desde 1936 hasta 1969 —año de la muerte del filósofo—, existe un periodo en el cual no contamos con registros de este tipo. Después de los cuadernos que redactó durante sus últimos años en España, existe una laguna de alrededor de un lustro. La siguiente anotación fechada de este fondo documental corresponde a finales de 1942; fue asentada dos años después de haberse abandonado el manuscrito de las *Jornadas filosóficas* y un año posterior a la propuesta de registrar sus “ocurrencias e inspiraciones”. Sin embargo, no puede descartarse la existencia fuera del AJG de otros documentos similares compuestos ya sea durante el periodo del que este fondo no presenta registros o bien de forma simultánea a otros cuadernos del acervo.

temas más diversos: desde cavilaciones abstractas sobre el inmanentismo hasta discusiones experimentales sobre el amor, desde repentinas inspiraciones para proyectos futuros hasta voraces autoevaluaciones y análisis de sí.

Sin embargo, a diferencia de los escritos más tempranos, la mayoría de los cuadernos redactados a partir de la década de los cuarenta exhiben las huellas de un nuevo propósito. Además de ser, como los cuadernos de guerra y las *Jornadas*, un registro puntual y espontáneo de las ideas —y antes que ser, como estas últimas, notas dirigidas a la composición novedosa de uno o varios libros en que se gestaran las bases de una filosofía—, esta otra sección de sus textos conjuga la redacción espontánea de ocurrencias con el anhelo, continuamente expresado por Gaos, de escribir “libros de filosofía y crítica en aforismos, como los de Nietzsche”.¹⁵⁰ Si bien esta intención no aparece enunciada como plan sino hasta 1957, lo cierto es que sus cuadernos personales correspondientes a la década de los cuarenta también han llegado a nosotros revestidos de huellas que apuntan hacia su reinterpretación como un espacio ya no solo de registro de notas espontáneas, sino también de cultivo de aforismos publicables. Tal aspiración queda plenamente demostrada en la aparición directa de algunos de los materiales ahí consignados en los borradores del *10%*, el primer libro de aforismos de Gaos, el cual, con su publicación, consumaría este proyecto de escritura en diciembre de 1957. A este, además, seguirían otras tres publicaciones donde el filósofo reunió como aforismos las anotaciones que día con día realizaba en sus cuadernos personales: *Cena de aforismos* (1959), que integra, además de textos de Gaos, otros más de la autoría de Edmundo O’Gorman, María Luisa Lacy, Justino Fernández y Gloria Cándano;¹⁵¹ *11%* (1959), constituido como una reedición ligeramente aumentada de los textos presentados en los dos libros anteriores, y *12%* (1962), también una reaparición de las publicaciones previas, con algunas añadiduras.

Así pues, en aquel primer libro de aforismos y en los que siguieron, sin romper con la fascinación por la escritura fragmentaria y circunstancial, y por los contenidos imprevistos y huidizos que esta puede recoger, el filósofo la encauza hacia una nueva ambición. Al disponer parte de sus apuntes cotidianos a la publicación bajo la categoría de aforismos, los enlaza con

¹⁵⁰ AJG, fondo 4, carpeta 5, 62684, 17 de septiembre de 1959.

¹⁵¹ Aunque la publicación de este libro por la editorial Alcancía está demostrada, en esta investigación no pudo darse con ejemplares del opúsculo en las bibliotecas ni en los archivos consultados.

una larga tradición de escritura intelectual breve y, a menudo, dispersa, que, a pesar de oponerse a los admirados sistemas de pensamiento arquitectónicamente estructurados, no deja de ser reconocida como un esfuerzo de relacionar lenguaje y verdad a través de la “densidad conceptual” (Varo Zafra, 2010: 312). De ahí que sea relevante explorar este conjunto de escritos personales y solo parcialmente publicados, en especial los dos cuadernos que abarcan de 1942 a 1957,¹⁵² así como los dos cuadernos en los que las anotaciones de estos se recuperan, se revaloran y se complementan durante 1958,¹⁵³ si se quiere abundar en las estrategias, los medios y los modelos a través de los cuales el filósofo canalizó su escritura y su pensamiento. Es nada menos que significativo el hecho de que, durante el mismo periodo en que preparaba la confección sistemática de un tratado como *De la filosofía*, Gaos cosechaba, en sus cuadernos personales, un copioso acervo de notas aisladas y heterogéneas, algunas de las cuales llegarían a extraerse para formar pequeñas colecciones de aforismos.

No obstante, a pesar de estar involucrados en la germinación de varias publicaciones, el valor intelectual de estos apuntes ocasionales no siempre ha sido reconocido. Aunque recientemente se han valorado como “una parte indispensable, como un tronco o una matriz” de su pensamiento (Valero Pie, 2019) y están próximos a incorporarse, en una edición amplia, en sus *Obras completas*, han sido excluidos del acervo virtual del AJG—si bien, hay que decirlo, junto con el resto de documentos que integran el Fondo Cuatro de esta colección— debido a su “carácter personal”.¹⁵⁴ E incluso cuando, dos décadas antes de entregar estos cuadernos al AJG, Vera Yamuni extrajo de ellos una pequeña muestra de notas para integrarla en la “Sección de la aforística inédita” del filósofo publicada en el volumen XII de sus *Obras completas*, no dejó de someter los textos a un intenso escrutinio, “arreglos” y vastas depuraciones (véase Yamuni Tabush, 1982: 23).¹⁵⁵ En ambos casos, pareciera que la plena

¹⁵² El primero de ellos, correspondiente al periodo 1942-1950, irónicamente, hoy en día se encuentra desencuadernado, aunque ha sido reunido con sus páginas en desorden y algunas adiciones de apuntes de la década de los sesenta (AJG, fondo 4, carpeta 2, ff.60590-60859). El segundo, encuadernado y en orden, abarca de 1952 a 1957 (AJG, fondo 4, carpeta 3, ff.60860-61157).

¹⁵³ AJG, fondo 4, carpeta 4, ff.61372-62182.

¹⁵⁴ [José Gaos \(unam.mx\)](http://unam.mx). Véase nota 4.

¹⁵⁵ La escasez de referencias a estos cuadernos antes de su inclusión en el Fondo Cuatro del AJG sugiere que, salvo por el caso de la propia Yamuni, eran documentos desconocidos —al menos en su mayoría— para los estudiosos y editores del pensamiento gaosiano. Así pues, antes de 2003 el acceso a su contenido estaba más bien mediado por la aparición de un reducido porcentaje de sus notas —y estas considerablemente

consideración de estos documentos como algo más que un anexo a la obra gaosiana se encuentra impedida por su misma condición coyuntural y, sobre todo, por la dificultad de distinguir entre sus páginas aquellos materiales que exhiben un digno “decoro mental o verbal” de aquellos que son más bien de “índole privada y hasta íntima” (Yamuni Tabush, 1982: 22-23). Al haberse escrito al son de las experiencias diarias del filósofo y mantenido en un parcial ocultamiento, las dudas sobre su clasificación e interpretación se complejizan. ¿Deben documentos como estos, redactados en relativo secreto, de forma irregular y con esporádicas referencias circunstanciales, ser leídos como una dimensión fundamental del pensamiento de su autor o como escritos estrictamente autobiográficos y privados? ¿Estaba Gaos desenvolviéndose en ellos como un “técnico del rayo que cae”, conjugando sus pretensiones sistemáticas con un ejercicio intelectual como el de un Nietzsche, o estaba realizando una introspección rigurosamente personal y ajena a las motivaciones técnicas?

Existen indicios de que el propio filósofo era consciente de la tensión en que se fundaban sus anotaciones cotidianas. A lo largo de los años, ensayó diversas denominaciones para este corpus y en estos vaivenes nominales se encuentra también expresada una indeterminación genérica que toca, justamente, la complejidad de estos textos. Aunque la denominación más común en ellos fue la de *diarios*, el mismo corpus también pasó por los nombres de *dietario*, *cuadernos generales*, *cuadernos de trabajo* y, finalmente, cuando una fracción de estas notas salió a la imprenta, lo hizo, según ya se ha mencionado, bajo la categoría de *aforística*. Si es verdad, como proponen los estudios retóricos y sociológicos de los géneros, que estas categorizaciones no refieren simplemente a formas, sino que pueden verse como “lugares en los que se construye el significado” [locations within which meaning is constructed], entonces las variantes con que Gaos se refirió a sus anotaciones no son simplemente caprichos nominales. Como veremos, ni la elección de las categorías ni la indecisión en que se encuentran son gratuitas. Si los géneros pueden actuar como “los lugares conocidos a los que acudimos para crear una acción comunicativa inteligible entre nosotros y [como] las guías que usamos para explorar lo desconocido” [the familiar places we go to create intelligible communicative action with each other and the guideposts we use to explore

intervenidas— en las publicaciones aforísticas del filósofo, ya editadas en vida, ya seleccionadas y entregadas a la imprenta de manera póstuma.

the unfamiliar] (Bazerman, 1997: 19), el examen de algunos de ellos en relación con los cuadernos personales de Gaos podría aportarnos elementos importantes para analizar las tensiones que los pueblan y que los mantienen entre la relegación al campo de lo privado y su apreciación como una parte valiosa de la obra intelectual.

La exploración de los géneros que el propio Gaos llegó a vincular con sus cuadernos y su confrontación con la compleja práctica de escritura que en ellos llevó a cabo tiene, además, el valor de resaltar y, posiblemente, cuestionar algunas de las nociones que más comúnmente se asocian a estas tipologías discursivas. Aunque los instrumentos de escritura que se dedican, como estos documentos, a un registro más bien espontáneo y circunstancial de ocurrencias, proyectos y análisis de la propia experiencia no siempre se contemplan como vías serias de labor intelectual o profesional, habría que decir, por ejemplo, que la presentación de estos como un *diario* o como una colección de *aforismos* despierta lecturas y valoraciones contrastantes. Mientras de uno se espera un repliegue a la intimidad, la introspección y el secreto, así como una menor relevancia intelectual, la otra se asocia con una reconocida tradición de escritura de ideas y publicaciones filosóficas. Ahí yace la relevancia del examen y la comparación de algunos de los géneros con los cuales Gaos vinculó sus escritos, a veces de forma simultánea. Por un lado, la observación de las tensiones y relaciones entre las distintas expectativas de contenido o comunicativas que despiertan el *diario*, el *dietario* y el *aforismo* puede ayudarnos a comprender mejor los intereses de esta escritura cotidiana del transterrado, así como sus posibles acercamientos o desvíos respecto a su labor de escritura filosófica. Por otro lado, el contraste entre estas asociaciones genéricas y lo ocurrido efectivamente en los cuadernos es capaz de resaltar los motivos que subyacen en tales expectativas y, en última instancia, ponerlas a prueba. De ahí que este capítulo tome como hilo conductor las asociaciones genéricas aludidas y su confrontación con lo hallado en los cuadernos de Gaos, primero, para discutir la validez o la utilidad de aplicar sobre ellos la común distinción entre los escritos —y géneros— de temática autorreferencial y los de contenido intelectual; después, en el mismo tenor, para discutir la pertinencia de la separación entre la escritura estrictamente privada y la dispuesta a publicación. Todo ello está encaminado a contemplar sus usos, contenidos y formas en su complejidad más amplia.

Finalmente, los matices y precisiones derivados de una revisión de este tipo podrían, además, complementar el retrato del Gaos filósofo, cuyo trabajo a menudo se pondera desde

la rigidez expresiva de obras-tratados tardíos como *Del hombre* y *De la filosofía* —que son, al mismo tiempo, sus libros más apreciados dentro del campo filosófico—. ¹⁵⁶ Tales obras están guiadas por un evidente afán de extrema precisión y monumentalidad, que contrasta con los medios, acciones y formatos imbricados en la escritura de los documentos que aquí se analizan. De ahí que un estudio de los usos, contenidos y asociaciones genéricas de estos cuadernos personales, si no se cierra de antemano —a partir, justamente, de la repetición abstracta y acrítica de definiciones tipológicas— a explorar su potencial intelectual, tendría la posibilidad de ilustrar otras formas en que Gaos puso la pluma al servicio de sus reflexiones y proyectos, distintas al anhelo sistemático que marcó sus grandes libros. Así, más allá del mero reconocimiento de su obsesión por dar con el estilo preciso para expresar sus ideas —obcecación notada acertadamente tanto por críticos como por discípulos (véase Uranga, 1977: 221; Valero Pie, 2015: 101)—, sería posible rastrear algunas de las estrategias con que esta preocupación fue enfrentada y encauzada por el filósofo en su quehacer cotidiano.

“Diario no diario o dietario intelectual”

Entre las distintas denominaciones que Gaos ensayó para el conjunto de sus cuadernos, destaca el ambiguo sintagma con que encabeza, en 1941, aquel plan suyo para capturar las ideas fortuitas. “Diario no diario o dietario intelectual” expresa en términos genéricos las reservas y las indeterminaciones sobre el lugar que este tipo de textos ocupa en los universos de la escritura intelectual y la autobiográfica. Más que una disyunción rotunda, la locución reproduce, en su apertura, tanto la utilidad como la polémica de una distinción genérica fundamentada, precisamente, en el contraste entre la escritura personal, privada y autorreflexiva, y aquella atravesada por recursos, propósitos externos y miradas puestas hacia afuera.

¹⁵⁶ Sobre el segundo, por ejemplo, escribió Luis Villoro que era “el libro más logrado de José Gaos” (Villoro, 1964: 307). Por su parte, José Luis L. Aranguren observó que “hasta esta obra Gaos había sido, yo diría que había querido ser o que se había conformado con ser, más importante para la *vida filosófica* que para la filosofía” (1970: 157), y Vera Yamuni, en un tono menos severo, pero igualmente revelador, hizo coincidir la fecha de publicación de esta obra con el inicio de una nueva etapa en el trabajo del filósofo —en la que se incluirían igualmente *Del hombre* e *Historia de nuestra idea del mundo*—, arguyendo que el transterrado “no fue hasta 1959 sino un escritor de circunstancias” (1982: 8).

Aunque de raíces etimológicas emparentadas, referentes al día (*dies*, en latín), las denominaciones *diario* y *dietario* aterrizaron en nuestra lengua por vías distintas. *Dietario* llegó a nosotros a través del catalán, lengua en que desde tiempos medievales nombraba, de manera semejante al vocablo *diario* en castellano, los libros en que se llevaba el registro de las obras del día, tanto en un sentido histórico como en un sentido contable de inscripción de ingresos y gastos (Burguete Pérez, 2009: 35).¹⁵⁷ Al igual que el diario, el dietario recorrió un largo camino desde estos libros de cuentas y crónicas cotidianas hasta su acepción más moderna. En ambos casos el resultado presente es un texto cuya redacción se guía por el día a día, tanto en su división como en su sucesión. No resulta, pues, sorprendente que Gaos relacione su plan de escritura ocasional con estas dos variedades textuales, más que con los documentos de trabajo, en general. En efecto, también en la práctica sus cuadernos se articulan a partir del correr de los días, representado textualmente por medio de la consignación rigurosa, prácticamente impecable, de las fechas correspondientes a cada anotación registrada.

Sin embargo, existen quienes abogan por no confundir las coincidencias entre estas dos modalidades textuales con un recorrido común: añaden al origen catalán del dietario ciertos rasgos que, como huellas, evidencian las peripecias propias de una tradición distinta y, a su parecer, de un género distinto. Siguiendo a Alain Girard, Laura Freixas resume del siguiente modo esta “especialmente necesaria” distinción: “en el primero predomina lo afectivo, en el segundo lo intelectual; el primero (conserva o no las fechas) está enraizado en la vida cotidiana, mientras que el segundo resulta intemporal [...]. El dietario no es, hablando con propiedad, ni diario, ni íntimo” (1996: 12-13). En principio, la contraposición parece clara: de un lado estarían las líneas de franca expresión de la intimidad propias del diario y, en un lugar aparte, “la huida hacia el helado Olimpo de la reflexión abstracta, la tercera persona, la especulación intemporal, el pronombre neutro”, distintivos del dietario (14); de un lado tendríamos, según la perspectiva de una experta como Anna Caballé, los esfuerzos reiterativos y quebrados del diarista para explicarse a sí mismo y, del otro, el discurso del

¹⁵⁷ Anna Caballé introduce un matiz más cuando señala que “la palabra dietario procede etimológicamente de *diaeta* (no de *diarium*) que significa ‘manera de vivir’ o ‘régimen de vida’” (2015). Así, más allá de relacionarse con una periodicidad —en la amplitud que tal noción podría permitir—, el vocablo se vincula directamente con el seguimiento de una actividad realizada con regularidad, sobre todo cuando el registro implica llevar un control de la misma.

dietarista, guiado por “la invención literaria, el artificio, la voluntad de construir un discurso homogéneo, anclado [...] en referencias culturales y estéticas” (1996: 106).

La insistencia de Gaos, en aquel documento de 1941 y varios similares, de fundar su proyecto de escritura en las ocurrencias de la “vida intelectual” nos permite deducir que la alusión al “no diario o dietario intelectual” corresponde en buena medida con las peculiaridades de este último que remarcan tanto Freixas como Caballé. Y, más allá del plan, la semejanza de los rasgos enunciados con lo que ocurre efectivamente en las entradas de los cuadernos personales del filósofo hace que la clasificación de estos como dietarios parezca una decisión acertada. En todos ellos, la exposición y el desarrollo de materiales propios de la filosofía o del estudio psicológico o literario ocupan la mayor parte del espacio. Como sucedía desde los cuadernos que redactaba durante la guerra, las alusiones a las actividades realizadas en el día a día no son muy abundantes. Así, por ejemplo, de una “noche con [Jorge] Portilla”, no tenemos en el cuaderno sino una “cosecha” para nada enfocada en narrar o describir detalles referenciales o sentimentales del momento compartido:

Todavía Kant necesita alojar la distinción entre lo natural y lo humano en los mundos fenoménico y nouménico, respectivamente. La filosofía actual distingue ambos dentro del mundo fenoménico. Se relaciona con el tránsito de lo sobrenatural sobrehumano al de lo sobrenatural humano.¹⁵⁸

De ahí que, si se colocaran en dos líneas de tiempo, por un lado, las peripecias de la vida y trayectoria personal de Gaos, y, por otro, los apuntes que redactó sobre sus cuadernos en cada fecha de su recorrido vital, estas dos rectas, aunque paralelas, tendrían muchas veces la apariencia de no tener relación alguna. Esto porque los escasos detalles sobre los sucesos y actividades del día a día del filósofo dificultan la relación directa de las notas con alguna vivencia del momento. A ello se añade el hecho de que, cuando alguna observación más explícitamente personal y referencial llega a presentarse entre las notas, aparece constantemente rodeada o revestida de consecuencias, cuestionamientos y reflexiones de alcance más bien general.

Hoy se me ha roto el reloj y al calor de cierto tiempo de trabajo me siento perdido en el tiempo —como al cabo de caminar más o menos se siente uno perdido en el espacio. Hay, pues, por

¹⁵⁸ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60720, 17 de junio de 1948. En el resto de esta entrada puede observarse el mismo tipo de “cosecha” sobre las interacciones sostenidas con Antonio Gómez Robledo y con Edmundo O’Gorman.

una falta de puntos de referencia, un perderse en el tiempo, con sensaciones comparables a las de perderse en el espacio: [...] desorientación total. Y un resolverse por las necesidades más o menos apremiantes —descansar, comer—, vital reló primario, o más bien algo anterior al tiempo.¹⁵⁹

Las experiencias relatadas, los sentimientos expresados y las ambiciones confesadas a menudo desembocan en un análisis que involucra términos especializados o un estilo más enfocado en mostrar las derivaciones de la discusión de un modo objetivo que en particularizar su contenido. En algunas ocasiones, las alusiones de tono personal se introducen apenas como ejemplos pasajeros de una exposición abiertamente cultural, literaria o científica; en otras, la composición de las notas es tan general o tan neutra que leer en ellas la interpolación de una vivencia específica depende más de un salto interpretativo que de una alusión confiable: “Jugar con fuego —y quemarse: eso es la vida”.¹⁶⁰ Y es precisamente la centralidad de los materiales de índole intelectual, general y abstracta, por encima de las notas personales, particularizadas e introspectivas, la que se trae a cuento cuando se plantea una distinción entre el diario y el dietario. Las críticas a la religión, las propuestas filosóficas y las discusiones sobre métodos y fines de la investigación y de la escritura, tan habituales en estos cuadernos, difícilmente tienen, para el lector común, la apariencia de una expresión sincera de los sentires y pesares personales y, más bien, parecen siempre atravesadas por vocabulario, objetivos y referencias externos y de corte intelectual. Si apreciamos el contenido de los cuadernos de Gaos desde esta lente general, la supuesta falta o insuficiencia de valor intelectual que sustenta su exclusión del acervo digital del AJG —junto a la de la correspondencia y los recortes de periódico que comparten espacio con ellos en el Fondo Cuatro— debe, cuando menos, reevaluarse. Sintetizada en la alusión genérica al *dietario*, la relación de estos textos con la escritura de ideas, la indagación cultural y la expresión abstracta sobresale frente al esperado sentimentalismo y la autorreferencialidad del diario; de ahí, posiblemente, el titubeo del filósofo en la catalogación: la evocación de un *no diario*.

Sin embargo, la división que sustenta el contraste anterior no está libre de inconvenientes. Aunque parece una solución intuitiva a la cuestión del lugar al que estos

¹⁵⁹ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60682-60683, 18 de octubre de 1946.

¹⁶⁰ AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 61113, 25 de octubre de 1957.

escritos deben circunscribirse, lo cierto es que en la práctica se trata de una distinción tan sujeta a gradaciones que no siempre resulta convincente. Aludir al predominio de las notas intelectuales y de referencia cultural en documentos como los cuadernos de Gaos parece automáticamente acreditar su pertenencia al universo profesional de su autor y descartar su acotación a las escrituras privadas e introspectivas. Y la misma observación podría hacerse de textos tan heterogéneos como el celebrado *Dietario* de Pere Gimferrer, los polémicos *Cuadernos negros* de Martin Heidegger y los tan sugerentemente titulados *Denktagebücher* de Hannah Arendt o *Esto no es un diario* de Zygmunt Bauman. Si bien distantes en propósitos y posturas ideológicas, todos ellos son, como los cuadernos de Gaos, cadenas de apuntes diarios —idealmente— en que puede observarse una general preeminencia de la anotación intelectual sobre los detalles explícitamente autobiográficos o introspectivos. Incluso sobre aquellos donde no se alude en absoluto a la noción genérica del *dietario* —que, por lo demás, no posee ni mucha extensión ni mucha popularidad—, podría argumentarse la utilidad de estudiarlos bajo esta trama epistemológica para sacarles del ambiguo estatuto interpretativo en que se encuentran. No obstante, no puede perderse de vista que dicha distinción tiene sus propios puntos de indeterminación. Ni siquiera un escritor de autodenominados dietarios, como lo es Pere Gimferrer, considera que la distinción entre estos y los diarios que hasta aquí hemos delineado sea digna de una defensa férrea. Son célebres sus palabras de duda al respecto: “¿Dietario falso, dietario verdadero? ¿Externo, o bien interno? Los que escribimos un dietario sabemos que esto tiene tanto de riesgo y de ambigüedad y tanto de seducción y tanto de desaliento como toda literatura. O como la vida” (1985: 90).

Parte del problema reside, justamente, en que las definiciones del dietario, como las que aquí hemos discutido, suelen basarse en su contraste frente al diario, y este último es un género menos aprehensible de lo que aparenta. En lo que respecta a su estudio, críticos y teóricos han encaminado por igual sus esfuerzos en dos direcciones: por un lado, han elaborado definiciones del género que parecen tranquilizadamente similares y no resultan extrañas a un lector ajeno a las discusiones de la academia. Nora Catelli, por ejemplo, presenta esta sintética descripción: “diario es el género en el que se registran, siguiendo los días, las actividades e impresiones de un sujeto frente a sí mismo” (1996: 87); teóricamente, estas palabras se ajustan con facilidad a los modelos más diversos del género. Pero, por otro lado, y es también el caso de Catelli, los estudios especializados no se han cansado de puntualizar

las discrepancias entre cualquier intento de definición del género y los textos particulares. Al tratarse de documentos que buscan encapsular una experiencia única y concreta sin someterse, presuntamente, a ninguna presión editorial, sus posibilidades prácticas son amplias. En vista de tal dificultad, la mayoría de las investigaciones han renunciado a las tentativas de una definición sencilla y homogénea; en cambio, prefieren concentrarse en señalar una importante tensión entre dos elementos en apariencia contrarios dentro del género diarístico: se reconoce que el diario está siempre cercado tanto por su pacto con el calendario (Blanchot, 1969) como por su tendencia a la monotonía y a la repetición (Bou, 1996; Didier, 1996; Lejeune, 2009). Pero se reconoce, igualmente, una cierta apertura (Didier, 1996), una libertad profunda (Blanchot, 1969), una “gran pureza, en el sentido de que en su organización y estructura no están presentes las ataduras impuestas a la estructura literaria: no hay [...] limitaciones técnicas o estilísticas que obliguen al diarista a acomodar su discurso a determinadas convenciones formales (aunque sí éticas y sociales)” (Caballé, 1996: 106). La detección de esta tensión es un recordatorio de que, a pesar de la aparente claridad y fácil aceptación de las definiciones del género, la dificultad de lanzar alguna afirmación sobre los diarios que sea verdad para todos ellos es particularmente grande.¹⁶¹

Al tratarse de un género tan multifacético y difícil de delimitar, su contraste frente al dietario se vuelve una tarea complicada. Sin duda, una distinción de este tipo puede añadir elementos útiles a la catalogación histórica de textos y a su estudio. Mediante ella es posible detectar la relevancia del dietario en determinados momentos —como el caso, subrayado por Freixas, de la época que sigue a la transición democrática en España— y espacios —como las

¹⁶¹ No obstante, ni siquiera las más ambiciosas tentativas por definir el diario afirmarían, sin más, la existencia en este de una libertad absoluta. Entre el respeto a la soltura del género y la búsqueda de claridad conceptual, los estudios sobre el diario han oscilado entre, al menos, cuatro estrategias para explicar la extendida tensión entre la libertad y las restricciones: 1) atender al carácter pretendidamente secreto —no restringido por editores ni lectores— del texto como posibilidad de su apertura formal, temática y organizativa (Didier, 1996); 2) dar cuenta de esta apertura bajo la figura de matriz genérica capaz, al mismo tiempo, de moldear la experiencia que registra en una forma narrativa básica y de admitir concepciones históricamente variables de la temporalidad, del yo y de la relación entre lo privado y lo público (Paperno, 2004); 3) relacionar la capacidad del diario de dar cabida a las coyunturas de la vida en una forma forzosamente fragmentaria y de organización calendárica con un “nuevo sentimiento de la persona” que, a partir del XIX, provoca que el diarista oponga “a lo relativo, al sentimiento de evanescencia el único absoluto que le queda, el sentimiento de su propia existencia” (Girard, 1996: 37-38); 4) finalmente, se ha propuesto pensar en los diarios principalmente como formas de praxis, cuyas ataduras conciernen a la disciplina y repetitividad de su acción, y no a normas concernientes a rasgos textuales necesarios para la pertenencia a un género (Lejeune, 2009).

letras catalanas—, permitiendo que, más que abordarse como simples variaciones a la figura prototípica del diario, estos textos sean ubicados en su propia tradición. Además, es claro que Gaos no hace referencia a esta adscripción genérica ciegamente: la coincidencia entre las expectativas temáticas aludidas y los contenidos de los cuadernos es clara. Pese a ello, en un plano más detallado, es notorio que una distinción apoyada en la detección de rasgos textuales predominantes puede derivar en una búsqueda estéril si las características a las que se alude parten de taxonomías descontextualizadas y rígidas.

El rastreo de rasgos que separen al diario de textos afines, como la inscripción lingüística de la persona y los temas distintivos —que es, en el fondo, lo que sostiene la diferencia propuesta por Freixas— o el nivel de artificio —traído a cuento por Caballé para complementar su distinción— puede tornarse una tarea agotadora por cuanto de heterogéneo hay en los textos de comparación. En realidad, este problema subyace en cualquier distinción genérica que se apoye en la detección de características textuales predominantes. ¿Cuál es el punto de inflexión que separa con claridad un género de otro? La pregunta se torna particularmente difícil cuando en un mismo documento conviven elementos de los dos modelos que dictan el contraste. En este sentido, la caracterización de la página web del AJG sobre la naturaleza más bien “personal” de escritos como estos no es gratuita: pese a que las discusiones filosóficas y anotaciones de pronombre neutro o tono universal abarcan gran parte de los cuadernos de Gaos, en ellos encontramos también ocasionales apreciaciones de tono mucho más subjetivo, algunas —como las desilusionadas autodescripciones con que el filósofo se reprochaba rutinariamente sus propios fallos— de contenido conmovedor y otras —como los detalles de sus encuentros eróticos y su desempeño en los amores— francamente perturbadoras. Así, además de las habituales discusiones gaussianas sobre filosofía, investigación y religión, podemos advertir en estos cuadernos algunas expresiones donde el yo y las circunstancias desde las que escribe quedan a la vista: “Me siento tan hondamente satisfecho que no puedo dejar de *agradecer* alegremente a Dios lo que a sus ojos es *pecado* —según la religión en la que me crie. [i]*Agadecer a Dios el pecado!*”¹⁶² A ello deben añadirse los múltiples autoanálisis y autoevaluaciones con que el filósofo se calibraba continuamente: “Por mis temas e ideas soy un hombre del XVIII-XIX,

¹⁶² AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60788, 18 de marzo de 1944.

rezagado en el xx. ¿Esfuerzo por actualizarme? Tardío; sobre todo, infundado. ¿Por qué no ser conscientemente y lo más perfectamente posible un rezagado?”¹⁶³ Esto sin olvidar los planes de vida que acostumbraba redactar, sobre todo durante los días de su cumpleaños: “Plan de vida de los 43 años. Reducir mi vida esencialmente a la vida profesional y a la social que ella dé de sí buenamente”.¹⁶⁴

¿Cuántos pronombres en primera persona, expresiones particularizadas y observaciones de sí deberían aparecer en el cuaderno para que este deje de considerarse intelectual y atravesado por discursos y recursos exteriores, y empiece a tomarse como un documento personal y privado? En casos como este, es difícil establecer un límite preciso: resulta complejo determinar si la división entre un campo y otro puede basarse en un conteo objetivo de rasgos —y de este, ¿cuál sería la unidad básica y cuáles los criterios de cálculo?—, o si alguno de estos rasgos tendría un peso cualitativo que afecte a todos los elementos contiguos —y esto, ¿de qué manera?—. En este punto empieza a vislumbrarse la dificultad de aplicar de modo tan inflexible una distinción de este tipo a un documento concreto y, específicamente, a un documento que, como se reconoce también en la escritura diarística, fue escrito al compás de una serie de experiencias particulares. Finalmente, hasta la misma Anna Caballé sostiene que “no es fácil establecer límites precisos entre el diario y el dietario, en la medida en que ambos fluyen libre y fragmentariamente, tomando como eje la propia mirada” (1996: 106).

Esto nos lleva al segundo factor problemático de esta división entre la escritura plenamente intelectual y la exclusivamente personal: que los términos en que se fundan las distinciones como las que aquí hemos descrito pueden ser, en sí mismos, ambiguos. Y esto sale a relucir de manera particularmente vistosa en los escritos de Gaos. Un caso ilustrativo en este sentido es el del plan propuesto desde su cuaderno, en 1958, para estudiar las interacciones entre el amor y la sexualidad. Teniendo en mente abordar el tema de forma pormenorizada con el objetivo, quizá, de llegar a establecer observaciones publicables, se propone lo siguiente: “Para una Psicología de la sexualidad y su relación con el amor: cuidadosamente espiar y anotar el proceso diario de ella y de su relación en mí y en ella”.¹⁶⁵

¹⁶³ AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 61130, 10 de noviembre de 1957.

¹⁶⁴ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60623, 26 de diciembre de 1943.

¹⁶⁵ AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 61450, 16 de febrero de 1958.

Y tal es, de hecho, el camino que siguió. Se convirtió en su propio objeto de estudio y convirtió sus cuadernos en biblioteca y laboratorio de erotismo. La propuesta se tradujo tanto en un estudio de personalidad y retrospectivo (“Me he pasado la vida queriendo ser querido, sin lograrlo”;¹⁶⁶ “Si no he sido querido como hubiera querido serlo, al menos no será del todo por mi culpa”¹⁶⁷), como en un análisis de sus encuentros amorosos en el presente (“He perdido una batalla de amor [...] por no haber tenido dominio de mí para hacer lo que debía”¹⁶⁸) y hasta en consecuencias que, a pesar de fundarse en estas experiencias personales, se formulan como posibles extrapolaciones generales (“Sexualidad promotora y corroedora de la intelectualidad: de la soberbia a la resignación a la no realización de lo absoluto”¹⁶⁹). Esta sección de sus notas, en su tensión entre lo particular, lo privado, lo universal y lo intelectual, arroja luz sobre lo problemático que es tratar de dividir tajantemente estos aspectos. Si bien es cierto que en los cuadernos de esta temporada son relativamente más abundantes las reflexiones psicológicas y filosóficas que las narraciones detalladas de los sucesos que las detonaron, y están más presentes las preguntas y conclusiones que las referencias directas a las vivencias y sentires que les dieron apertura, ¿quién puede trazar en casos como este, con certeza, la línea que separa la cotidianidad de la reflexión artificiosa, la intimidad de la fría especulación, lo personal de la lejanía de lo abstracto? De ahí que sea tan problemático tomar esta distinción como base para definir el interés o la indiferencia intelectual de textos como estos.

El asunto se complica aún más cuando consideramos algunos aspectos de la postura filosófica de Gaos. Si tomamos en cuenta su concepción personalista de la verdad y de la filosofía, la claridad de los términos propuestos por Freixas y por Caballé para distinguir al diario del dietario se vuelve todavía más discutible. Se sabe que el asturiano llegó a afirmar en numerosas ocasiones que “las filosofías serían, en suma, confesiones personales” (1982: 47), reconociendo así, incluso en las elucubraciones filosóficas más “abstractas”, un enraizamiento vital. En lugar de concebirla únicamente como un conjunto de proposiciones anónimas, para Gaos la filosofía se experimenta: es parte de “la concreción de la vida

¹⁶⁶ AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 61459, 27 de febrero de 1958.

¹⁶⁷ AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 61464, 1º de marzo de 1958.

¹⁶⁸ AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 61599-61600, 14 de junio de 1958.

¹⁶⁹ AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 61496, 30 de marzo de 1958.

humana” (Gaos y Larroyo, 2003: 121). Según su perspectiva, este es el motivo fundamental de la pluralidad de posturas filosóficas —o, llanamente, de la pluralidad de filosofías— que históricamente se han manifestado en el mundo intelectual. Siendo el sujeto, como lo es para Gaos, el asidero de la filosofía, la totalidad de la realidad a la que, según sostiene, los filósofos aspiran dar expresión no puede sino anclarse en una perspectiva tan individual como ellos mismos: “a cada uno de ellos le es dada la realidad, en su totalidad, en una perspectiva distinta, por poco que sea, de aquella en que es dada a cada uno de los demás” (Gaos, 1982: 46). Y, tal como evidencia el tránsito de filosofías que Gaos había observado y experimentado en su juventud —del inicial interés por la propuesta escolástica de Jaime Balmes a la defensa del neokantismo, la fenomenología y la filosofía de los valores, seguida de una acogida crítica al existencialismo y el historicismo: una “sucesión *vivida*, mucho más que la sucesión del pasado *sabida* por la Historia” (60)—, “no hay” para él “una perspectiva absoluta, no hay un sujeto trascendental, sino un sujeto empírico con sus limitaciones y experiencias concretas cuyas conclusiones, en conjunto, sólo tienen la validez subjetiva de una confesión personal” (Salmerón, 2000: 62-63). La filosofía, entendida así, no rompe lazos con la vida, sino que en ella nace y a ella refiere: a la vida no como remota abstracción, sino como situación efectiva en la que el individuo está colocado y en la que, por tanto, se asienta también su personal perspectiva del mundo

Así lo sostuvo y a ello dedicó buena parte de su obra, incluidos sus libros más doctrinales. Esta idea, temprana en su pensamiento, derivó también en frecuentes ensayos de formas expositivas en las cuales la experiencia y el pensamiento se entrelazan. De este modo, consistente y conscientemente, casi como sello propio de su expresión filosófica, Gaos buscó marcar sus escritos y exposiciones de un trasfondo *confesional*, en el particular sentido de expresar su personal idea del mundo, pero también en el de dar cuenta de sí y de sus circunstancias a través del pensamiento. A tal grado resulta esto relevante que un erudito de esta postura como Fernando Salmerón llegó a afirmar que “la independencia de los dos libros sistemáticos” gaussianos más importantes, *De la filosofía* y *Del hombre*, “respecto a la autobiografía es meramente literaria” (2000: 112).

Por estos motivos, en el caso de un pensador como Gaos debe procederse con especial cautela para no caer en un manejo simplista de la compleja relación entre lo personal y lo abstracto, entre lo particular y lo general. Aunque referirse a sus cuadernos como dietarios

puede resultar útil para encaminar las expectativas hacia un contenido más similar al de un espacio de pensamiento que al del refugio anecdótico de intimidades que solemos esperar de un diario, no debemos olvidar que esta distinción está fundada en tensiones importantes. Como experimenta el filósofo en uno de sus apuntes, a la primera persona y a la expresión neutra los separan, a veces, simples señalamientos gramaticales: “Las cosas en que se piensa/pienso/piensa cada quien revelan los intereses que le/me caracterizan/a uno”.¹⁷⁰

El criterio, en todo caso, no puede ser una búsqueda o conteo de rasgos temáticos y formales descontextualizados, que se supongan señales indiscutibles de la pertenencia de estos textos particulares a determinado género. A fin de cuentas, sabemos que tal aproximación está lejos de corresponderse con las múltiples posibilidades que tienen los discursos para interactuar con las restricciones que los limitan. Como ha señalado Roger Chartier, existe en los textos un “paradójico entrecruzamiento de restricciones transgredidas y libertades restringidas” (1999: 14). Por consiguiente, ni en el caso de Gaos ni en el de otros pensadores, el aplicar el membrete *dietarios* debe confundirse con una extrapolación directa de las características genéricas propuestas por la crítica. Y, en su caso singular, la advertencia debe ser todavía más firme. El pronombre neutro, la abstracción, la voluntad de homogeneizar el discurso, las referencias culturales, la falta de intimidad o cotidianidad, todos estos rasgos son dignos de discusión y se encuentran, en los escritos de Gaos, sujetos a tensiones que no deberían pasarse por alto en favor de la pulcritud de una distinción teórica. Solamente anunciando y asumiendo la artificialidad de las líneas de demarcación y contemplando la necesidad (o falta de ella) de establecer una frontera, puede una distinción genérica como esta ser aplicada con relativa seguridad.

Finalmente, es digno de nota que no fue la denominación *dietario* la que prevaleció en la catalogación de Gaos. A pesar del conocimiento que demuestra sobre esta división genérica, el contraste no parece resultarle suficiente para decantarse por esta opción. Ya sea por la poca fortuna de que goza el término *dietario* en el castellano o por simple predilección, de la inicial disyunción “diario no diario o dietario intelectual”, *diario* será la designación a la que más recurrirá el filósofo dentro de sus cuadernos personales. Y, dadas las razones

¹⁷⁰ AJG, fondo 4, carpeta 4, ff. 61687 y 61688, 3 de julio de 1958.

expuestas arriba, no está de más preguntarnos si tal preferencia no posee también cierto —aunque acotado, como hemos mostrado— valor heurístico.

“La aforística ha subido a ser la forma literaria a que recurro”

Ahora bien, hasta aquí hemos discutido, en líneas generales, las bases formales y temáticas que orientan esta supuesta distinción de la escritura íntima y autobiográfica frente a la escritura general e intelectual. Sin embargo, según advierte Caballé de la mano de Miguel Sánchez-Ortiz, “es la idea de posible publicidad del texto, de escribirlo pensando más en un posible lector que en el cajón privado de un escritorio lo que marca la diferencia sutil pero decisiva con el diario personal e íntimo” de otras formas de inventiva más bien literaria o de interés general (Caballé, 2015). Y esta otra forma de definir lo personal no directamente a través de tópicos y formatos, sino desde la limitación o la apertura comunicativa de un discurso es otra de las vías que pueden explorarse para analizar la relación que guardan los cuadernos de Gaos respecto a la obra intelectual y hasta profesional de su autor, puesto que, a pesar de haberse redactado, en su mayoría, de forma privada, varias de sus notas sí llegaron a ver la luz de la publicación.

En el último cuarto de 1957, unas semanas antes de que el filósofo se enfrascara en el estudio experiencial y teórico del erotismo traído a cuento en el apartado anterior, sus cuadernos comienzan a llenarse de indicios de un interés distinto, que desde un principio se formula como un nuevo proyecto. Si bien la fascinación de Gaos por formas breves como el aforismo, la máxima y la greguería se encuentra expresada desde sus escritos tempranos, a finales de aquel año empieza a dedicarse de manera más consistente a explorar las posibilidades de la aforística como vehículo de las ideas en un sentido especulativo y de análisis, pero también en un sentido práctico: aparte de indagar los rasgos y las condiciones de la escritura aforística, en este periodo se resuelve expresamente a cultivar la propia. Con esto no contemplaba únicamente comenzar a redactar aforismos, sino que, de hecho, plantea desde un inicio la posibilidad de englobar dentro de este género los escritos antes trabajados por su pluma: “La aforística ha subido a ser”, dice al inaugurar el proyecto, “la forma literaria a que recurro, o que recurre en mí, como escritor, con más regularidad. Debo cultivarla, es decir, ejecutarla con la mayor perfección”. E inmediatamente después añade una nota que,

por contigüidad con la anterior, puede interpretarse como una definición de sí a través del espejo del género aludido: “La aforística es la forma literaria regular del pensador y escritor irregular”.¹⁷¹ Estas dos anotaciones marcan el inicio de un estudio continuado del aforismo como forma y de un consciente ejercicio de este.

Y aunque se dedicó durante meses a desvelar los múltiples hilos metodológicos y teóricos que consideraba implicados en la composición y la recepción del aforismo, las observaciones y descripciones que hizo sobre el género giraban siempre alrededor de una misma constelación de atributos: “La aforística más propiamente tal es la consistente en ocurrencias recogidas en el orden cronológico en que se ocurriesen y sin más sistema que el que espontáneamente puedan tener por los temas del autor, incluso en el sentido del ‘cada loco con su tema...’”¹⁷² A primera vista, entre una formulación de la aforística en estos términos y la práctica de escritura cotidiana a la que se había dedicado con anterioridad no habría mucha diferencia. Las categorías propuestas en esta descripción son, por lo demás, bastante amplias. A diferencia del cuerpo de supuestos con que se trabajaba la distinción entre el diario y el dietario antes discutida, el entendimiento de Gaos acerca del aforismo no constriñe el contenido de los textos a una dirección tópica determinada (o personal o general; o autobiográfica o intelectual). Con ello, las observaciones del filósofo se suman a la amplia lista de estudios sobre este género que, sin adjudicarle restricciones temáticas rigurosas, se concentran más bien en remarcar su espontaneidad y su alejamiento de los vínculos arquitectónicos, postura maravillosamente condensada en la celebrada descripción de Ana Bundgaard: “El aforismo es un enunciado corto con pretensión de verdad, paradójico, pregnante o irónico, que transmite indirectamente, sin argumentación discursiva, un conocimiento, una idea repentina o reflexión súbita sobre circunstancias relacionadas con la naturaleza y las condiciones de la vida humana en general” (2002: 76).

Desde paradigmas como estos, donde el acento no está puesto en redes temáticas rígidas, sino en la concisión, la suficiencia semántica de los ejemplares (en contraposición a las redes de que dependen los enunciados de un discurso consecutivo y argumentado) y en un vínculo —no determinado— con la experiencia humana y la vida, las posibilidades del

¹⁷¹ AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 61074, 15 de septiembre de 1957.

¹⁷² AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 61081, 16 de septiembre de 1957. Esta observación se encuentra parafraseada, con algunas modificaciones, en Yamuni, 1982: 21.

aforismo no encuentran demasiadas acotaciones. De ahí que haya llegado a considerarse un género “inasible”, “convertido en nuestra práctica literaria actual en un campo de libertad absoluta en el que casi todo tiene cabida: la reflexión intelectual o metaliteraria, la ocurrencia ingeniosa, la confidencia autobiográfica, el decir lírico, la censura moral, la expresión de la desazón ante la realidad cotidiana y el desahogo emocional” (Varo Zafra, 2010: 298). Esta amplitud de posibilidades —que, sin duda, recuerda la libertad asociada con el género diarístico aludida en el apartado anterior—, asumida, en el caso de Gaos, como especialmente compatible con la anotación espontánea, explicaría la oportunidad que este vio para incorporar a su proyecto aforístico las notas redactadas previamente en sus cuadernos, así como la relativamente exigua variación temática, formal y organizativa que existe entre el antes y el después de la formulación de dicho proyecto.¹⁷³ Después de todo, las observaciones concisas y dispersas sobre historia de la filosofía, Dios, el amor y tantas otras cuestiones que salpican estas libretas fechadas ¿no tendrían cabida en el universo de un género reconocido por la brevedad de sus ejemplares, su amplia variedad temática y la ausencia de conexiones discursivas que los engloben en una misma argumentación cerrada y consecuente? Si nos guiamos por estos precisos criterios formales y amplios criterios de contenido, la respuesta tendría que ser, ciertamente, afirmativa. Desde estos supuestos, notas breves y discursivamente aisladas como “La claridad es el desprestigio del filósofo”¹⁷⁴ guardan bastantes similitudes frente a las de quienes, como François de La Rochefoucauld, Joseph Joubert, Georg Christoph Lichtenberg o Friedrich Nietzsche —referentes a los que Gaos alude directamente en sus cuadernos—,¹⁷⁵ se dieron a la tarea de recopilar observaciones y pensamientos, recurrentes o pasajeros, en proposiciones concisas y semánticamente suficientes.

El vínculo que se establece con el género aforístico es importante, puesto que, si bien no goza de la misma apreciación que la argumentación plenamente desarrollada, cerrada y

¹⁷³ En lo que concierne a estos aspectos, quizá la variación más notoria introducida a partir de esta época es la abundante presencia de notas referentes al análisis del aforismo como género, que, por lo demás, se sigue realizando con pautas muy similares al resto de análisis y propuestas filosóficas, literarias y de acción que el filósofo realizaba cotidianamente en sus cuadernos (concisión, secuencia fechada, alternancia y relación entre el enunciado subjetivo y el general).

¹⁷⁴ AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 61054, 17 de julio de 1957.

¹⁷⁵ AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 61081, s.f. Tachado en el original.

coherente, a partir del siglo XIX este se convirtió en una de las guías protagonistas de la filosofía. Las primeras ocurrencias conocidas del término *aforismo* (del griego ἀφορισμός, “fijación de lindes”, “delimitación”) se remontan hasta la Antigüedad, donde se empleaba para denominar dichos breves, juiciosos y fáciles de recordar, ubicados en corpus de diversa índole, desde enseñanzas médicas hasta normas de conducta (Hui, 2019: 17). Un modelo enunciativo similar sería practicado por los moralistas franceses y por pensadores como Lichtenberg en el siglo XVII, aunque sin adoptar necesariamente el término griego —estos escritos llevaban, por lo general, el nombre de *máximas* o *sentencias*—. La denominación antigua no retomó toda su fuerza sino hasta el siglo XIX, cuando, con la “impronta lírica” del Romanticismo (Fernández Muñoz, 2017: 100), su conocida admiración por el fragmento (Hui, 2019: 2) y su atención a la subjetividad frente a la autoridad externa, “el género se acoge como medio textual que repele la argumentación de los géneros tradicionales de la filosofía” (Fernández Muñoz, 2017: 101) y, en particular, la tendencia a la unidad arquitectónica y vinculada de ciertos tratados (Hui, 2019: 12). Es en este movimiento de renovación del género en el que, aunque desde sus particulares propósitos, se inserta Nietzsche, uno de sus exponentes más reconocidos y por quien Gaos muestra más admiración, justamente por ver en él un eslabón entre la aforística y la filosofía.

Pero, más allá de este tenso vínculo disciplinar, incluso aquellas notas de apariencia menos elevada, en que Gaos se detenía a discutir las singulares coordenadas de sus experiencias y sentires, o, sobre todo, como vimos antes, a expresarse *desde* ellas, encuentran un paralelo en varios de los exponentes del género, especialmente en los más recientes. A diferencia de lo que sucedía en las máximas o en los dicta, a veces considerados formas clásicas del aforismo, en los textos de Emil Cioran, por poner un ejemplo, la perspectiva experiencial o personal no se encuentra propiamente ni negada ni disimulada. Como señala Juan Varo Zafra, “el aforismo moderno viene a adoptar una fórmula personal, referida al sujeto enunciativo que permanece en primer plano” (2010: 305). De ahí que aquella supuesta línea con que se buscaba distinguir entre lo personal y lo general, así como entre lo autobiográfico y lo intelectual, a partir del contenido y los matices gramaticales (el uso de la persona gramatical, las referencias explícitas a sí mismo, entre otros recursos), se muestra en este tipo de textos, como en los cuadernos de Gaos, especialmente difusa. Es quizá esta convergencia la que permite al filósofo pasar de denominar mayormente como *diarios*

aquello que había consignado en sus cuadernos —denominación que, según hemos visto, aplicaba en un sentido más bien amplio— a tratarlo explícitamente como un proyecto de cultivo aforístico, sin establecer cambios drásticos en la forma breve y heteróclita de las notas. A fin de cuentas, según él mismo observa, el aforismo puede conjugar, de manera a veces paradójica, los enunciados generales y anónimos con la anotación de contenido particular: “los aforismos no son precisamente para tomarlos al pie de la letra”, pues “la forma de juicios universales de muchos de ellos no significa que sean rigurosamente tales juicios, sino [remarca] la frecuencia, la preponderancia de lo afirmado o hasta el relieve impresionante del caso único”.¹⁷⁶ Tanto así que llegó a afirmar que “la aforística de un autor puede ser, en parte al menos, unas confesiones en forma de aforismos”.¹⁷⁷

Sin embargo, existe un ámbito en que el tránsito que Gaos se permite entre sus apuntes como diario y como proyecto aforístico no parece fluir con tanta soltura. Aunque las alusiones a una cierta libertad temática y a la forma breve y asistemática —en el sentido de no estar vinculados a una argumentación progresiva, plenamente consecuyente y cerrada— de sus registros individuales son comunes en las descripciones, tanto académicas como más tradicionales, del diario y de la aforística, es evidente que nuestras nociones sobre los “tipos” o las “clases” de textos o discursos abarcan mucho más que aspectos internos de forma y contenido. De hecho, en la actualidad la teoría de los géneros pone el acento, sobre todo, en la interacción entre tales rasgos y las acciones, usos, propósitos, expectativas e interpretaciones que los rodean. Como advierte Alberto Vital, desde su personal perspectiva sobre este vínculo, para el estudio de los géneros debe considerarse “una combinación de criterios intratextuales y extratextuales” mediante la cual “se enfocan los géneros como práctica social y se revelan los significados generados por medio de las construcciones discursivas, así como las expectativas y las consecuencias que dichas construcciones tienen en las personas que producen y consumen los discursos” (2012: 8). Y entre las prácticas y los modos de acceso e interpretación asociados al diario y los que Gaos va relacionando a su proyecto aforístico sobresale un contraste notable: mientras los primeros se suponen

¹⁷⁶ AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 61129, 5/9 de noviembre de 1957.

¹⁷⁷ AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 61084, 18 de septiembre de 1957. Yamuni se sirve de esta misma afirmación, sin citarla directamente, para definir la aforística de Gaos (1982: 22).

circunscritos a la privacidad y al secreto, el plan de Gaos no esconde sus ambiciones editoriales.

Como observó en su momento Hans Rudolf Picard, suele considerarse que “el auténtico diario es un diario redactado exclusivamente para uso del que lo escribe. En razón de la estricta identidad entre el autor y el lector, carece precisamente de la condición más universal de toda Literatura: el ámbito público de la comunicación” (1981: 116) —y la misma afirmación podría extenderse a las libretas de notas o de trabajo—. De tal manera, es frecuente que todo intento por “desprivatizar” sus contenidos se considere una modificación sustancial de la posición funcional y comunicativa que supuestamente le caracteriza. Esto se encuentra, si bien no explícitamente, de algún modo sugerido en la común adjetivación, calcada del francés, de la vertiente moderna de este tipo de textos como *diarios íntimos*, con la cual se pretende diferenciarlos tanto de la prensa periódica —cuyas publicaciones del día a día también reciben el nombre de “diarios” (Picard, 1981: 118) —, como de otro tipo de bitácoras personales diarias (los diarios de expedición, los diarios de familia, etc.), cuya circulación no era o no es tan restringida (Caballé, 2015: s.p.). Así pues, aunque hablar de y desde sí y las propias circunstancias al correr de los días “no es una convención moderna procedente de la Reforma o del Romanticismo: es una de las tradiciones occidentales más antiguas” (Foucault, 1990: 62), se considera que la rama actual del diario personal forma parte de una “pléthora de escritos intimistas”. Esta se detonó durante los siglos XVII y XVIII, cuando “los sujetos modernos intentaban procesar todas las turbulencias que sacudían el universo” (Sibilia 2008: 119), ya no a partir de “la sinceridad, explicitando valientemente en la esfera pública las convicciones privadas”, sino siguiendo de forma auténtica los propios pensamientos y sentimientos, sin que fuera “necesario —y ni siguiera recomendable— exponerlos al público” (123).

Si se repara en tal empeño por reservar el diario al ámbito de lo privado y circunscribirlo al secreto —empeño que sigue siendo un importante tropo en el tratamiento común de estos documentos: al “querido diario” se le cuida y se le esconde, a veces incluso bajo llave—, no sorprende que se destaque una y otra vez la ausencia en él de cualquier acto ilocutivo fácilmente identificable, es decir, la dificultad que plantea tratar de discernir en él un propósito preciso frente a un público o un destinatario determinados (Kuhn-Osius, 1981: 167). De este modo, aunque pueda tocar temas y seguir estilos presentes en otros géneros, el

confinamiento comunicativo suele tomarse como uno de sus rasgos distintivos, y la violación de este confinamiento como una intervención sustancial a un texto originalmente destinado para uso exclusivo de su autor.

En este sentido, la reinterpretación que en 1957 hace Gaos de lo escrito en sus cuadernos, más que una simple muda de nomenclatura, podría también implicar un importante cambio de paradigma. En primer lugar, porque la escritura así concebida no suele lidiar con las mismas suposiciones de reclusión comunicativa y ello pese a que el género en el que subsume sus escritos a partir de entonces guarda muchas similitudes estructurales con las anotaciones del diario. Aunque la aforística no necesariamente se define como un género destinado al ojo público, algunos de los rasgos que de ella suelen destacarse desafían, sin duda, una relegación tan acotada a la esfera privada. Si bien se considera que “el rasgo genuino del aforismo es la completud [*sic*], realizada en términos lingüísticos” (Fernández Muñoz, 2017: 39), de la perspectiva o la idea a la que pretende dar expresión, uno de los temas que más fascinan a críticos y lectores por igual es que “todos comparten la sensación de que lo más valioso está fuera de nuestro alcance” [all share a sense that what is most valuable lies beyond our reach] (Morson, 2003: 421). Como señala Andrew Hui, “los mejores aforismos admiten una infinitud de interpretación, una inagotabilidad hermenéutica. En otras palabras, mientras que un aforismo está circunscrito por los requisitos *mínimos* del lenguaje, su interpretación exige un compromiso *máximo*” (2019: 3).¹⁷⁸ Es esta necesidad de interpretación la que rige los adjetivos con que Bundgaard describía al género: “irónico”, “pregnante”, “paradójico” e indirecto en su comunicación, el aforismo, aunque semántica o conceptualmente autónomo y suficiente, se considera misterioso o, cuando menos, multifacético.

Ahora bien, esta ambigüedad interpretativa, este “misterio”, podría recordar los “puntos de indeterminación” que suelen encontrarse en la escritura diarística (Kuhn-Osius, 1981: 171) y en la de otros documentos personales, como los cuadernos de apuntes o de trabajo; sin embargo, la explicación de ambos fenómenos sigue rutas muy distintas. En efecto, los tales documentos se encuentran llenos de datos faltantes, indeterminados y sujetos a

¹⁷⁸ “the best aphorisms admit an infinitude of interpretation, a hermeneutic inexhaustibility. In other words, while an aphorism is circumscribed by the *minimal* requirements of language its interpretation demands a *maximal* engagement” (Hui, 2019: 3).

interpretaciones variadas, pero estos generalmente se relacionan con información que quien los ha escrito, al ser indiferente a la confusión que podría causar a un lector distinto de él mismo, no juzga importante explicitar, o bien con información que, de hecho, busca ocultar ante la posibilidad de lecturas indiscretas. En cambio, suele considerarse que la condición irónica y polisémica de los aforismos responde tanto a la falta de contexto o de argumentación discursiva, debida a su forma concisa y asistemática, como a un efecto estilístico buscado de manera consciente, mediante el cual se pretende sorprender estética o gnoseológicamente al lector (Helmich, 2006: 31). Así, aunque la publicación no se toma explícitamente como un ingrediente esencial del aforismo, tiende a pensarse que hay en él una relación con los lectores, o una búsqueda de tal relación, distinta al supuesto secreto del diario o de los apuntes privados.

En segundo lugar, y de modo más contundente, alrededor de la época en que se compromete con el proyecto aforístico, las notas de los cuadernos de Gaos comienzan a integrarse a un plan editorial en ejecución y, por tanto, a manifestar abiertamente su proyección más allá del uso particular del filósofo. Esto contrasta con lo que ocurría en fechas anteriores, cuando las esporádicas explicaciones y descripciones que el filósofo llegó a proporcionar acerca de su ejercicio de escritura resaltaban, muchas veces, el carácter más bien casual de la consignación de notas y su utilidad como herramienta personal de memoria. En 1946, por ejemplo, el pragmático pensador inauguraba una nueva serie de anotaciones expresando la siguiente tentativa:

Se me ocurren con relativa frecuencia cosas que creo valen la pena de que las anote, aunque sólo sea para utilizarlas más adelante. Vengo anotándolas en los más varios papeles y por lo general en abreviaturas —todo lo cual representa la subida probabilidad de que la anotación haya sido vana. Así, me he decidido una vez más a anotarlas en esta libreta y redactadas.¹⁷⁹

En este tipo de afirmaciones quedaba estipulada la utilidad del registro para conservar las ocurrencias y su valor para el propio autor, sin que se vislumbrara tan claramente alguna intención de comunicar lo consignado ante otros destinatarios. Esto, efectivamente, acercaría este ejercicio de escritura con el que suele adjudicarse a los diarios y a los cuadernos de apuntes personales. Aunque los estudios especializados no olvidan que llevar un diario es “ante todo, y es posible que sobre todo, una tarea” que “impone un trabajo abrumador”

¹⁷⁹ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60642, 3 de mayo de 1946.

(Corbin, 1991: 434), tampoco dejan de remarcar que “ese tipo de escritura no conoce reglas ni verdaderos límites”, pues “debe ignorar esas dos coacciones que existen para todo escritor: el editor y el público” (Didier, 1996: 39). Libre de expectativas ajenas, el diarista puede en principio llevar su redacción por el rumbo que le plazca, sin preocuparse por cumplir los requerimientos estilísticos y comunicativos propios de la publicación (tanto en su sentido editorial como en el más amplio de abrir los textos a lecturas ajenas).

En contraste, a partir de su proyecto de cultivar la aforística —y a pesar de la libertad que, como vimos, también se adjudica a tal género—, los apuntes de Gaos comienzan a mostrar una más clara ambición de corrección, precisión y selección con vistas a un recibimiento efectivo. Pese a que “a la aforística le es esencial atenerse a la espontaneidad de la ocurrencia”, “cultivar la aforística”, manifiesta el filósofo, “no será dedicarse regularmente a discurrir y escribir aforismos”, sino “procurar dar a cada ocurrencia la forma, mental primero y verbal después, más perfectamente ajustada a su índole”.¹⁸⁰ No se trataba, pues, únicamente de redactar lo que se piensa según vaya viniendo a la mente y como “cada loco con su tema”, sino de hacerlo también con un método y un objetivo más precisos, ya que, además, “la aforística debe esquivar la degradación en la nimiedad insignificante”.¹⁸¹ El vínculo de este anhelo de relevancia y de “justeza y verdad del pensamiento y la expresión”¹⁸² con la discusión teórica sobre la organización adecuada de los materiales aforísticos y con la intención de conformar con los textos propios un plan editorial se encuentra continuamente sugerido en las eventuales referencias a las resoluciones prácticas derivadas de sus especulaciones sobre el género, como la inicial “conclusión práctica”, posteriormente debatida y abandonada, de “publicar los aforismos en el orden cronológico de ocurrencia, seguidos de una tabla sistemática”.¹⁸³ Asimismo, esta relación de ambiciones dejó su rastro sobre las páginas de los cuadernos a través de varias marcas paratextuales de relectura y selección, destinadas a revisar los materiales escritos y a evaluar la posibilidad de integrarlos a una antología publicable.

¹⁸⁰ AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 61075, 15 de septiembre de 1957.

¹⁸¹ AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 61377, 1 y 2 de enero de 1958.

¹⁸² AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 61080, 16 de septiembre de 1957.

¹⁸³ AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 61075, 15 de septiembre de 1957.

Entre estas marcas se encuentran elementos sobrepuestos a las notas, como tachaduras o subrayados que parecen cumplir una función evaluativa, aunque quizá las más llamativas sean las series numéricas que, pese a haberse implementado a partir de 1957, comienzan a añadirse sobre la sangría inicial de cada una de las notas consignadas desde fechas tan tempranas como 1942.¹⁸⁴ Con la aparición de estas numeraciones, las entradas se sometían a una nueva serie: al factor común de la secuencia del calendario —presente en todos los cuadernos personales del filósofo conservados en el Fondo Cuatro del AJG—, generalmente señalada, en este periodo, con la aparición de una fecha pospuesta a cada nota, se sumaba, antepuesta, una sucesión de números cardinales.¹⁸⁵ La secuencia numérica resultante imita, en efecto, uno de los formatos más comunes en los libros de aforistas y de precursores del género, desde La Rochefoucauld hasta Nietzsche, de Wittgenstein a Derrida. Una tras otra, cada una de las notas se presenta como parte de una misma colección —agrupada por la pertenencia a una sucesión numérica—, y, a la vez, como un ejemplar individual, identificado con su propia cifra. De este modo, por ejemplo, las tres notas que el filósofo redactó el 12 de octubre de 1955 en sus cuadernos exhiben sus respectivos números, sin romper con la secuencia que se había sobrepuesto a notas correspondientes a varios años

¹⁸⁴ Aunque las numeraciones de notas —es decir, las cifras seriadas que acompañan cada una de las anotaciones— se sobreponen a materiales previos a 1957, únicamente después de esta última fecha comienza a notarse una utilización consciente de estos guarismos, dentro del cuerpo de las notas, como herramienta de identificación de lo apuntado. Así, mientras años antes el filósofo se servía de acotaciones como “cf. la nota anterior sobre la esencia del inmanentismo” (AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 60725), “v[er] la idea para un cuento de la p[ágina] anterior” (f. 60671) o “[con relación] a la nota de 21/8/48” (f. 60731) para hilvanar las diferentes entradas registradas en sus cuadernos, en 1957 ya hace uso de la identificación numérica de las notas para escribir reanudaciones o réplicas a anotaciones previamente registradas: la nota 677 de una de estas series, redactada en aquel año, por ejemplo, comienza anunciando, en tinta, que es una “continuación de 674”, y esta última, a su vez, refiere ser una “respuesta a 669”; de tal modo, mediante estas referencias a las cifras que las acompañaban, el filósofo conecta, en un entramado de temática erótica, tres entradas relativamente alejadas en espacio. Esto sugiere que se trata de un mecanismo de organización implementado no en 1942, cuando se escribieron los apuntes sobre los cuales estas series de guarismos se sobrepusieron por primera vez, sino de forma tardía. Por lo demás, resulta sugerente que Gaos ya demuestre una plena conciencia de esta herramienta en 1957, particularmente después de haber manifestado en su cuaderno la intención de cultivar la aforística.

¹⁸⁵ En los cuadernos que abarcan de 1942 a 1957 esta nueva herramienta de corte y cohesión de los materiales desplegados está escrita en lápiz de color y contrasta con las notas, redactadas en tinta, lo cual abona a la idea de que se trata de una añadidura posterior; a partir de 1958, en cambio, la numeración se funde con las notas al consignarse mediante la misma tinta y, seguramente, durante el mismo momento.

antes y continuaría su recorrido, de forma paralela al transcurrir del calendario, hasta algunos años después (figura 3.1):

246. ¡Qué obstinación la de buscar la dicha en la persistencia y no en el cambio!

247. Lograr la mayor ambición de la vida acarrea una peligrosa relajación hacia la muerte: tener que seguir esforzándose por lograrla es mi seguro de vida.

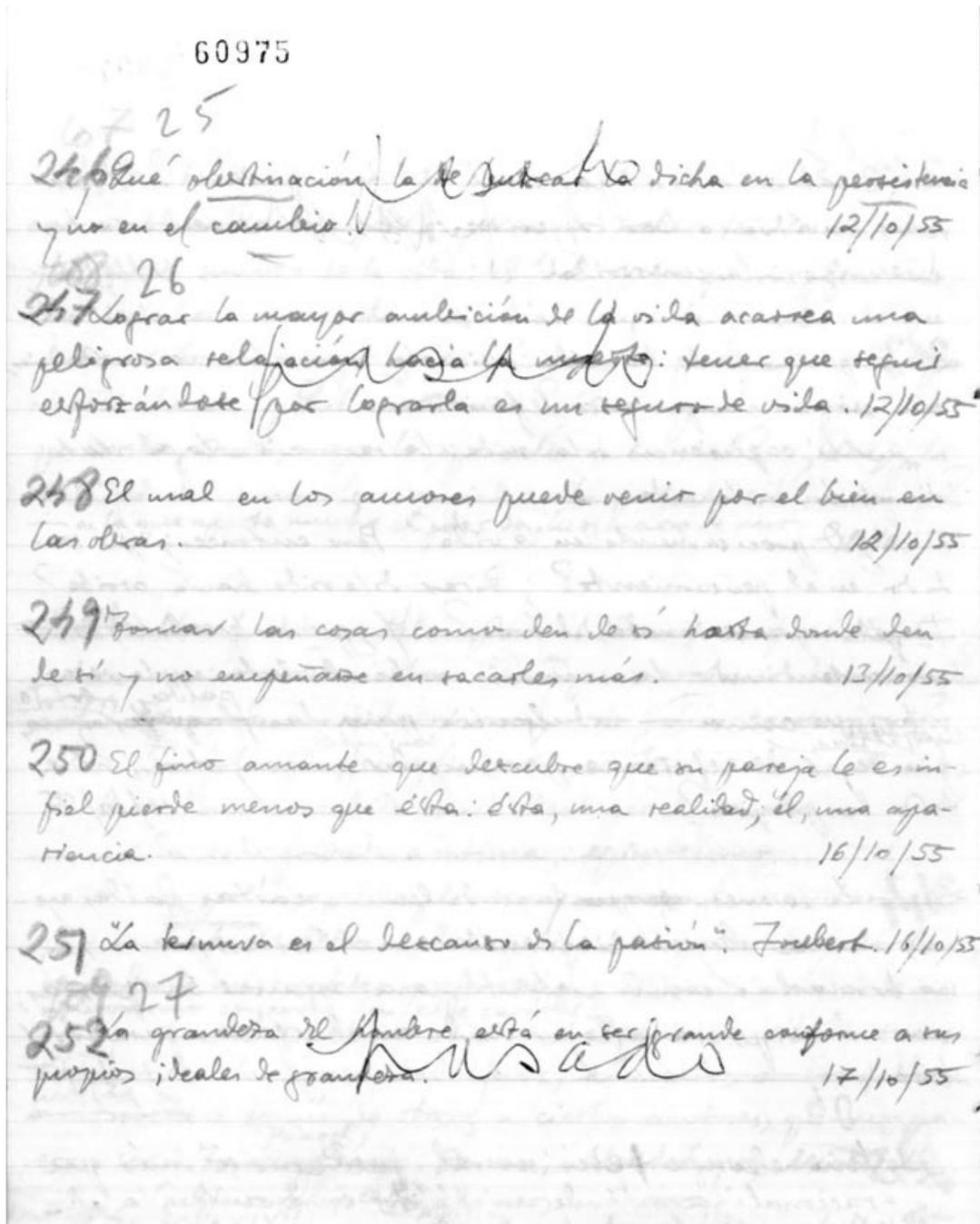
248. El mal en los amores puede venir por el bien en las obras.¹⁸⁶

Sin embargo, las irregularidades de esta forma numérica de organización¹⁸⁷ sugieren que, más que la emulación de un formato editorial determinado, podría tratarse, simplemente, de un método de identificación y catalogación de notas más vistoso y preciso que el de la datación pospuesta. Esta organización numérica permite, en efecto, ubicar las entradas entre las páginas, conectarlas entre sí y separar aquellas que hubieran sido redactadas durante un mismo día, todo de forma más rápida y sencilla, lo cual facilitaría la tarea de cualquiera que, como Gaos, se encontrara sometiendo sus escritos a un proceso de selección.

¹⁸⁶ AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 60975, 12 de octubre de 1955.

¹⁸⁷ En el cuaderno parcialmente desordenado de la década de los cuarenta, en los apuntes que abarcan de 1942 a 1945 se alcanza a vislumbrar una numeración que llega hasta la cifra 124; sin embargo, la serie se encuentra significativamente mermada, en parte, debido a que varios de sus componentes fueron borrados (de algunas de las cifras aún quedan residuos distinguibles) y, en parte, debido a la notoria pérdida de páginas del volumen. La numeración se reinicia en 1946, aunque al principio con algunas ausencias de marcas (posiblemente debido también a borramientos, pues, aunque no haya cifra en algunas notas, se respeta su lugar en el conteo de las que sí tienen), y llega hasta el número 281 en 1950. Por último, la numeración del cuaderno correspondiente al periodo de 1952 a 1957 va del 1 al 829. Los reinicios de estas series indican que, pese a que la totalidad de estos apuntes se contempla como parte de un mismo proyecto, las numeraciones no coinciden acumulativamente con el proyecto en sí, sino, quizá, con el medio de inscripción (en el caso de que las notas deshojadas de los cuarenta fueran parte no de un mismo volumen, sino de dos) o con una división temporal.

Figura 3.1. Anotaciones numeradas en los cuadernos de José Gaos



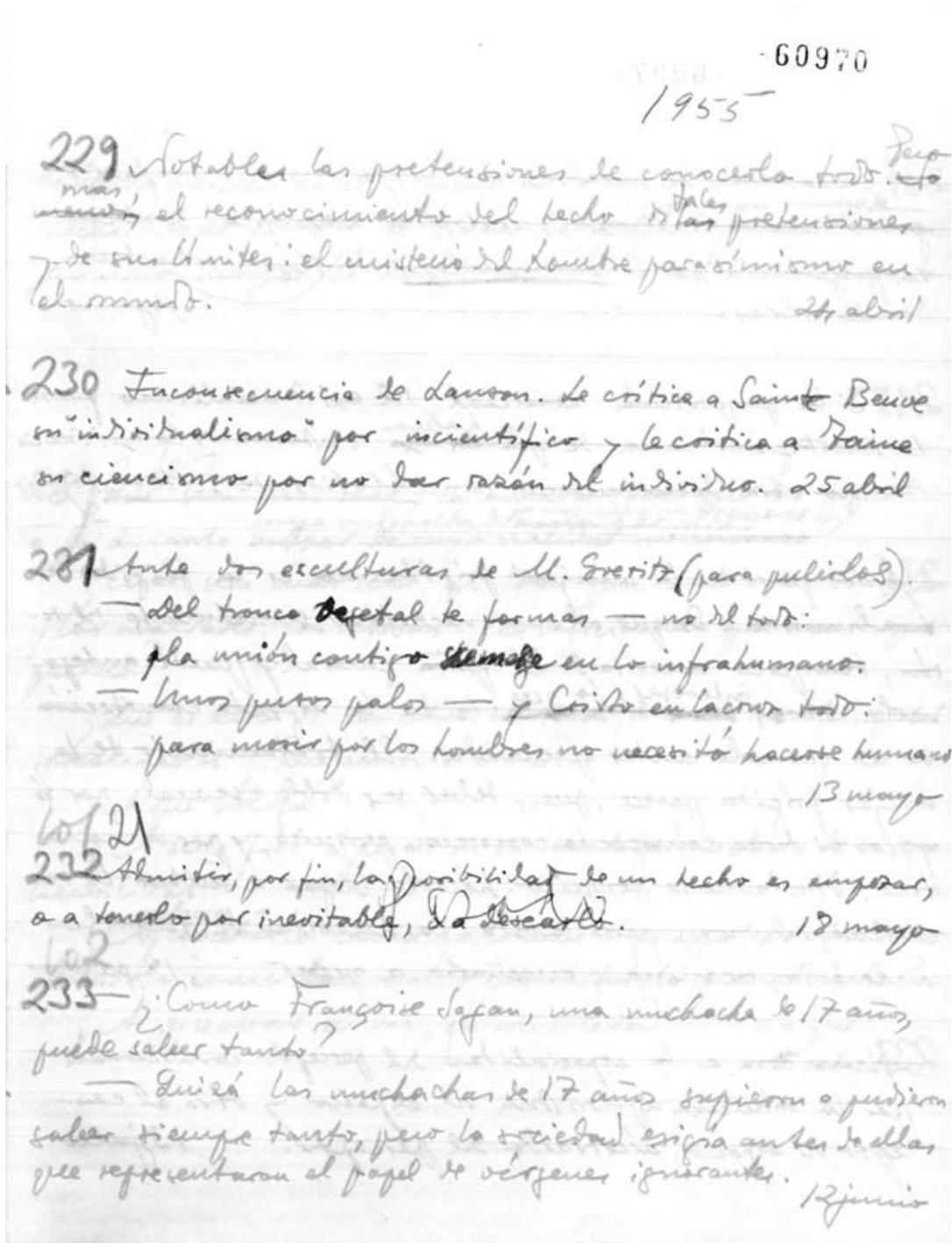
Fuente: AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 60975, 12 de octubre de 1955.

Y es que, además de haberse implementado a la par o en una temporalidad muy cercana a la formulación explícita de un plan de cultivo del aforismo, estas marcas numéricas se encuentran imbricadas en una atenta revisión que apunta hacia la admisión —o el rechazo— de algunas notas como parte de una antología publicable. Una manifestación de esto, también gráfica, son otras marcas numéricas, mucho más esporádicas, que, a partir de 1952, se sobreponen a aquellas amplias numeraciones que arriba describíamos. Aunque también siguen el formato de una serie sucesiva de números cardinales, estas otras numeraciones no se aplican a la totalidad de las notas ni se ajustan a un patrón predictivo de aparición. De esta manera, un enunciado como “Admitir, por fin, la posibilidad de un hecho es empezar o a tenerlo por inevitable o a deseirlo”, además de señalarse como escrito un 18 de mayo y ostentarse como la nota número 232 de una serie general, que abarcaba todas las notas adyacentes, se coloca también, de forma a primera vista inexplicable, como la nota número 101 de una serie más selecta y la 21 de una todavía más limitada (figura 3.2).¹⁸⁸ Ahora bien, lo que parecerían dos cifras caprichosas aplicadas a un costado o por encima de la numeración general en realidad forma parte de un cuidadoso proceso de selección. Se trata de la combinación de dos conjuntos limitados de notas: uno que restringe directamente el acervo general de entradas y otro que se dedica a acotar la lista derivada del anterior.¹⁸⁹ Esto quiere decir que la nota arriba citada fue la número 101 en ser aceptada en un primer proceso de selección y la número 21 en integrarse a un conjunto todavía más restringido de notas.

¹⁸⁸ AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 60970, 18 de mayo de 1955.

¹⁸⁹ El primero de ellos corresponde a una serie que abarca 331 notas, consignadas desde el 30 de marzo de 1952 hasta el 28 de octubre de 1957 —periodo en que la numeración aplicada a la totalidad de las notas del periodo ya contaba 743 de ellas—; la segunda serie sobrepuesta, que únicamente se añade a las notas que ya habían sido consideradas por la serie secundaria antes descrita, se aplica a 129 entradas, que comprenden del 30 de abril de 1952 al 21 de septiembre de 1957.

Figura 3.2. Confluencia de las tres numeraciones en el cuaderno de José Gaos



Fuente: AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 60970, 18 de mayo de 1955.

Por sí sola, la combinación de estas sucesiones ya implica una elección de materiales. Sin embargo, el verdadero resultado de sus distinciones no se revela dentro de los márgenes de los cuadernos, sino en los borradores del primer libro de aforismos de Gaos, el *10%*. Ubicados en el Archivo Histórico de El Colegio de México,¹⁹⁰ estos escritos preparatorios incluyen una patente mayoría de los materiales contenidos en la serie más acotada —es decir, aquellos que, por lo mismo, aparecían en el cuaderno con una triple numeración—, a los que se suman algunas pocas notas que preceden a la implantación de esta herramienta articulada de selección, extendidas hasta la fecha de 1942, así como algunas otras que corresponden a un periodo posterior, aunque muy cercano, a su utilización.¹⁹¹ Finalmente, más allá de este curioso método compuesto, el dato del periodo completo de entre el cual se escogieron los materiales de esta primera antología de aforismos es muy significativo, pues coincide con las fechas hasta las cuales se retrotrajeron las relecturas que presumiblemente emprendió Gaos a finales de 1957 y que quedaron registradas, como se advirtió antes, mediante la sobreposición de señalizaciones numéricas generales, acompañadas de otras marcas paratextuales, como subrayados y tachaduras.

Una vez escogidos, el propósito de catapultar estos escritos más allá de las cubiertas de los cuadernos del filósofo y exponerlos a otras miradas es más que evidente. Las dos copias del borrador resultante resguardadas en El Colegio de México se distribuyen ya sobre un soporte distinto, transcritas a máquina en hojas sueltas, y conservan las huellas de numerosas intervenciones realizadas, según demuestra la variedad en caligrafía, ortografía y observaciones, por la mano de diversas personas, empezando por la de quien —posiblemente a partir de un dictado— mecanografió el documento, y siguiendo por la de quienes —y en este grupo se cuenta, de hecho, la participación del propio filósofo—, en tinta o a lápiz, se

¹⁹⁰ Véase nota 11.

¹⁹¹ La mayoría de ellas corresponde a un periodo posterior a la última aparición de la numeración más restrictiva (es decir, son notas redactadas después del 21 de septiembre de 1957); sin embargo, en los cuadernos estos materiales siguen identificándose mediante dos cifras diferentes, lo cual evidencia que, pese a haberse escrito después de haberse abandonado la tercera y más acotada numeración, siguen participando del proceso de selección establecido mediante este mecanismo numérico compuesto; otras pocas, por su parte, son notas consignadas en los cuadernos previos a 1952, donde, aunque sí hay numeraciones generales, no hay rastro de esta herramienta combinada de selección. De ahí que, aunque la mayoría de lo que se incluyó en este primer libro de aforismos correspondiera a anotaciones fechadas entre 1952 y 1957 en los cuadernos personales del filósofo, este no se olvidara de señalar, no obstante, al final de esta antología, que la colección incluía materiales consignados desde 1942.

dieron a la tarea de corregir erratas, como la confusión de “Sea” por “[Leopoldo] Zea” o la aparición del curioso nombre “Joubert Oulepur Sang Froid de Lasagesse” en lugar de la expresión en francés “Joubert, *ou le pur sang froid de la sagesse*” (figura 3.3).¹⁹² En otros casos, las intervenciones se atrevían, incluso, a calificar y comentar lo ahí consignado. Esto es particularmente atractivo en la única participación firmada hallada sobre este corpus, la de Alfonso Reyes, quien, además de valorar los aforismos de estos borradores anotando un “sí”, un “no” o un dudoso “salvable”, escritos a lápiz a un costado de cada uno, no perdió la oportunidad de señalar que la afirmación de que “Las obras de Ortega son las greguerías de la filosofía” representaba “¡Peligro!”¹⁹³ o de dejar un comentario irónico ante la sugerencia gaosiana de que “Los malos sentimientos propios amargan más y hacen más infeliz que los ajenos contra uno”: “Conste”, contesta Reyes, sin olvidarse de firmar su réplica con sus iniciales, “que no estoy seguro, tal vez porque soy buena persona” (figura 3.4).¹⁹⁴

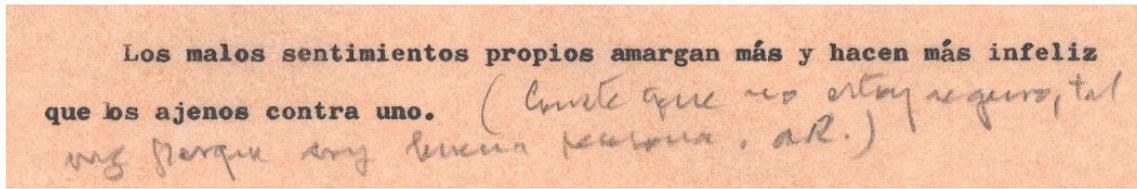
Tales intervenciones nos recuerdan que “el proceso de publicación, cualquiera que sea su modalidad, siempre es un proceso colectivo, que implica a numerosos actores y que no separa la materialidad del texto de la textualidad del libro” (Chartier, 2006: 12). Después del periodo de correcciones y tras haber obtenido la aprobación editorial del Fondo de Cultura Económica (en la colección Tezontle), los apuntes resultantes cambiaron, una vez más, de soporte y se publicaron como aforismos en diciembre de 1957. Según después expresó el filósofo, ese libro estaba “destinado exclusivamente a desear a los amigos del autor un feliz 1958” (Gaos, 1982: 152); recientemente El Colegio de México publicó una versión facsimilar del opúsculo (Gaos, 2017 [1957]). Pese a ese primer propósito, coyuntural y de exposición limitada, los 120 aforismos elegidos para 10% —cuyo título alude al proceso de selección que debieron experimentar estas notas hasta ser antologadas—¹⁹⁵ encontraron posteriormente lugar en 11%, en 12% y en la edición de la aforística gaosiana que realizó Vera Yamuni en

¹⁹² Son este tipo de erratas las que sugieren que el borrador fue pasado a máquina a través de dictado y no directamente de los manuscritos.

¹⁹³ AHCM, José Gaos, caja 16, exps. 1 y 2, f. 14.

¹⁹⁴ AHCM, José Gaos, caja 16, exps. 2, f. 19.

¹⁹⁵ Según las numeraciones dispuestas sobre los cuadernos de 1942 a 1957, el total de notas consignadas en ellos es de 1 234: 124 en el periodo de 1942 a 1945; 281 de 1946 a 1950, y 829 de 1952 a 1957. De ahí que, si no se incluyen las notas de 1957 posteriores al periodo de numeración, la aseveración de que los 120 aforismos de este primer libro constituyen el 10% es acertada.

Figura 3.4. Comentario de Alfonso Reyes al borrador del 10%

Fuente: AHCM, José Gaos, caja 16, exp. 2, f. 19.

La totalidad del proceso, de la determinación por cultivar enunciados con “justeza y verdad del pensamiento y la expresión” a la selección, corrección y posterior publicación de los materiales, pareciera, en suma, alejar definitivamente estos escritos de los usos y las acciones asociadas que suelen asumirse como propios de la escritura diarística o, en general, de la escritura esencialmente personal. Sometidos a presiones estilísticas y selectivas para llegar de forma oportuna a algún contemplado —aunque no explicitado— público, y modificados, efectivamente, por agentes distintos al propio autor, estos escritos terminan por convertirse en una especie de *avant-texte* —de *pre-texto*, en la terminología de Gerard Genette—¹⁹⁷ para la conformación de posteriores colecciones editadas y, finalmente, publicadas. Si a esto agregamos que Gaos presentó estos textos plenamente como aforismos, sin aludir a su clasificación como parte de un “diario” —ni siquiera de un “diario no diario”— o un cuaderno de apuntes, la incorporación del contenido de estas libretas al resto de asuntos documentales “de carácter personal [que] carecen de interés filosófico o científico”¹⁹⁸ tiene que ser reconsiderada, cuando menos. A fin de cuentas, varios de sus materiales se incorporaron a la obra publicada del filósofo, y lo hicieron, además, anunciando su pertenencia a un género conocido por el frecuente interés de sus cultivadores en impactar, de alguna u otra manera, al lector con enunciados desafiantes, cautivadores o ingeniosos.

¹⁹⁷ “La función paratextual del pre-texto [...] reside en una visita, más o menos organizada, a la ‘fábrica’, un descubrimiento de vías y medios por los cuales el texto se convirtió en lo que es, distinguiendo, por ejemplo, lo que fue primero y lo que sobrevino en el transcurso del camino” (Genette, 2001: 346).

¹⁹⁸ [José Gaos \(unam.mx\)](http://unam.mx)

“Este amor se me convierte en aventura y estos aforismos en diario”

Ahora bien, aunque es tentador tomar el recorrido arriba expuesto como un signo contundente del perfil público de los escritos involucrados, habría que preguntarnos cuán útil o reveladora es realmente una distinción tajante entre la escritura replegada a la esfera personal y la que se dispone al público. En primer lugar, porque, aun cuando se pretendiera escribir en un completo aislamiento y sin la meta de una publicación posterior, se trate o no de un diario, la incidencia en la propia redacción de las pautas, los recursos y los medios presentes en los textos ajenos o en el universo de los libros publicados difícilmente puede ser nula. No debe pasarse por alto, por ejemplo, que en la mayoría de sus cuadernos, incluso en aquellos cuyo contenido no se incorporó al proyecto aforístico ni a ningún otro plan de publicación y que hoy permanecen inéditos —algunos de los que redactó durante la guerra en España, entre otros—, Gaos suele hacer uso de recursos “librescos”, como la nota a pie de página para comentar sus propios apuntes; la aparición de esta clase de recursos en un documento manuscrito, en el cual tales intervenciones tendrían un sinnúmero de oportunidades de colocación, no parece sino el remedo de un formato editorial. Esto sin mencionar la frecuente aparición de citas textuales y comentarios derivados de estas, o la clara adaptación (y apropiación) creativa de tropos y modelos enunciativos ajenos o tradicionales, como puede verse en el siguiente fragmento, que Gaos ilustrativamente tituló “Credo y non credo”:

Creo en la ciencia, en el sentido de que la creo poderosa para ir haciendo cada vez más al hombre sano, dotado de bienestar material y ocios, *bueno*, feliz.

Creo en el arte, en el sentido de que lo creo surgente de voluptuosidades reiteradas, profundas, subidas.

Creo en el amor, en el sentido de que creo posible un amor entre personas que lo entiendan y practiquen bien y sean con él más felices que lo fueran sin él.

Creo en el valor de las diferencias entre individuos y colectividades, en el sentido de que el violento contra ellas, sea individuo o colectividad, es una bestia infrahumana del verdadero hombre.

Pero también creo que hacer de las bestias infrahumanas, que son y serán por ¿cuánto tiempo aún? la mayoría de los que se llaman hombres, verdaderos hombres, costará ese ¡tanto! tiempo aún, si es que se logra en tiempo alguno.

En lo que creo, pues, es en la perfectibilidad del hombre, y en lo que no creo nada, en una perfectibilidad de él que haga realmente de la Metafísica lo que ésta ha pretendido ser.

Y tanto más espeso resulta el enigma, más punzante el problema del hombre mismo para sí mismo: un ente que puede creer y no creer lo acabado de puntualizar.¹⁹⁹

Fragmentos como este, que poseen una relación tan evidente con escritos de otros autores, y hasta de otras épocas, al tiempo que presentan un trasfondo y un desenvolvimiento tan personal, muestran que la distinción entre los recursos (formales y temáticos) de escritura propios y los ajenos es sumamente compleja.

En segundo lugar, y como ya lo han advertido, de hecho, algunas investigaciones sobre el género diarístico, ni siquiera en el plano de la circulación de los discursos es sencillo postular la existencia de una escritura absolutamente personal o totalmente ajena al ámbito de la comunicación —que es, recordemos, la distinción que Picard resalta respecto a tal género—. Algunos especialistas, por ejemplo, apoyándose en la naturaleza social del lenguaje, advierten las contradicciones que una escritura que se pretendiera ajena a cualquier incidencia o proyección pública podría plantear:

En vista de la creencia común —señala K. Eckhard Kuhn-Osius— de que el diarista habla solo para sí mismo de sí mismo, por sí mismo (al menos en circunstancias ideales), de que da expresión auténtica a la experiencia, se debe recalcar que la experiencia por sí misma es, en su privacidad, muda. En cuanto algo puede verbalizarse, ha encontrado su lugar en el universo cognitivo de todos los usuarios del lenguaje (1981: 169).²⁰⁰

Una idea similar guía la “Teoría de la intimidad”, muy influyente en los estudios hispanos, de Carlos Castilla del Pino, quien entiende el espacio íntimo como el escenario reservado a las actuaciones humanas observables “sólo para el sujeto”, de manera que “*lo íntimo puede decirse, no mostrarse*” (1996: 19). En esta verbalización, añade el teórico, tal esfera no puede sino transformarse en una actuación privada o pública, dependiendo del grado de exposición al exterior de las palabras con que se dice (30). De este modo, hablar de intimidad o de restricción al ámbito personal en el género diarístico —o quizá, incluso, en cualquier otro— podría no implicar necesariamente una descripción estricta de la situación comunicativa de los textos, sino, como destacan Celia Fernández Prieto o Álvaro Luque Amo, un “efecto de

¹⁹⁹ AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 60917-60918, 3 de mayo de 1954.

²⁰⁰ In light of the common belief that the diarist speaks only to himself of himself, for himself (at least under ideal circumstances), that he gives authentic expression to experience, let it be stressed that the experience itself is in its privacy speechless. As soon as something can be verbalized, it has found its place in the cognitive universe of all language users (Kuhn-Osius, 1981: 169).

palabras” (Fernández Prieto, 2015: 65) o “una construcción textual” (Luque Amo, 2018: 764). Desde esta perspectiva, la etiqueta de *íntimo* referente a textos como estos tendría un sentido más retórico que descriptivo. Después de todo, según indicó el propio Picard, no deja de ser “revelador el hecho de que quien diera al diario el nombre francés de ‘journal intime’, como denominación genérica, no fuera un diarista sino un editor”: a saber, E. Scherer, quien en 1882 llevó a la imprenta un fragmento del diario de Henri Frédéric Amiel (1981: 118).

Estos matices hacen tambalear cualquier intención de ver en la circulación restringida de los textos una característica que los defina de forma incuestionable y, por tanto, un rasgo propio confiable para fundamentar su clasificación. De hecho, la historia de la génesis de los libros de aforismos publicados por Gaos es una patente muestra de que ni la publicación ni el relativo ocultamiento de un escrito son circunstancias previstas desde su composición ni constituyen condiciones inalterables. Como refleja el proceso de selección antes descrito, al producto editado no solo se añadieron anotaciones consignadas, en un plan proyectivo, después de la tentativa clara de realizar un libro de aforismos, sino también, desde un ejercicio retrospectivo, anotaciones previas a tal resolución, cuando el filósofo seguía una redacción menos orientada hacia la publicación. De tal modo que, aunque la incorporación ordenada y pulida como parte de un libro fue el último destino de algunas notas de Gaos, el desenvolvimiento previo de varias de ellas como anotaciones más bien espontáneas y sin pretensiones notorias de edición no puede simplemente ser negado. En otras palabras, según remarca Gerard Genette, tan nocivo sería no advertir que “los estados de texto antiguos [...] pueden testimoniar intenciones ulteriormente abandonadas” como sucumbir ante “el viejo fetichismo del ‘último estado’ considerado como conclusión inevitable” (2001: 346). En este sentido, pese a que muchos de estos materiales fueron publicados, tal aparición editada no puede ser tomada como reflejo indudable de una intención primigenia, como tampoco puede considerarse su inicial resguardo en el secreto como muestra de su fin último.

Y esta parece ser la clave del doble desenvolvimiento de las notas de Gaos. Todo apunta a que es difícil catalogarlas ya sea como parte de una supuesta escritura íntima o personal, o bien como parte de la supuesta escritura dispuesta al público, no solamente por los retos teóricos que implica una distinción abstracta de este tipo, sino también porque los usos asociados a estos textos no son fijos ni inherentes a ellos o determinados desde su redacción. De hecho, lo que muestra el contraste de, por un lado, la aparición de estos textos

tanto en los libros de aforismos como en sus borradores y, por otro, su encadenamiento en los cuadernos es una cierta ambivalencia de propósitos, en la que contenidos, formas, acciones, soportes, expectativas genéricas y fines entran en interacción y transformación conjunta.

Así, aunque en su mayoría se conservan casi intactas, en su paso del cuaderno a la publicación las notas se reordenan, se modifican y se reclasifican; además, se pierden las señales que pudieran orientar la lectura hacia su origen coyuntural y espontáneo. De este modo, en los borradores y en los libros formados, Gaos se deshizo de las fechas que acompañaban cada registro en los cuadernos y excluyó las alusiones a la utilidad y la afectación personales de la bitácora que llevaba en sus cuadernos. Es lo que sucedió, por ejemplo, con una anotación del 19 de junio de 1957 —aquella que, en los borradores, recibió el comentario firmado por Alfonso Reyes—, donde la disposición sentimental del filósofo iba unida, originalmente, a una conclusión de tintes generales: “Ya casi no me enoja ni resiento por nada ni por nadie. Los malos sentimientos propios hacen más infeliz que los ajenos contra uno”.²⁰¹ Privilegiando la contundencia de la última aseveración, Gaos omite la primera parte de la anotación en el borrador del 10%.²⁰² Y, aunque esta nota no sobrevivió a la selección final, su caso ilustra la tendencia que se mantuvo en el opúsculo: al excluirse o modificarse los fragmentos autorreferenciales —no tan abundantes, por lo demás—, los textos publicados conservan una apariencia más gnómica que anecdótica.

Asimismo, de una inicial redacción al hilo del calendario las notas pasan, en los borradores conservados del 10%, a una organización temática, y, en la versión final de este libro, a una disposición más heterogénea —ni por apartados temáticos ni por ocurrencia temporal—. Esto, sumado al proceso de selección de las anotaciones, termina por privar a

²⁰¹ AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 61050, 19 de junio de 1957.

²⁰² Otro caso ilustrativo en este sentido es lo que sucedió con la nota del 26 de abril de 1956, que versaba “Le encantará no tener que sentir remordimientos de consciencia por no sumirme la ruptura en la desesperación, pero le mortificará que aquella no me suma en esta”. En una intervención posterior sobre el cuaderno —realizada, presumiblemente, durante el periodo de selección de materiales—, el filósofo coloca sobre las marcas de primera persona sus correspondientes impersonales: “Le encantará no tener que sentir remordimientos de consciencia por no sumirle en la desesperación, pero le mortificará que aquella no le suma en esta”. Y esta fue la forma que tomó en los borradores del 10% (AHCM, José Gaos, caja 16, exps. 1 y 2, f. 23), aunque finalmente fue un aforismo descartado (AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 60992, 26 de abril de 1957. Énfasis mío).

cada una de ellas de su contexto discursivo original. Es lo que sucede con la nota arriba citada y con varias otras contemporáneas, cuya posición en el hilo calendárico del cuaderno, a pesar de la escasez de detalles referenciales precisos, sugiere que estaban vinculadas con una serie de decepciones amorosas. En el libro de aforismos, en cambio, este conjunto de notas terminó repartido en distintas regiones, de manera que poco sabemos de la cadena de reflexiones, análisis y arrebatos sentimentales entre los que originalmente se encontraba, por ejemplo, uno de los últimos textos del opúsculo: “Sin convivirlas en el amor, las demás cosas de la vida, indiferentes. Sin convivir las demás cosas de la vida en el amor, éste, decepcionante” (Gaos, 2017 [1957]: 30).²⁰³

Al presentarse al lector desprovistos de mayores detalles coyunturales y personales, así como en un itinerario de lectura que no sigue la línea biográfica, los aforismos del 10% se distancian de la asociación con la escritura circunstancial del diario o las libretas de notas. Con ello, quizá, facilitan un efecto de conmoción gnoseológica en el lector y la identificación de este con el contenido, pues dejan de encaminar, de forma tan pronunciada, su curiosidad y su interpretación hacia el fondo experiencial “originario” de cada enunciado. Estas modificaciones se encuentran atravesadas, además, por un ideal genérico, pues corresponden al concepto que Gaos tiene de la aforística, a la que contempla, ciertamente, como derivada de “una experiencia de la vida”,²⁰⁴ pero, simultáneamente, como canalizada en la escritura a través de “formas de despersonalización singular”:²⁰⁵ “Universalidad, para disimular la banalidad. Singularidad o particularidad, para exactitud de la expresión. Modalidad de posibilidad, para lo mismo. ¿Modalidad de necesidad, para poner énfasis?”²⁰⁶ Esta interacción entre el origen vital de los textos y su paso hacia la categorización en su formulación y su redacción, que Gaos identifica en algunos exponentes del género, lo llevó a aventurar una definición del mismo como intermediario entre el diario y el sistema: “Entre el sistema y el diario (como el de Marcel), el medio de los libros aforísticos nietzscheanos: conceptualizar esta forma no de libros inacabados (como la *Voluntad de potencia*), sino de los más ajustados a la forma misma del pensamiento y de la vida”.²⁰⁷ Y en esta conjunción de fondo personal-

²⁰³ AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 61050, 19 de junio de 1957.

²⁰⁴ AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 61133, 23 de noviembre de 1957.

²⁰⁵ AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 61418, 18 de enero de 1958.

²⁰⁶ AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 61422, 21 de enero de 1958.

²⁰⁷ AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 61404, 10 de enero de 1958.

circunstancial y expresión conceptual, apoyada en una revisión de la historia del género, fue donde halló su pertinencia filosófica y el valor de su publicación, a tal grado que los primeros esbozos de su libro *De la filosofía* fueron ensayados desde este, antes de decantarse por la segunda opción del recurrente conflicto gaosiano “entre el aforismo y —el mamotreto”.²⁰⁸

Ahora bien, pese a todas estas características, presumiblemente atravesadas por fines de recepción y expectativas genéricas, no deja de ser significativo el hecho de que, aun después de formalizar su proyecto aforístico-editorial, el filósofo no abandonara, en sus cuadernos, los mismos rasgos que excluía de sus borradores y en sus publicaciones. En las libretas, las anotaciones continúan consignándose al compás del calendario y, acompañadas de su fecha, se siguen haciendo esporádicas alusiones a la situación y la persona de Gaos. Asimismo, aunque desde 1957 la redacción parece más cuidada y concisa, así como más conceptualmente densa, sigue habiendo entre las notas algunas que parecen exhibir un carácter más mnemotécnico o de utilidad personal que uno directamente encaminado a la conformación de colecciones aforísticas publicables. Tal impresión deja, por ejemplo, la consignación de las opiniones que amigos y lectores del filósofo le hacían llegar sobre sus escritos: “O’Gorman me dice que a Gloria Cándano y a Sergio Fernández les dejaron los aforismos una impresión de tristeza”. De lo cual, como era su costumbre, Gaos extrae una observación incisiva: “Los aforismos, en general, serían la cifra de la experiencia final, melancólica, de la vida; la conceptualización de la experiencia melancólica de la vida”. Pero también una interrogante: “¿O mis aforismos la cifra de una experiencia melancólica de la vida?”²⁰⁹ E, incluso cuando las notas de su cuaderno guardan una formulación categórica, contundente y general, el filósofo no puede dejar de advertir la relación de su registro en el cuaderno con la cotidianidad que él mismo vincula con la escritura diarística. Así sucede, por ejemplo, cuando el proyecto aforístico se enlaza con la investigación sobre el amor que se propuso durante 1957.²¹⁰ Tras una serie de enunciados eróticos sellados de gravedad y contundencia —algunos de los cuales llegaron a incorporarse al 10%—, el filósofo no puede evitar observar que “este amor se me convierte en aventura y estos aforismos en diario”.²¹¹

²⁰⁸ “La epopeya es mucha más obra que el soneto, aunque éste nos venga mejor. Pero ¿y la elección entre el aforismo y—el mamotreto?” (AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 61126, 28 de octubre de 1957).

²⁰⁹ AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 61391, 8 de enero de 1958.

²¹⁰ Véase página 110 y siguientes.

²¹¹ AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 61090, 22 de septiembre de 1957.

El contraste de los documentos aquí analizados —cuaderno, borradores y libro— muestra, por un lado, la distinción que el filósofo establece entre la práctica que lleva a cabo en su cuaderno de apuntes y aquella encaminada a la conformación de publicaciones aforísticas. Cada una hace uso de distintos soportes y configura diferentes situaciones discursivas mediante variaciones formales y directrices de lectura contrastantes. Y dentro de estas mudanzas destaca el rechazo del filósofo a presentar sus escritos editados como parte de un “diario” o de un “cuaderno de apuntes”, a pesar de que él mismo no solo los había denominado así, sino que también había mostrado su admiración hacia ejemplares como el *Diario* publicado de Gide²¹² —algo que, por cierto, no dejaría de resaltar en lo sucesivo—. En este sentido, como señala Amy J. Devitt, no son los textos por sí mismos los que construyen la situación discursiva o los que encarnan directamente las características genéricas o sus determinaciones de uso público o personal, sino que la presentación genérica, la invitación a una cierta lectura y los rasgos formales interactúan en la construcción de los textos y su situación. De ahí que estos no sean únicamente *productos* precargados de intenciones, sentidos y acciones asociadas, sino que se encuentren siempre en recíproca construcción con un *proceso* de configuración, emisión y recepción (Devitt, 1993: 578). Así, la distinción de medios, formatos y usos que existe entre la preparación de los libros de aforismos y lo que ocurre en los cuadernos sugiere que, a pesar de que todos ellos comparten contenidos, no se agrupan como un mismo instrumento discursivo ni responden a los mismos propósitos o expectativas.

Pero, por otro lado, este contraste muestra también la continuidad que el filósofo percibe entre el registro cotidiano que realiza en sus cuadernos y la cuidada preparación de sus publicaciones. Aquellos pensamientos escritos al vuelo, el registro de las ideas dispersas y la posibilidad de dar con una conclusión rotunda a partir de la consignación de las propias vivencias hacen de la bitácora construida día con día en sus cuadernos un precioso documento de autoanálisis, pero también de memoria intelectual, de exploración conceptual y —¿por qué no?— también de labor filosófica. Así, por lo menos, lo insinúa Gaos cuando determina, después de algunos intentos por distinguir entre el aforismo y la mera anotación nimia de vivencias y ocurrencias, que “la aforística puede absorber el diario de aquel cuya

²¹² Véase página 61 y siguientes.

profesión de vida es pensar, para quien las solas anécdotas valiosas —registrables, publicables— son las categorizables”.²¹³

Y es que, a pesar de que la diversidad de soportes y presentaciones que estos textos adoptan supone cambios en sus situaciones discursivas y sus proyecciones ante un público, el filósofo no podía evitar advertir que su pensamiento no solamente formaba parte de su vida profesional, sino que también era constitutivo de su cotidianidad o, mejor aún, que su cotidianidad no estaba separada de sus labores intelectuales. A diferencia del célebre ensayista —a quien, como se advirtió en el capítulo anterior, también llegó a tomar como modelo expresivo— que afirmaba que “el alcalde y Montaigne han sido siempre dos, con una separación muy clara” (Montaigne, 2007: 1510), Gaos no deja de mostrar que, para él, la filosofía, no en el sentido de cúmulo de proposiciones sino en el sentido de profesión, no es *llanamente* una “máscara” o una “ocupación teatral”. Conformaba, por el contrario, una actividad determinada por una vocación, relacionada con rasgos de personalidad —como la soberbia—, y una profunda motivación y perseveración por darle salida, pese a las inevitables decepciones (Gaos, 2012).²¹⁴ Más aún, según su particular perspectiva, “la filosofía se presenta, a diferencia de todas las demás, *ociosas* en comparación con ella, como la cuestión *afanosa* única en que el objeto de la cuestión es el sujeto mismo” (Gaos, 2003: 57).

Si bien Gaos y Montaigne coinciden en la idea de que la escritura se encuentra siempre, de algún modo u otro, relacionada con el yo, para el primero esta no fue siempre resultado del ocio o del retiro frente a los deberes de su oficio. No sorprende, pues, que además de atreverse a cerrar su primera publicación de aforismos con un guiño que apunta al origen vital-personal del volumen —“Un libro es un espejo que se pasea a lo largo del autor —y a lo ancho y a lo hondo” (Gaos, 2017 [1957]: 30)—, se dedicara con una consistencia estimable y sin disimulo a registrar la complicada deriva de su pensamiento y su personalidad en la escritura rutinaria y quizá, en el proceso, a “desenmascarar” tanto sus particulares rasgos y actividades como, en un salto interpretativo que en varias ocasiones calificó de

²¹³ AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 61383, 6 de enero de 1958.

²¹⁴ Obsérvese, por ejemplo, cómo arranca uno de sus trabajos sobre el tema con una mención a la predisposición de su carácter: “Creo que si me dediqué a la enseñanza de la filosofía y a la filosofía misma, fue inicialmente porque la filosofía vino a dar a tendencias que había en mí desde antes de encontrarme con ella una satisfacción más cabal que las que habían recibido hasta entonces y que las demás que siguieron recibiendo por lo pronto” (Gaos, 2012: 33).

fenomenológico, aquellos del filósofo en general (Gaos y Larroyo, 2003: 59). En lugar de tratar, como el literato de Burdeos, de “distinguir la piel de la camisa” en una dicotómica seguridad, las vastas páginas que el transterrado llenaba día con día en sus cuadernos manuscritos muestran, sin tapujos, lo que de piel hay en la idea y en la letra. De ahí que, aunque no deje de ser cierto que estos cuadernos no estaban, en principio, destinados a la publicación ni respondían a las obligaciones del oficio,²¹⁵ tampoco sea posible afirmar que son un remanso ajeno al ajeteo del filosofar, de la profesión del pensar y el escribir; en esta relación yace su ambivalencia: su posibilidad de publicación y su pertinencia profesional en compleja tensión —que no oposición— con su fondo personal y cotidiano.

“En estos cuadernos se puede recoger la biografía de mi filosofía”

Pese a todos los matices y tensiones que hasta ahora se han ido añadiendo a esta exploración de los cuadernos de Gaos, existe un ámbito en el que los géneros aquí discutidos, o al menos la noción que de ellos desarrolla el filósofo, parecen confluír de manera más armónica. El diario, el dietario y el aforismo, lo mismo que el cuaderno de trabajo y el cuaderno general, surgen, para él, de un registro de lo circunstancial. Si bien entre ellos se vislumbran lo mismo contrastes que cruces en cuestiones temáticas, formales y de exposición comunicativa, todos ellos se asocian con una misma actividad de consignación, recurrente y pretendidamente espontánea, a la que Gaos contempla como resguardo, concreción y estímulo del pensar.²¹⁶

Aunque se trata de una noción que atraviesa, como hemos visto a lo largo de este trabajo, el grueso de los escritos albergados en el Fondo Cuatro del AJG, así como su plan de *Jornadas filosóficas*, nunca se aborda con tanta transparencia como en el periodo de preparación y ponderación del proyecto aforístico. El grado de análisis invertido en la justificación personal de tal proyecto, así como los sondeos derivados de su complicada

²¹⁵ Incluso cuando se mostraba inseguro de afirmarse como filósofo, Gaos señalaba que en el cultivo de esta disciplina subyacía la obligación de publicar: “Ser profesor de filosofía significa hoy, no solamente enseñar filosofía, sino también, y casi más, ser publicista filosófico” (AJG, fondo 1, carpeta 42, f. 7217v).

²¹⁶ Esta alusión a un ejercicio repetitivo y cotidiano puede asociarse con la definición que Philippe Lejeune propone del diario, según la cual “antes que un texto, el diario es una *práctica*” (1996: 58); sin embargo, por el vínculo que aquí se ha notado entre el proceso y el producto discursivos, esta definición nos parece insuficiente, ya que considera que “el texto no es más que un subproducto, un residuo” (58). La atención de Gaos a la confección y la pertinencia de sus escritos demuestra lo mucho que debe cuidarse el producto de esta práctica.

puesta en práctica y su salida al público aportaron una particular conciencia de los mecanismos, ideales y límites implicados en esta práctica de escritura. El pilar de estas consideraciones y estos afanes se encuentra, según se describió en el primer capítulo de este trabajo, en la común concepción de la escritura como un medio de materialización y conservación de aquello que inscribe. Esto le otorga a la puesta en papel de la actividad intelectual, concebida como fugaz, un carácter de respaldo perdurable: “Todo leer y pensar”, sentencia el filósofo, “que no dé inmediatamente un escrito formal en alguna forma, aunque no sea más que la de un aforismo, está perdido como no sea por su acción en la formación, vida o persona del sujeto. Leer y pensar sin escribir formalmente, se queda en leer y pensar”.²¹⁷ Asimismo, además de contemplar este ejercicio como un medio de concreción de lo perecedero, Gaos concibe la redacción del pensamiento como una forma de otorgarle plenitud: “Para que las ideas logren toda su hondura y hagan todo su efecto, necesitan, más que pensarse, escribirse con orden y concierto —o aisladas y acabadas como aforismos”.²¹⁸

Pero, aunque estas cualidades sean, para él, propias de toda escritura “formal” —es decir, de todo enunciado redactado con suficiente claridad para después ser consultado sin mayor problema—, en las dos citas aludidas se alcanza a divisar una distinción entre la inscripción “aforística” y aquella que se desenvuelve con “orden y concierto”. En los cuadernos este contraste se relaciona con variaciones estilísticas. Entre “el estilo discursivo del ensayista y el yuxtapositivo del aforista”, menciona el filósofo, “la diferencia puede reducirse, en el fondo no, en la forma, a la del uso o la omisión de preposiciones y conjunciones”.²¹⁹ Y, además de la presencia u omisión de elementos vinculantes en las oraciones, Gaos identifica una diferencia en el enfoque que subyace en estas modalidades expresivas: “El estilo discursivo es demostrativo y apodíctico: ahí está eso, por tales y cuales razones, y no puede ser de otro modo. El estilo aforístico es mostrativo y contradictorio: hay esto, pero puede haber otras cosas; es así, pero puede ser de otro modo”.²²⁰ Sin embargo, más allá de las cuestiones formales, lo que verdaderamente marca la línea de esta división es la cercanía o el alejamiento respecto a los múltiples movimientos de la vida, tal y como se

²¹⁷ AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 62164, 25 de diciembre de 1958.

²¹⁸ AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 61896, 13 de noviembre de 1958.

²¹⁹ AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 61432, 31 de enero de 1958.

²²⁰ AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 61433, 31 de enero de 1958.

presentan. Articular alguna reflexión o consideración en formas coherentes y cohesionadas, tendientes a la sistematización, implica tomar una distancia suficiente frente a las peripecias del presente para lograr integrarlas en enunciados conectados y debidamente ordenados. De ahí que Gaos arguya que “la aforística es la ‘salvación’ de las observaciones y ocurrencias de la vida en el desorden, quizá, ordenado en el fondo, de ésta. Responde a la urgencia de la vida, en continua inminencia de su final”. En contraste, “la sistemática se funda en la esperanza de cierta ‘longevidad’, a pesar de no poder más que cristalizar en sistemas del momento”.²²¹

Esta afirmación adquirió múltiples formulaciones no solamente después de emprendido el proyecto aforístico-editorial del filósofo, sino a lo largo de toda la escritura ocasional que realizaba el filósofo en sus cuadernos, así como en sus Jornadas y hasta en las varias notas sueltas que lograron encontrar lugar en el AJG. La posible “inconciliabilidad de vida y sistema” fue una de las preocupaciones que con mayor frecuencia dejó asentadas en sus notas del día a día. Es posible que esto se deba, justamente, al contraste que tal escritura cotidiana le proporcionaba frente a los valores que atribuía al sistema, lo mismo en cuestión de desarrollo de contenidos que en términos de la práctica misma de consignarlos. Lo cierto es que esta preocupación a menudo tomaba la forma de un conflicto, “¿vida o sistema?”,²²² al que, por lo general, no podía sino proponer una alternativa que diera la bienvenida a lo circunstancial sin renunciar al empeño y la pericia intelectuales: “Escribir espontáneamente en estilo analítico es resultado de un don natural o un hábito adquirido de ver o descomponer la realidad *latissimo sensu* en buen orden, bueno por real o por adecuado a aquel de que ha menester la mente”.²²³ A lo largo de los años, este “ideario y estilo” fue constantemente calibrado y no pocas veces sometido a duras críticas por parte de su propio practicante, pero conservando siempre la idea de que pensamiento y escritura debían reproducir “las complejidades y complicaciones de la realidad”.²²⁴

En esta compenetración de las dinámicas de la vida y la espontaneidad de la práctica de escritura es donde parecen ubicarse, para Gaos, el atractivo y la insuficiencia de la redacción circunstancial. Por un lado, veía entre las ventajas del escribir fragmentario y

²²¹ AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 61376, 1° de enero de 1958.

²²² AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 61435, 3 de febrero de 1958.

²²³ AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 61667, 1 de julio de 1958.

²²⁴ AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 60870, 17 de agosto de 1952.

circunstancial “quizá las pequeñas de permitir recoger en el acto y evitar la pérdida; dar algo dentro de límites dentro de los cuales no dan nada todavía otros géneros”.²²⁵ Pero, por otro, con frecuencia dudaba si esta utilidad era suficiente para consolidar su pensamiento —y quizá también para superar a su maestro Ortega—.²²⁶ A ello deben aunarse las ocasiones en que amigos y lectores le advertían que el camino más vistoso hacia el reconocimiento filosófico no era tanto la captación de las ideas surgentes, sino, como le señaló en algún momento Sergio Fernández, su desarrollo “en sendas obras”.²²⁷ Afirmaciones como estas repercutían, de hecho, hondamente en su autoevaluación personal y profesional: “Parece que Romero adivinó: la riqueza de ideas me impide ser filósofo: las ocurrencias cambiantes, sistematizarlas”.²²⁸ Por ello, no sorprende que en su madurez decidiera dar respuesta a las exigencias a las que se creía sujeto mediante la —de cualquier modo cuestionada— publicación de tratados de desarrollo redondo y vinculación plena de ideas, como la versión final de *De la filosofía o Del hombre*, donde varios flechazos intuitivos, registrados en la escritura del día a día, se integraron en una cadena coherente, direccionada y cohesionada de enunciados.

Sin embargo, es digno de nota que tras la inmensa cantidad de críticas y, sobre todo, autocríticas derivadas de esta propensión al apunte circunstancial, Gaos no dejara de practicarla y valorarla. Y es que, según llegó a observar, pocos ejercicios proporcionan un ejemplo tan minucioso de aquella cuestión que, desde muy pronto en su trayectoria, había tomado como insignia de buena parte de su trabajo: “precisar, por debajo de las cuestiones formales, la verdadera cuestión de la filosofía, qué actividad es ésta, qué valor tiene [...] no [...] teóricamente, sino biográfica e históricamente”.²²⁹ La anotación al vuelo, particularmente aquella que le permitía realizar el soporte transportable y compaginado del cuaderno, le parecía un medio privilegiado para dar seguimiento a los movimientos efectivos y a veces contradictorios de su pensar, uno que, a diferencia de las notas sueltas, puede

²²⁵ AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 61082, 18 de septiembre de 1957.

²²⁶ En varias ocasiones el discípulo colocó a su maestro en el segundo polo de “dos clases de pensadores. Los que tienen escasez de ideas y pueden, tienen que dedicarse a desarrollarlas. [Y] aquellos a los que se les ocurren tantas cosas que decir [...] que no pueden hacer sino ir diciéndolas como se les ocurren” (f. 60674, 27 de julio de 1946).

²²⁷ AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 61391, 8 de enero de 1958.

²²⁸ AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 61582, 1 de junio de 1958.

²²⁹ AJG, fondo 2, carpeta 37, f. 36204.

agruparse en volúmenes de desenvolvimiento progresivo, que realzan el maridaje del pensamiento y la redacción con la coyuntura.

Pese a tener claro que, fuera cual fuera la modalidad de escritura o de publicación, “lo más que un autor puede dar al público es él mismo, con la ‘universalidad’ que haya entrado en su individualidad —y en que él habrá entrado en círculo sin fin”,²³⁰ en sus cuadernos manuscritos la cercanía del momento y la sucesión temporal aparejada con la sucesión de la escritura son constantemente remarcadas como medios destacados para el seguimiento biográfico del pensar y del escribir. Tal consideración se encuentra, finalmente, declarada con todas sus letras el 30 de junio de 1958, cuando, tras haber publicado su primer libro de aforismos y después, incluso, de haber entregado a la imprenta sus *Confesiones profesionales* —ambos, libros en que se propone exponer sus experiencias como pensador (en el primero, como hemos expuesto, de forma más bien oblicua; en el segundo, de manera expresa)—, voltea hacia sus libretas manuscritas y en silencio las declara como decisivo documento autobiográfico y, en consonancia, como vital documento filosófico: “En estos cuadernos y sus antecedentes [se] puede recoger la biografía de mi filosofía, la biografía de la Historia de la filosofía y su repercusión sobre mi filosofía”. Y remata: “Más aún, cómo van sucesivamente ocurriéndose las ideas”.²³¹

En esa alusión a la sucesión, a las ideas y a la biografía, en esa perífrasis de gerundio, se encuentra la especificidad de la práctica de escritura implementada en estos cuadernos. Contrario a lo que sucedió en las publicaciones que derivaron de sus materiales, estos documentos manuscritos nunca dejaron de consignarse en series acumulativas que, además de seguir la trayectoria del calendario, remarcaban su coincidencia con este mediante el registro de las fechas; de ahí que, aunque la expresión *aforística*, lo mismo que *cuadernos de trabajo* o *cuadernos generales* no sean inexactas, pueden, sin embargo, quedarse cortas en lo que respecta a la descripción de la consciente organización cronológico-biográfica de las anotaciones. Pero igualmente limitadas son las más comunes nociones de los dos géneros, tradicionalmente respetuosos de calendario, con que el filósofo asocia estos escritos: el *dietario* y el *diario*. El primero, porque las posturas desde las que se lee y se estudia a menudo

²³⁰ AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 61008, 8 de septiembre de 1956.

²³¹ AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 61657, 30 de enero de 1958.

desdibujan, precisamente, aquella orientación subjetiva y autorreferencial que Gaos tanto parece apreciar; el segundo, por el contrario, porque suele acarrear expectativas de repliegue al secreto, a la primera persona y a la intimidad que, aparte de ser por sí mismas controvertibles, no corresponden del todo con los detalles formales, temáticos y comunicativos que los textos albergados en estos cuadernos efectivamente tuvieron.

Cierto es que en cualquier discusión sobre géneros discursivos o literarios existe siempre una desconfianza latente, impulsada por la sospecha —tantas veces comprobada— de que el texto particular no coincide del todo con la definición genérica. Y esto llega a ocurrir incluso en aquellos escritos que se pretenden más respetuosos de las fronteras impuestas por la preceptiva (una preceptiva actualmente confinada) o por la imitación. A fin de cuentas, como ha señalado Chartier, ni siquiera los modelos y las condiciones más estrictas determinan por completo y en todos los casos un texto, porque “las condiciones de posibilidad históricamente variables y socialmente desiguales” se encuentran siempre en interacción con las posibilidades abiertas de la imaginación y de la creación (1999: 14). Como consecuencia, para hacer de la noción de género una categoría funcional y no un lecho de Procusto, los especialistas han abogado por someterla teóricamente a una constante flexibilización. Sin embargo, es igualmente cierto que las alusiones a determinados géneros contribuyen a configurar los discursos, en el sentido de que orientan las expectativas de composición y de recepción que le atañen; orientan, en fin, las situaciones, las acciones y los medios en que se desenvuelven.

Dado que el fin de este estudio no es dar con nuevas descripciones genéricas, sino contrastar de forma crítica los elementos de sus nociones más extendidas con una práctica de escritura y un documento en concreto, sirva proponer un método de flexibilización sencillo, quizá el más modesto de todos. Ya que los conceptos comunes de los géneros aquí abordados pueden llegar a oscurecer las tensiones de fondo y expresivas de los cuadernos de Gaos, podrían subirse tales tensiones a la superficie a través de determinantes nominales: lo que el filósofo arremete en sus libretas es, ciertamente, una *aforística*, pero es una *aforística cotidiana*, en la que el desenvolvimiento biográfico del pensamiento es igual de importante que su incursión en el concepto y su búsqueda de pertinencia, a veces, publicable. Del mismo modo, es innegable que en sus notas fechadas y de fondo intelectual podemos identificar las huellas de un *dietario*, pero se trata de un *dietario* de fondo *confesional*, en el sentido que a

este adjetivo-concepto le otorgó Gaos, es decir, uno en que el dietarista realiza “un intento por transformarse en su propio objeto de estudio y deletrear su experiencia con el alfabeto filosófico” (Valero Pie, 2015: 133). Pero quizá el calificativo más elocuente, por ser, por un lado, una denominación que goza ya de cierta difusión en el mundo editorial —así, por ejemplo, se han titulado en castellano las colecciones de apuntes que día a día llevaban a cabo personalidades como Hannah Arendt y Ludwig Wittgenstein—, pero, sobre todo, por acoger en su seno los debates de la relación posible entre filosofía y vida, cotidianidad y profesión, y autobiografía e ideas sea el de *diario filosófico*. En cualquier caso, lo que no debe perderse de vista, mucho menos en una exploración de contrastes genéricos como esta, es el complicado juego de cruces que entre vida, pensamiento y escritura se realiza en las páginas concretas de este documento en particular, la rica “constelación de ideas” que, según apunta el filósofo en aquel revelador gerundio progresivo, “va variando caleidoscópicamente mientras la atención va fijándose en lo que la pluma va escribiendo”.²³²

²³² AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60768, 13 de febrero de 1948.

A MANERA DE CONCLUSIÓN. HACIA EL DIARIO FILOSÓFICO

En una de sus muchas críticas a su maestro José Gaos, Emilio Uranga aprovechó el espacio del Seminario de Filosofía Moderna (1958) para expresar con ironía sus reservas sobre la concepción confesional de la filosofía y, en relación con esto, sobre el valor filosófico de los escritos autobiográficos. Durante alguna de las sesiones que compartía con el profesor y con sus condiscípulos Ricardo Guerra, Alejandro Rossi y Luis Villoro, además de manifestar, sin huir a la provocación, que “entre las ideas de un filósofo y su vida no hay más que relaciones equívocas” (Uranga, 2012: 59; 1977: 35), se detuvo en un ejemplo muy ilustrativo. Aludiendo nada menos que a los documentos que día con día había redactado el fundador de la fenomenología trascendental, “por un momento”, invitaba Uranga, “‘pongamos entre paréntesis’ la personalidad de Husserl como pensador y enfrentémonos a las líneas de su diario como si se tratara exclusivamente del documento autobiográfico de un hombre cualquiera ¿Tienen algún valor?” Y respondía, con cautela: “Tal vez” (2012: 62; 1977: 38).

Contrario a lo que había llegado a sostener el profesor Gaos, el discípulo contestatario aseveraba que las líneas de aquel diario “no serían estilizaciones autobiográficas de un pensamiento sino simple y llanamente autobiografía, documento, encuesta, test, anónimo, para más, o firmado por un sujeto insignificante”. Su interés, si tenían alguno, no dependía de su mera composición, sino que lo absorbían, en una línea de equívocos, de una figura externa: “su valor lo reciben de quien viene, el pensamiento del filósofo es la mejor de las recomendaciones para todo lo que quiera decirnos bajo la forma de autobiografía, en cartas, en confesiones, en conversaciones, en entrevistas, o en sus propios tratados estrictamente filosóficos, como en el caso de Descartes y de Spinoza” (2012: 62; 1977: 38-39). En otras palabras, adjudicar al diario de Husserl, o de cualquier filósofo, un valor filosófico sería

atribuir los valores de un pensamiento, formulado en obras publicadas, a un documento que por sí solo únicamente se sostiene como marca autobiográfica.

La objeción no pasó desapercibida a Gaos, quien, apoyándose en la referencia directa que hacia la filosofía y hacia conceptos filosóficos exhibían las líneas de Husserl citadas por su alumno, reviró con un incisivo par de preguntas:

¿Cómo enfrentarse, como si se trata del documento autobiográfico de un *hombre cualquiera*, a unas líneas que empiezan: “Mencionaré la tarea que a mi parecer tengo que resolver en primerísimo lugar *si es que he de seguir llamándome filósofo*” —trasudando angustia por el propio ser— y prosiguen: “Sin haberme aclarado en sus grandes rasgos el sentido, esencia, métodos y perspectivas capitales de una crítica de la razón [...] no puedo real y verdaderamente vivir”? ¿Cómo hubiera podido escribir tal un hombre cualquiera y no, exclusivamente, un hombre filósofo desde la raíz de su vida? (Gaos, 2012: 77).

Puede decirse que la presente investigación se ha propuesto como una veta de exploración situada entre los cuestionamientos de Uranga y los de Gaos. El recorrido emprendido no ha descontado por principio el valor intelectual de la práctica pretendidamente espontánea, a veces quebrada, pero siempre insistente y afanosa, que el propio Gaos ejecutaba día con día en sus cuadernos de apuntes fechados y, en el caso de las *Jornadas filosóficas*, en hojas sueltas igualmente datadas. Por el contrario, ha tomado como contrapeso aquellas posturas que hacen de la aparición de discusiones aparentemente abstractas, generales y revestidas de impersonalidad en estos textos una prueba de su alejamiento del discurso autobiográfico. En particular, el contraste de los documentos analizados frente a las más extendidas nociones sobre el género diarístico, en el cual el propio Gaos llegó a clasificarlos, funcionó como una guía de orientación para examinar el complejo juego de simultánea raigambre y exclusión de sus pasajes lo mismo respecto al trabajo intelectual que respecto al seguimiento autobiográfico. Frente a la común asociación de dicho género con el apunte referencial y testimonial, la ausencia de mecanismos compositivos y correctivos, y la circunscripción a la intimidad y la privacidad, de esas páginas se ha resaltado lo que la escritura cotidiana y circunstancial puede aportar al ejercicio filosófico, ya sea como medio de reflexión sobre los conflictos presentes, como vía de confección de la obra o como alternativa a la rigidez y las aspiraciones absolutas del sistema o la narrativa unilineal. Y, al mismo tiempo, se ha apuntado hacia un modelo de entendimiento de lo autobiográfico presente en ellos que no

depende ni de las asociaciones comunes previamente enlistadas ni de su oposición frente a “lo intelectual”.

De hecho, desde el primer capítulo se pudo vislumbrar las problemáticas que entraña comprender lo autobiográfico simple y llanamente como la narración o la descripción mimética de lo vivido. Se advirtieron, en particular, las complicaciones de confundir la dimensión “constativa” (Austin, 1982: 43-44) de los enunciados, es decir, la competencia representacional de sucesos, objetos y experiencias, con la relación que respecto a estos aspectos tiene la enunciación, es decir, la acción discursiva. En este sentido, si bien, contrario a lo que dictan las más comunes nociones del género diarístico, en los cuadernos de guerra de José Gaos figuraban pocas referencias directas sobre sí mismo y sobre la situación en que se encontraba, la línea calendárica con que acompañó sus notas sugería la relación de la escritura con aquellos dos elementos no en un sentido constativo o figurativo, sino en un sentido práctico y performativo. Así, aunque el documento analizado no era, como se esperaba de un “diario de guerra”, un recuento rememorativo *sobre* las experiencias derivadas de este conflicto, sí se conformaba como un intento de darle cauce a esta experiencia a partir de una especie de *yo pienso (que...)* implícito, contenido en el plano enunciativo y temporal del discurso. Y la consideración de este otro plano abre una nueva posibilidad para el estudio autobiográfico de estos documentos, una que no depende de una “búsqueda incesante del referente” (Betancourt, 2001: 62) supuestamente apresado, reflejado o constatado de forma transparente en lo escrito.

Esto, no obstante, no supone que la línea de seguimiento práctico-biográfico de la escritura y el cultivo del propio pensamiento tengan siempre una alianza feliz. En el caso de Gaos se trata más bien de una conjunción lo mismo buscada que padecida. Esto se volvió especialmente palpable en las indagaciones del segundo capítulo. En él se apuntaron las dificultades que respecto a la relación entre lo escrito, lo pensado y lo vivido Gaos alcanzó a atisbar —y a sufrir— en su complicado proyecto de *Jornadas filosóficas*, el cual él mismo inauguró como un “diario” y al cual Fernando Salmerón (2000) llegó a llamar su “primera autobiografía”. El audaz experimento de combinar la redacción al correr de los días, que no escondía las derivas y los cambios de parecer, y la composición de un libro pretendidamente exitoso y original de filosofía desafiaba ciertos prototipos tanto del libro intelectual ordenado y conclusivo como aquellos que asocian el género diarístico con la falta de mecanismos

correctivos y compositivos. La fórmula elegida —derivada de modelos tan complejos y variados como *En busca del tiempo perdido*, los *Ensayos* de Montaigne, el *Discurso del método* y el *Diario* de Gide— y su puesta en papel no pudieron culminar en el gran libro proyectado, sino que terminaron por ramificarse en una sucesión de huellas de un pensamiento *en obra*. Sin la seguridad con que en libros posteriores Gaos abordó algunos temas ahí expuestos y, en especial, el de la relación de su propia memoria, su escritura y sus ideas, gracias al método cotidiano y seriado de su apuntación, las *Jornadas* permiten observar las dubitaciones de un pensamiento en proceso, en el que incluso la misma forma de consignar y presentar este desarrollo es motivo de vacilación. Pese a que se trata de un proyecto finalmente abandonado, resaltar la dimensión práctica de su redacción, el devenir de sus ambiciones y devaneos, permitió ver más allá de su aparente fracaso. El ejercicio intelectual y vital que conllevó el proyecto puede, desde esta óptica, ser visto como una “tecnología del yo” (Foucault, 1990) desde la cual Gaos actuaba no solo para construir una línea de pensamiento, sino también para configurarse a sí mismo como pensador y, más precisamente, como filósofo.

Esto, sin embargo, no implica, como quizá cuestionaría Uranga, prestar a cada una de las notas —incluso las más intrascendentes— un valor filosófico únicamente por su asociación con obras previas o posteriores de Gaos; tampoco supone reducir las ideas ahí trabajadas a los cambios de humor del filósofo o a los detalles de su experiencia del día a día, de su “vididura”. Difícilmente podría demostrarse que sus ideas sobre el ser de la filosofía, los libros o la humanidad permean el conjunto de sus anotaciones, como, por ejemplo, cuando Gaos apunta que su trabajo mengua o se anima según la fortuna de sus relaciones sentimentales. Igualmente azaroso resultaría afirmar que la escritura “refleja” de forma plena y directa las situaciones vividas o, como a veces pareciera sugerir el propio Gaos, que estas sean el claro *resultado* de la disposición psicológica o la personalidad. Frente a esto, habría que notar que aquí no se ha considerado la dimensión práctica del pensamiento o de la escritura como una vía recta hacia los contenidos que trabajan. Más bien hemos visto en la insistencia por responder preguntas consideradas filosóficas un ejercicio —en el doble sentido de ejercitar y de ejercer— de la vocación filosófica. El puente, pues, entre el pensamiento, la escritura y la vida aquí remarcado no ha sido uno de determinación rigurosa de los contenidos de lo pensado y lo escrito a partir de lo vivido, sino de contigüidad práctica, de *ethos* y de huella —que no retrato— de tal *ethos*.

Es solo a partir de estas premisas que, al final de esta investigación, la concepción confesional de la filosofía que Gaos sostuvo durante toda su carrera fue traída a cuento para complementar un contraste entre las nociones más extendidas del diario, el dietario y el aforismo, tres géneros con los que el filósofo llegó a asociar la escritura espontánea y fragmentaria que ejecutó en sus cuadernos, especialmente a partir de los años cuarenta. Tal mezcla permitió cuestionar desde una perspectiva más nutrida la exclusión del documento cotidiano, de las notas coyunturales y escritas al vuelo, respecto a la obra y el ejercicio intelectual y profesional de su autor, así como debatir con minuciosidad la distinción tajante entre la escritura personal y la de aspiraciones abstractas o generales, y entre la escritura privada y la dispuesta a publicación. Y es que, por un lado, la concepción gaosiana de la filosofía, en su peculiar aprecio por la escritura autobiográfica, representa un interesante desafío ante tales distinciones, de manera que contribuye a evidenciar sus insuficiencias y sus excesos. Por otro lado, y siguiendo las advertencias recientes de la teoría de los géneros, la discusión aquí presentada no se guio por el entendimiento del diario, el dietario y el aforismo como conjuntos de rasgos definidos a priori e independientes de un contexto; incluyó, por el contrario, el estudio de las expectativas, los usos y los medios que atraviesan, en cuanto discursos, los cuadernos examinados, así como los libros y los borradores que llegaron a acoger algunas de sus notas. Para esto era necesario contemplar la concepción que su autor defendía, no sin ciertas reservas, sobre las bondades y los retos del método de apuntación espontáneo implicado en su redacción cotidiana y, en la misma línea de análisis, la relación que él mismo llegó a insinuar entre tal método y su concepción confesional de la filosofía.

Por su carácter ocasional y no constreñido por un desarrollo argumental cerrado, estas anotaciones le parecían más cercanas a la experiencia que las composiciones arquitectónicas, lógica y narrativamente direccionadas y concluidas. Además, la posibilidad de someterlas a una serie calendárica permitía no perderse en la mera dispersión del apunte instantáneo, sino seguir el paso de las derivas, los cambios y, en suma, el *proceso* de la actividad que conllevaban, así como resaltar su relación con la experiencia, el día a día más allá de la página. Si a esto se añade la posibilidad de incluir eventuales referencias al clima sentimental y a los anhelos vitales del momento, incluso de aquellos derivados de una rememoración o una proyección al futuro, no sorprende que en 1958, después de haber entregado sus *Confesiones profesionales* —su libro más abiertamente confesional— a la

impresión, siguiera considerando que la escritura espontánea a la que se había dedicado durante décadas, además de revelar “a un conocedor de psicopatología cuánto de pequeñas compulsiones de gran efecto sobre mis labores hay en mí”,²³³ era una vía de trabajo filosófico no solo válida, sino sumamente valiosa. Esta forma de consignar y presentar los vaivenes del pensamiento, afirmaba, “no impone la ‘composición’ que las confesiones o la novela o el tratado, que requiere esfuerzos de enlace, relleno y acabamiento, que sobrepasan lo que los objetos de suyo —en su parcial irracionalidad— dan”.²³⁴ Se trataba, pues, de una forma y un método más cercanos a su continuamente re trabajado “ideal de estilo: ajustado lo más posible al pensamiento y a lo pensado; el dinamismo, el dramatismo, el del pensamiento y lo pensado”.²³⁵

Es así como pudo llegarse a la sugerencia de que el corpus analizado en esta investigación podría ser descrito como un *diario filosófico*, aprovechando las tensiones que tal sintagma encierra. Pero esto no se debe, como podría suponerse, a que se trate de documentos de escritura cotidiana, sucesiva y fechada redactados por un miembro del grupo “filósofos”. No es meramente el perfil psicológico o la condición profesional de quien escribe lo que determina la relación del documento con tal disciplina, sino el hecho de que los esfuerzos vertidos en su redacción buscan hacer frente a las cuestiones que se reconocen —habría que acotar que de forma históricamente variable— como propias de la filosofía. Al mismo tiempo, su relación con el diario no depende ni de la representación figurativa (narrada o descrita) de episodios, experiencias o sentires, ni de una supuesta condición íntima de sus contenidos, ni del repliegue total de estos a la privacidad —todos ellos, aspectos cuya pertinencia para definir una práctica de escritura está, como pudo mostrarse a lo largo de este trabajo, sujeta a discusión—, sino de un ejercicio de consignación sucesivo, coyuntural y calendárico del filosofar como actividad, como experiencia. De ahí que la anotación misma pueda ser tratada como un acontecimiento y su puesta en marcha pueda no solo traer consigo una contribución a la filosofía, sino también funcionar como un mecanismo autopoiético que coadyuva a configurar a su escritor como filósofo. Así, en contraste con las citas que abrieron esta sección, no se trata de determinar el valor intelectual de estos documentos según un

²³³ AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 61667, 1º de julio de 1958.

²³⁴ AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 62173, 27 de diciembre de 1958.

²³⁵ AJG, fondo 4, carpeta 4, f. 61813, 4 de agosto de 1958.

vínculo opaco con su autor como pensador consumado o “vocado”, sino de tomar los documentos —en todos sus componentes discursivos— y a su autor como elementos *en obra*, como partícipes de un proceso temporalmente extendido de escritura y pensamiento vivos.

Este tipo de escritos, innegablemente circunstanciales (según propicia la naturaleza de la práctica que conllevan) y a la vez profundamente intelectuales (por las preguntas y los problemas a que hacen frente), no son, sin embargo, exclusivos de una concepción confesional de la filosofía como la de Gaos. Figuras como el mismo Uranga, Emil Cioran, Hannah Arendt, Ludwig Wittgenstein o Jean-Paul Sartre, entre tantos otros, se han servido igualmente de la anotación ocasional, sucesiva y datada para seguir y desencadenar los caminos de su filosofar y, en el proceso, añadiríamos, entregarse a un ejercicio de autoformación, día con día y más allá de la composición de libros y artículos, como agentes de la filosofía, como filósofos. No obstante, el caso de Gaos no deja de ser particularmente ilustrativo. Atendiendo a una tradición de pensadores inclinados a la autoobservación y el autoanálisis, el registro continuo de sí le parecía una práctica fundamental para el quehacer filosófico, lo cual se reflejó en un interés constante y consciente por dar cabida a sus anotaciones cotidianas en un amplio proyecto filosófico. Ciertamente, la presente investigación exhibió que esta práctica de escritura no dejó de estar confinada, como en el caso de otros pensadores, a cierto ocultamiento: de los cuadernos de guerra gaussianos no se expusieron o publicaron en vida sino fragmentos “pasados en limpio” y plenamente articulados en ensayos o discursos conclusivos; las *Jornadas filosóficas* no salieron a la luz en cuanto tales, sino que se recuperaron a tajos en obras de afán sistemático o narrativa cohesionada y consecutiva; de los “diarios no diarios” desplegados a partir de los cuarenta se extrajeron aforismos reorganizados, editados y, en cierta medida, “despersonalizados”, para formar libros respecto a los cuales, además, Gaos no dejaba de mostrar cierta reserva, adjudicándoles propósitos sumamente modestos —hasta podría decirse que lúdico-coyunturales— como “desear a los amigos un feliz 1958” (Gaos, 2017 [1957]: dedicatoria s.p.), o bien “dejar un testimonio de agradecimiento y simpatía del autor a algunas personalidades [...] coincidentes con él en Caracas” o “a algunas personalidades puertorriqueñas” (Gaos, 1982: 152). No obstante, la constante búsqueda de Gaos por remarcar la dimensión coyuntural de su pensamiento y por apresar lo que este tenía de instantáneo, de fugaz, ha ayudado a mostrar lo mucho que estas anotaciones irregulares y, muchas veces, dispersas

pueden aportar al ejercicio de la filosofía. En otras palabras, la conjunción de estas condiciones ha permitido resaltar, desde una óptica privilegiada, el carácter “*paralipoménico*” (Mendieta, 2014), central pero confinado, de estos escritos en la obra gaosiana.

En estos documentos no solamente se despliega, pues, el *proceso vivo* de un pensamiento, sino que además se intenta, con una insistencia casi obsesiva, destacar la condición coyuntural y autobiográfica de las notas. De ahí que se trate de un caso inestimable para explorar las fricciones y las posibilidades de la escritura diarística, seriada y ocasional en relación con el trabajo intelectual. Aunque ninguno de los documentos aquí analizados esté libre de dudas sobre las posibilidades de la escritura para apresar el instante y la vida, o sobre las propias habilidades de su autor para dar cauce y cultivo a sus ocurrencias, todos ellos presentan un afanoso, podría decirse que hasta dramático, debate sobre el acto mismo que los configura, uno que, además, quedó hasta cierto punto oscurecido en las publicaciones y conferencias, más pulidas y menos dubitativas, del filósofo.

En este sentido, tal vez se pueda coincidir con Uranga cuando arremete una vez más contra Gaos al afirmar que, contrario a sus anhelos, en su redacción no era “conciso, ni escueto, ni cortado”, sino “prolijo, y por tanto confuso, repetitivo. No resolvía el problema de muerte y estilo; de un estilo correspondiente a la proximidad de la muerte, aunque oteaba que el secreto apuntaba hacia el aforismo” (1977: 221). En efecto, esta es la impresión que dejan muchas de sus obras. Y, sin embargo, sería imposible ignorar, después de haber recorrido sus anotaciones cotidianas, que los propósitos gaussianos de estilo y consignación espontáneos y dinámicos fueron ejercitados, practicados con asiduidad, aunque no siempre con suerte. Frente a sus grandes publicaciones, donde —en parte por dar salida a las expectativas genéricas del tratado sistemático o la narración consecutiva, y en parte, quizá, por complacer las expectativas lectoras y profesionales a las que se sentía atado—, las ideas parecen más bien resueltas, articuladas y fuertemente afianzadas, en sus diarios filosóficos Gaos se daba constantemente la oportunidad de reencaminarse a sí mismo y reencaminar sus proyectos nada menos que de forma cortada y mediante iluminaciones imprevistas y escuetas. Así, después de anotar ideas que se revestían de una sospechosa seguridad, en su práctica diaria de escritura se abría a un conflicto que ni sus detractores ni sus discípulos tenían la oportunidad de apreciar con tanto detalle: “Pero todo esto”, se detenía a observar rutinariamente, “[i]no depende de que *aún* soy ciego para las *realidades del momento* y las

mato por mi obstinación en los ‘ideales’?! *La forma no debe ser dejar nada en vista de que no es lo que uno ‘idealiza’ sino abrir bien los ojos a todo tal como sea y tomarlo, todo, como sea*”.²³⁶ Y para “tomarlo, todo, como sea” no parecían suficientes —y seguramente Gaos no está solo en esto— los artículos, las conferencias ni los libros.

²³⁶ AJG, fondo 4, carpeta 2, f. 60634.

BIBLIOGRAFÍA

- Alberca, Manuel (2000). *La escritura invisible: testimonios sobre el diario íntimo*. Oiartzun: Sendoa.
- Amelang, James S. (1998). *The flight of Icarus. Artisan autobiography in Early Modern Europe*. Palo Alto: Stanford University Press
- Amiel, Henri-Frédérich (1996). *En torno al diario íntimo*. Edición de Roland Jaccard; traducción y prólogo de Laura Freixas. Valencia: Pre-Textos.
- Aranguren, José Luis (1970). “Expresiones verbales y expresiones filosóficas en el contexto de *De la filosofía*”. *Diánoia*, vol. 16, núm. 16, pp. 157-163.
- Aub, Max (1970). “José Gaos”. *Cuadernos americanos*, vol. CLXIX, núm. 2, pp. 75-84.
- Auerbach, Erich (2014). “L’humaine condition”. *Mímesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. México: Fondo de Cultura Económica. 265-291.
- Austin, John L. (1982). *Como hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós.
- Bajtin, Mijail (2012). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Barthes, Roland (1986). “Deliberación”. *Lo obvio y lo obtuso*. Barcelona: Paidós.
- _____ (2009). *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona: Paidós.
- Bazerman, Charles (1997). “The Life of Genre, the Life in the Classroom”. En Wendy Bishop y Hans Ostrom (eds.), *Genre and Writing: Issues, arguments, alternatives*. Portsmouth: Boynton-Cook. 19-26.
- Benveniste, Émile (1997). “De la subjetividad en el lenguaje”. *Problemas de lingüística general I*. México: Siglo XXI.
- _____ (1999). “Las relaciones de tiempo en el verbo francés”. Traducción de Ihalí Ramírez. *SEMIOSIS nueva época*, núm 5, pp. 52-61.
- Berkowitz, Roger e Ian Storey (eds.) (2017). *Artifacts of Thinking. Reading Hannah Arendt’s Denktagebuch*. Nueva York: Fordham University Press.

- Betancourt Martínez, Fernando (2001). "Significación e historia: el problema del límite en el documento histórico". *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, núm. 21, pp. 59-78.
- Birulés, Fina (2006). "Prólogo". En Hannah Arendt, *Diario filosófico 1950-1973*. Barcelona: Herder
- Blanchot, Maurice (1969). *El libro que vendrá*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Bou, Enric (1996). "El diario: periferia y literatura". *Revista de Occidente*, núm. 182-183, pp. 121-136.
- Boué, Simone (2014). "Prefacio". En E. M. Cioran, *Cuadernos (1957-1972)*. México: Tusquets
- Bourdieu, Pierre (2011). "La ilusión biográfica". *Acta sociológica*, núm. 56, pp. 121-128.
- Bundgaard, Ana (2002). "Fragmento, aforismo y escrito apócrifo: formas artísticas del pensamiento". En Juan Francisco García Casanova (ed.), *El ensayo, entre la filosofía y la literatura*. Granada: Colmares. 67-94.
- Burguete Pérez, María Josefa (2009). *La retórica del dietario en Antonio Muñoz Molina* (tesis doctoral). Universidad de Zaragoza.
- Caballé, Anna (1986). "Aspectos de la literatura autobiográfica en España". *Scriptura*, núm. 2, pp. 39-50.
- _____ (1996). "Ego tristis (El diario íntimo en España)". *Revista de Occidente*, núm. 182-183, pp. 99-120.
- _____ (2015). *Pasé la mañana escribiendo. Poéticas del diarismo español*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara (Edición digital).
- Castilla del Pino, Carlos (1996). "Teoría de la intimidad". *Revista de Occidente*, núm. 182-183, pp. 15-30.
- Catelli, Nora (1996). "El diario íntimo: una posición femenina". *Revista de Occidente*, núm. 182-183, pp. 87-98.
- Cedena Gallardo, Eusebio (2004). *El diario y su aplicación en los escritores del exilio español de posguerra*. Madrid: Fundación Universitaria Española.
- Chartier, Roger (1999). *Cultura escrita, literatura e historia*. México: FCE.
- _____ (2006). *Inscribir y borrar: cultura escrita y literatura, siglos XI-XVIII*. Buenos Aires: Katz.
- Clayton, Ewan (2004). *La historia de la escritura*. Madrid: Siruela.

- Corbin, Alain (1991). “Entre bastidores”. En Philippe Ariès y Georges Duby (dirs.), *Historia de la vida privada 4. De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*. 419-622.
- Cuéllar Moreno, José Manuel (2020). “¿Tiene interés el diario alemán de Emilio Uranga?”. *Inflexiones. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, núm. 6, pp. 6-33.
- De Man, Paul. (1991). “La autobiografía como desfiguración”. *Suplemento Anthropos*, núm. 29, pp. 113-118.
- De Rivas, Enrique (1990). *Comentarios y notas a “Apuntes de Memoria” de Manuel Azaña*. Valencia: Pre-Textos.
- Depetris, Carolina (2007). *La escritura de los viajes. Del diario cartográfico a la literatura*. Mérida: CPEHCS-UNAM.
- Devitt, Amy (1993). “Generalizing about Genre: New Conceptions of an Old Concept”. *College Compositions and Communication*, vol. 44, núm. 4, pp. 573-586.
- Didier, Béatrice (1996). “El diario ¿forma abierta?”. *Revista de Occidente*, núm. 182-183, pp. 39-46.
- Dosse, Francois (2007). *El arte de la biografía. Entre historia y ficción*. Traducción de Marcella Carolina Cinta Vázquez. México: Universidad Iberoamericana.
- Durán López, Fernando (1997). *Catálogo comentado de la autobiografía española (siglos XVIII y XIX)*. Madrid: Ollero Ramos Editores.
- Eagleton, Terry (2008). *El sentido de la vida*. Barcelona: Paidós.
- Fabre, Daniel (2008). “Introducción (al libro *Escritura ordinarias*)”. *CPU-e, Revista de Investigación Educativa*, núm. 6, pp. 1-22.
- Fernández Muñoz, Demetrio (2017). *Claves de la aforística española. Concepción del género, tradición literaria y eclosión en la posmodernidad* (tesis doctoral). Universidad de Alicante.
- Fernández Prieto, Celia (2015). “Diario e intimidad”. *Revista de Occidente*, núm. 406, pp. 49-70.
- Foucault, Michel (1990). *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona: Paidós, ICE, IAB.
- _____ (2009). *El orden del discurso*. México: Tusquets.
- _____ (2013). “I. Entre filosofía y literatura”. *Obras esenciales*. Barcelona: Paidós.
- Freixas, Laura (1996). “Auge del diario ¿íntimo? en España”. *Revista de Occidente*, núm. 182-183, pp. 5-14.

- Fuster, Ángela Lorena (2013). "Notas sobre notas: el Diario filosófico de Hannah Arendt". *Enrahonar. An international journal of theoretical and practical reason*, vol. 51, pp. 143-149.
- Gaos, José (1982). *Obras completas XVII. Confesiones profesionales y aforística*. Prólogo y selección de la aforística inédita de Vera Yamuni Tabush. México: UNAM.
- _____ (1999). *Itinerarios filosóficos: correspondencia José Gaos-Alfonso Reyes, 1939-1959 y Textos de José Gaos sobre Alfonso Reyes, 1942-1968*. Compilación y notas de Alberto Pérez Perea; presentación de Andrés Lira. México: El Colegio de México.
- _____ (2012). "Comentarios de José Gaos". En José Gaos *et al.*, *Filosofía y vocación. Seminario de filosofía moderna de José Gaos*. Edición de Aurelia Valero. México: FCE. 75-80.
- _____ (2017 [1957]). *10%*. Edición facsimilar. México: El Colegio de México, FCE.
- _____ (2018). *Obras completas I. Escritos españoles (1928-1938)*. 2 volúmenes. México: UNAM.
- Gaos, José y Francisco Larroyo (2003). "Dos ideas de la filosofía". En José Gaos, *Obras completas III*. México: UNAM.
- Genette, Gerard (2001). *Umbrales*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gide, André (1963). *Diario 1889-1949*. Buenos Aires: Losada.
- Gil González, Juan Carlos. "La crónica periodística. Evolución, desarrollo y nueva perspectiva: viaje desde la historia al periodismo interpretativo". *Global Media Journal Edición Iberoamericana*, vol. 1, núm. 1, pp. 26-39.
- Gimferrer, Pere (1985). *Segundo dietario (1980-1982)*. Traducción de Basilio Losada. Barcelona: Seix Barral.
- Girard, Alain (1996). "El diario como género literario". *Revista de Occidente*, núm. 182-183, pp. 31-39.
- Graver, Lawrence (1995). *An Obsession with Anne Frank. Meyer Levin and the Diary*. Berkeley: University of California Press.
- Helmich, Werner (2006). "L'aforisma como genere letterario". En Mario Andrea Rigoni (ed.), *La Brevità felice. Contributi all'á teoria e all'á storia dell'aforisma*. Venecia: Marsilio. 19-49.
- Hui, Andrew (2019). *A Theory of the Aphorism from Confucius to Twitter*. Princeton: Princeton University Press.

- Juliá, Santos (1997). "Introducción". En Manuel Azaña, *Diarios 1932-1933. Los cuadernos robados*. Barcelona: Crítica. Disponible en línea: [Introducción Cuadernos robados \(santosjulia.com\)](http://santosjulia.com)
- Kuhn-Osius, K. Eckhard (1981). "Making Loose ends Meet: Private Journals in the Public Realm". *The German Quaterly*, vol. 64, núm. 2, pp. 166-176.
- Langford, Rachel y Russel West (1999). "Introduction: Diaries and Margins". En Rachel Langford y Russel West (eds.), *Marginal Voices, Marginal Forms: Diaries in European Literature and History*. Atlanta: Rodopi. 6-21.
- Lejeune, Philippe (1996). "La práctica del diario personal: una investigación (1986-1996)". *Revista de Occidente*, núm. 182-183, pp. 55-76.
- _____ (2009). *On Diary*. Honolulu: University of Hawaii Press.
- Loureiro, Angel G. (2000). *The Ethics of Autobiography: Replacing the Subject in Modern Spain*. Nashville: Vanderbilt University Press.
- Luque Amo, Álvaro (2018). "La construcción del espacio íntimo en el diario literario". *Signa*, núm. 27, pp. 745-767.
- Mallarmé, Stéphane (1998). "Cartas". *Cuadernos hispanoamericanos*, núm. 571, pp. 9-28.
- Marías, Julián (1954). *Ensayos de teoría*. Barcelona: Barnas.
- Marichal, Juan (1968). "Las jornadas de un estadista (1931-1939)". En Manuel Azaña, *Obras completas*, volumen IV. México: Oasis.
- Martín Vivaldi, Gonzalo (1973). *Géneros periodísticos: Reportaje, crónica, artículo (análisis diferencial)*. Madrid: Paraninfo.
- Mendieta, Eduardo (2014). "Philosophy's Paralipomena: Diaries, Notebooks, and Letters". *The Journal of Speculative Philosophy*, vol. 28, núm. 4, pp. 413-421.
- Montaigne, Michel de (2007). *Los ensayos*. Edición y traducción de J. Bayod Brau. Barcelona: Acantilado.
- Morey, Miguel (2007). *Pequeñas doctrinas de la soledad*. Madrid: Sexto piso.
- Morson, Gary Saul (2003). "The Aphorism: Fragments from the Breakdown of Reason". *New Literary History*, vol. 34, núm. 3 (Theorizing Genres II), pp. 409-429.
- Ortega y Gasset, José (2005). "Sobre unas memorias". *Obras completas IV (1926-1931)*. Madrid: Taurus, Fundación José Ortega y Gasset.
- Paperno, Irina (2004). "What Can Be Done with Diaries?". *The Russian Review*, núm. 63, pp. 561-573.
- Petrucci, Armando (1999). *Alfabetismo, escritura, sociedad*. Barcelona: Gedisa.

- Picard, Hans Rudolf (1981). "El diario como género entre lo íntimo y lo público". *1616: Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, vol. IV, pp. 115-122.
- Platón (1986). *Diálogos III*. Traducciones, introducciones y notas de C. García Gual, M. Martínez Hernández y E. Lledó Íñigo. Madrid: Gredos.
- Proust, Marcel (2016). *Contra Sainte-Beuve. Recuerdo de una mañana*. Introducción, traducción y notas de Silvia Acierno y Julio Baquero Cruz. Madrid: Alianza.
- Rak, Julie (2009). "Dialogue with the future: Philippe Lejeune's method and theory of diary". En Philippe Lejeune, *On Diary*. Honolulu: University of Hawaii Press.
- Ricoeur, Paul (1995). *Tiempo y narración I*. México: Siglo XXI.
- _____ (1996). *Tiempo y narración III*. México: Siglo XXI.
- Ríos, Brenda (2018). "Hablar de uno mismo: Lispector cronista". *Tierra adentro*, núm. 226, pp. 32-36.
- Sainte-Beuve, Charles Agustin (2000). *Textos escogidos*. Traducción, selección y prefacio de Glenn Gallardo. México: UNAM.
- _____ (1996). *Retratos literarios*. México: Porrúa.
- Salmerón, Fernando (2000). *Escritos sobre José Gaos*. México: El Colegio de México.
- Serrano de Haro, Agustín (2019). "Ortega recibió a Gaos. Acerca de la relación entre maestro y discípulo durante la Guerra Civil". *Revista de estudios Orteguianos*, núm. 38, pp. 87-104.
- Sibilia, Paula (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: FCE.
- Simarro, Conxita (2017). *Diario de una niña en tiempos de guerra y exilio 1938-1944*. Editado por Susana Sosenski. Madrid: UNED, UNAM. (Edición digital).
- Slatin, John M. (1990). "Reading Hypertext: Order and Coherence in a New Medium". *College English*, vol. 52, núm. 8, pp. 870-883.
- Somavilla, Ilse (2004). "Prólogo". En Ludwig Wittgenstein. *Movimientos del pensar Diarios 1930-1932/1936-1937*. Valencia: Pre-Textos.
- Starobinski, Jean (1980). En James Olney (ed.), *Autobiography: Essays Theoretical and Critical*. New Jersey: Princeton University Press. 73-83.
- Steiner, George (2012). *La poesía del pensamiento. Del helenismo a Celan*. México: FCE, Siruela.

- Storey, Ian (2017). "Introduction". En Roger Berkowitz e Ian Storey (eds.), *Artifacts of Thinking. Reading Hannah Arendt's Denktagebuch*. Nueva York: Fordham University Press.
- Uranga, Emilio (1977). *¿De quién es la filosofía?* México: Federación Editorial Mexicana.
- _____ (2012). "Trabajo de Emilio Uranga sobre la vocación filosófica, precedido de una carta a José Gaos". En José Gao, *et al.*, *Filosofía y vocación. Seminario de filosofía moderna de José Gaos*. Edición de Aurelia Valero. México: FCE. 56-70.
- Valero Pie, Aurelia (2015). *José Gaos en México: una biografía intelectual, 1938-1969*. México: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos.
- _____ (2019). "José Gaos: Diarios de un transterrado". *Letras Libres*, núm. 247, pp. 31-33.
- Varo Zafra, Juan (2010). "Aforismo, género y concepto". *Revue Romane*, vol. 45, núm. 2, pp. 296-315.
- Villoro, Luis (1964). "La filosofía de José Gaos". *Diánoia*, vol. 10, núm. 10, pp. 307-322.
- Vital, Alberto (2012). *Quince hipótesis sobre géneros*. México-Colombia: UNAM, Universidad Nacional de Colombia.
- White, Hayden (1992). *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona: Paidós.
- Woolf, Virginia (1994). *Diario íntimo III (1932-1941)*. Edición de Anne Oliver Bell. Barcelona: Grijalbo Mondadori.
- Yamuni Tabush, Vera (1982). "Prólogo". En José Gaos, *Obras completas XVII. Confesiones profesionales y aforística*. Prólogo y selección de la aforística inédita de Vera Yamuni Tabush. México: UNAM.
- Zirión Quijano, Antonio (2003). *Historia de la fenomenología en México*. México: Jitanjáfora.
- _____ (2018). "Nota del coordinador de la edición". En José Gaos, *Obras completas I. Escritos españoles (1928-1938)*. [2 volúmenes]. México: UNAM.

ARCHIVOS CONSULTADOS

AHCM Archivo Histórico de El Colegio de México

AJG Archivo José Gaos, Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Nacional Autónoma de México